



Los guardianes de Alejandría

Infierno

Emma Cadwell

Lectulandia

Cuando a Claire la capturan los soldados del ejército de las sombras no imagina que en esas circunstancias se encontrará con Dominic, el guardián de Alejandría más poderoso que ha existido. Ella lleva siglos observándolo, amándolo desde la distancia, a pesar de que sabe que nunca podrán estar juntos.

Dominic Prescott nació en 1580 en Devon y es inmortal, o lo será hasta que encuentre a la única mujer que está destinado a amar. Ha sobrevivido al paso del tiempo y a infinitas batallas, con la esperanza de dejar de experimentar el desgarrador vacío que siente en el alma. Pero cuando está a punto de darse por vencido, el ejército de las sombras lo captura. En su encierro oye una voz femenina que jamás había creído que sentiría, hasta que un día ésta desaparece sin más.

Dominic logra escapar, dispuesto a morir antes que perder de nuevo a su alma gemela, a la que ni siquiera le ha visto el rostro. Mientras, los guardianes de Alejandría libran una ardua batalla tan decisiva como la de Dominic y Claire, cuyo amor y pasión pueden significar el fin de sus razas.

Lectulandia

Emma Cadwell

Infierno

Los guardianes de Alejandría III

ePub r1.0

sleepwithghosts 24.07.14

Título original: *Los guardianes de Alejandría. Infierno*

Emma Cadwell, 2012

Editor digital: sleepwithghosts

ePub base r1.1

más libros en lectulandia.com

Prólogo

Castillo de Dunnottar, noreste de Escocia, hace más de diez siglos

Isadora se acercó al acantilado y deseó ser capaz de saltar. Sólo tenía que dar un paso más y su cuerpo golpearía las rocas hasta caer en el mar del Norte. Probablemente primero se rompería el cuello, o quizá la espalda, y también los brazos y las piernas, y si por desgracia llegaba viva al agua, las heladas olas le darían un abrazo mortal. Debía saltar, era la única manera de compensar a su familia por lo que había hecho. Cómo podía haber sido tan estúpida, tan ingenua. «Le creíste porque querías creerle. ¡No! Él me utilizó, me engañó». De nada servía lamentarse, había tomado una decisión y no le quedaba más remedio que vivir con ella. Sopló el viento y unas nubes negras desnudaron la luna, que parecía burlarse de ella. El día que abandonó su hogar también había luna llena. Levantó la vista y maldijo al astro por no haberla advertido de lo que iba a sucederle. «Aunque hubiese bajado un ángel del cielo y te lo hubiese dicho, te habrías ido con él». Isadora bajó los ojos y suspiró resignada; su conciencia tenía razón, aunque Dios se hubiese materializado ante ella, habría hecho lo mismo. Estaba enamorada. Estúpida.

Lo había conocido una mañana de primavera en que había salido a pasear con sus hermanas mayores, a pesar de que ellas habían tratado, como siempre, de quitársela de encima. Tenía diecisiete años y su aspecto era el de un niño y no el de una mujer. Sus hermanas tenían pretendientes entre los que elegir y su padre las adoraba, mientras que a ella la trataba con la misma cortesía que a uno de sus perros de caza. Quizá si su madre hubiese seguido con vida, las cosas habrían sido distintas; quizá, entonces, Isadora habría sabido que él sólo la estaba utilizando. «Quizá entonces no habría estado tan desesperada por encontrar a alguien que me amase».

Fueron al pueblo y mientras que sus hermanas se detenían a cada paso para hablar con alguien, a Isadora no la detuvo nadie, así que caminó hasta el lago, donde se sentó para remojarse los pies. Él apareció de la nada —ahora sabía que la había estado esperando— y se acercó a ella. Y le habló. Y le sonrió. Y le dijo que era preciosa. Y antes de irse le dio una margarita y le preguntó si podía verla al día siguiente. Ella aceptó y, al instante, él añadió otra petición; que no se lo dijese a nadie. Lo suyo era un secreto. Por las diosas, se sintió tan especial que ni siquiera los comentarios maliciosos de sus hermanas, de regreso a casa, la molestaron.

Al día siguiente, Isadora acudió a la cita y él le dio un beso en los nudillos. Ella se sintió la criatura más bella del universo. Dos días más tarde, él la abrazó y le acarició el pelo y le dijo que no podía contener las ganas de estar con ella. Isadora pensó que

su vida era maravillosa. Al cabo de un mes, él le pidió que huyeran juntos. La petición fue acompañada de unos besos con labios temblorosos, de ojos al borde de las lágrimas, y cuando ella le dijo que antes quería decírselo a su padre, él le suplicó que esperase a que su unión fuese irrevocable. Quizá ése fue el único instante en que Isadora dudó de su decisión, pero cualquier inquietud que hubiese podido tener cedió ante los labios de él. Él le dijo que la quería, que la necesitaba, que su vida no sería la misma sin ella.

«Y es verdad».

Isadora volvió a su casa para coger algo de ropa y se fue en plena noche, como si se tratara de un ladrón, con la luna llena como único testigo del error que estaba cometiendo. Dejó una nota para su padre diciéndole que no se preocupase por ella — le gustaba creer que lo haría— y que volvería al cabo de unos días para contarle la verdad.

—Mi señora —dijo un hombre a su espalda.

Isadora se dio media vuelta con el rostro impassible. Ella no era señora de nada ni de nadie y aquel hombre lo sabía. Había ido allí para llevarla de regreso a aquel infierno e Isadora no tenía más remedio que seguirlo. Caminaron en silencio hasta la muralla, pero ella sabía perfectamente que su acompañante observaba todos y cada uno de sus movimientos. El porqué no lo sabía. ¿Qué amenaza podía representar una mujer como ella para un hombre como él? Iba armado, la punta de la afilada espada le sobresalía por debajo de la capa, y pesaría unos sesenta kilos más que ella. Sin embargo, en los meses que llevaba allí encerrada, Isadora se había dado cuenta de que los habitantes del castillo la miraban con recelo, incluso con miedo.

El guarda la escoltó hasta su dormitorio, celda en realidad, y volvió a encerrarla. Cada noche la dejaban salir un rato a pasear. Cuando volvía, siempre había una bandeja con un poco de comida esperándola y un par de horas más tarde aparecía él. Isadora ya no lloraba, las lágrimas sólo servían para que él se excitase más. Y tampoco oponía resistencia, pues él se reía. Y la risa se le metía dentro de la cabeza y la perseguía durante horas. Mantenerse impassible no ayudaba, él le pegaba más fuerte y tardaba más en terminar. Isadora tenía que estar dispuesta, fingir que accedía a sus deseos y esperar..., ¿esperar a qué? Todas las noches lo mismo, excepto aquélla.

El alivio que sintió al principio poco a poco fue convirtiéndose en aprensión y cuando empezó a amanecer sin que él hubiese ido a verla, tenía ya tanto miedo que incluso la asustaban los latidos de su propio corazón. Quizá iba a dejarla ir, quizá pudiese volver con su familia.

Se abrió la puerta del dormitorio y apareció una anciana. Tras ella estaba él. Furioso como siempre. El hombre más atractivo que había visto Isadora en toda la vida; sin embargo, esa belleza ya no la tenía hipnotizada, sino aterrorizada.

—Proceda —le ordenó a la mujer.

Isadora no se atrevió a abrir la boca y, con la mirada, siguió a la anciana hasta que ésta se detuvo junto a la cama en la que ella todavía estaba acostada.

—Está embarazada —afirmó rotunda, tras tocarle los pechos y el ombligo.

—¿De un varón? —preguntó él sin inmutarse por la noticia.

—Todavía es pronto —contestó la vieja, acercándose a ella.

Al incorporarse, se tropezó un poco e Isadora le tendió la mano para ayudarla. La mujer tenía los huesos mucho más fuertes de lo que su aspecto quebradizo dejaba entrever.

—Vete. Volveré a buscarte dentro de unas semanas —decretó él.

La anciana agachó la cabeza y salió por la puerta sin hacer ningún ruido.

—Ya empezaba a creer que había cometido un error —le dijo él—. Me alegra ver que no ha sido así. Estás embarazada; procura seguir estándolo.

—¿Te alegras? —Isadora fue incapaz de contener la pregunta. Viéndole la cara, nadie diría que se alegraba de la noticia.

—¿Alegrarme? —Sonrió, y a ella se le pusieron los pelos de punta—. Es lo que esperaba. Todo está saliendo según mis planes.

—¿Qué planes?

Él la miró e Isadora vio que le temblaba el músculo de la mandíbula. El tic siempre precedía a una bofetada.

—Tú sí que tienes que alegrarte de estar embarazada —señaló—, ya estaba a punto de darme por vencido. Y la verdad es que no sé qué habría hecho contigo.

—Puedo volver con mi familia.

—Jamás.

Y sin mediar palabra, se acercó a ella y la sujetó por el cuello.

—Escúchame bien, Isadora —dijo entre dientes—. Tu familia no puede salvarte. Nadie puede salvarte. Este hijo es la única garantía que tienes de seguir con vida, así que no se te ocurra volver a acercarte a los acantilados. —La soltó y ella se desplomó en la cama, intentando recuperar la respiración—. Ni muriéndote escaparás de mí, sólo conseguirás que cuando vuelva a encontrarte no sea tan... considerado como lo estoy siendo ahora. —Le dio un húmedo beso en la frente y se fue, dejándola más asustada que antes.

—Estoy embarazada —balbuceó Isadora cuando se quedó a solas. Tenía los ojos llenos de lágrimas y se llevó una mano al vientre.

Siempre había soñado con formar un hogar, con tener una familia. Sus hermanas se habían reído de esos sueños por mundanos, pero a ella le habían bastado y ahora le parecían completamente inalcanzables. Lloró desconsolada. Derramó todas las lágrimas que le quedaban para el resto de su vida y, cuando terminó, se juró a sí misma, y a su hijo, que lograría escapar. Sí, había cometido un grave error, pero no era una cobarde y llevaba meses comportándose como tal. Había caído en una trampa

y no se había preguntado ni una vez por qué se la habían tendido precisamente a ella. ¿Por qué de entre todas las mujeres del mundo, Ezequiel la había elegido?

Con la confirmación de su embarazo, Isadora recuperó las ganas de luchar y de sobrevivir. Frente a Ezequiel y sus hombres siguió comportándose como la pueblerina asustadiza de siempre, pero con la diferencia de que ahora prestaba atención a todo lo que sucedía a su alrededor. Escuchaba cualquier conversación que tuviese lugar cerca y se fijaba en quién entraba y salía del castillo e intentaba averiguar los motivos de dichas visitas.

Ezequiel no volvió a visitarla de noche e Isadora dio las gracias por ello. Sabía que él no sentía ningún afecto por ella y tampoco por el pequeño que estaba creciendo en su vientre; en cambio, cada vez que sus miradas se cruzaban, la de Ezequiel se entornaba un poco y su rostro palidecía. Le había dicho que aquel embarazo le había salvado la vida, pero era innegable que él le tenía miedo a ese niño todavía no nacido. ¿Por qué? Tenía que descubrir la verdad, y se le estaba acabando el tiempo. Algo dentro de Isadora le decía que, en cuanto diese a luz, su vida dejaría de tener ningún valor. Hacía cinco meses que no sangraba y ya podía notar las patadas del niño.

Esa noche había luna llena, y lo vio al mirar por la ventana. Las noches de luna llena, Ezequiel siempre se encerraba en el salón principal del castillo. Lo sabía porque lo había averiguado escuchando a escondidas a dos de sus hombres de confianza. En ocasiones se encerraba solo y a veces en compañía de otros que jamás volvían a ver la luz del sol. La única excepción era aquella anciana, la misma que había certificado el embarazo de Isadora y que afirmaba que daría a luz a un varón. Los hombres de Ezequiel la llamaban bruja, esperpento, pero a él lo había oído llamarla oráculo. No tenía nombre, o no quería que nadie lo supiese, así que la mayoría sencillamente la llamaba Vieja. Y ella siempre respondía.

Esa noche, decidió Isadora, iría al salón y se escondería en algún lugar para observarlos. Ya no había soldados apostados ante su puerta; ella había dejado de pasear por los acantilados y su esposo —le daba náuseas recordar que se había casado con él— ya no consideraba necesario tener que vigilarla. Qué equivocado estaba.

Oyó ruido en la entrada del castillo; si iba a esconderse en el salón, tenía que hacerlo ya. Sin darse tiempo para pensarlo, salió de su dormitorio y caminó como si nada por el pasillo; por fortuna, no la vio nadie y, tras entrar en el salón, se ocultó detrás de un par de escudos enormes que descansaban junto a una pared. Ezequiel apareció unos minutos más tarde, seguido de la anciana.

—¿Cuándo podré matarlos? —preguntó él, tras cerrar la puerta de un golpe seco.

—No conviene tentar a la profecía —dijo la anciana—. Los dioses son muy astutos y no perdonarán tal atrevimiento.

—La profecía no dice nada acerca de la odisea —se defendió Ezequiel.

Isadora no entendía nada de lo que estaban hablando, aunque era innegable que Ezequiel estaba furioso, y muy nervioso; incluso su voz era distinta. Se atrevió a mirar por entre los dos escudos y se llevó una mano a los labios para no gritar. ¿Qué diablos era aquello? De las manos de Ezequiel salían unas garras afiladas cual espadas y su aspecto era más imponente de lo habitual. Se lo veía alto y mucho más corpulento, y tenía ¿colmillos? El diablo. Tenía que ser el diablo. Isadora tuvo arcadas, pero se obligó a contenerlas.

—«Las descendientes de Gea y de Tetis sólo darán a luz a odiseas hasta el invierno de las dos lunas y el verano de los dos soles, en que una, la única hija de la última guerrera, dará a luz a un varón. Él se convertirá en el guardián y poseerá la llave para abrir el infierno y encerrar el mal para siempre. O dejarlo en libertad».

—Sé lo que dice el *Libro negro de los guardianes* —le recordó Ezequiel tras beber de una jarra, cuyo contenido era excesivamente parecido a la sangre—. Lo que quiero saber es si estás segura de que Isadora es la odisea de la profecía.

«¿Que ella era qué?»

—Sí, lo es. Es hija de la última guerrera, desciende directamente de las diosas. Ezequiel sonrió y se lamió una gota que le resbalaba por la barbilla.

—Pues ella no tiene ni idea.

—Da gracias a los dioses por ello —dijo Vieja—. Si Isadora supiera cuál es su naturaleza, entraría en contacto con sus poderes y no podrías retenerla.

—Lo dudo —afirmó Ezequiel—. Aunque quizá entonces sería más divertido intentarlo.

«Se está excitando sólo de pensar en lo que disfrutaría sometiéndome».

—No puedes matarla, recuerda lo que pasó cuando mataste a su madre. Creíste que así te asegurarías de que ella no llegara a nacer, pero te equivocaste. Mataste a Helena para nada y los dioses jamás te lo perdonarán.

—Los dioses no pueden hacerme nada —se burló él—. Llevan siglos sin despertarse, sin hacer acto de presencia en este mundo que consideran indigno de ellos. Reconozco que matar a Helena fue una lástima, podría haberme resultado útil.

¿Quién era esa Helena? Su madre se llamaba Teresa y murió de unas fiebres cuando ella tenía cinco años. Apenas la recordaba, pero era una mujer normal y corriente.

—Los dioses nunca se han dormido. Si no han intervenido, será porque los estamos divirtiendo. Helena ocultó a su hija y te ganó la partida.

—Por un tiempo. No te olvides de que ahora Isadora está embarazada de mi hijo. Y, cuando nazca, la llave será mía. Y podré matar a la madre.

Isadora tragó saliva e intentó controlar los latidos de su corazón.

—No deberías matarla. ¿Qué harás con el niño?

—Todavía no lo sé. Imagino que podría matarlo, pero supongo que tienes razón.

La profecía podría encontrar el modo de volver a engañarme. No, lo mantendré con vida.

«Jamás dejaré a mi hijo contigo, monstruo», juró Isadora.

—La profecía no está completa, los acertijos de los dioses son traicioneros. Necesitaría leer el *Diario de los guardianes* para saber con certeza cómo aconsejarte, mi señor. No deberías matar a Isadora —repitió.

—Me estoy hartando de tus palabras, Vieja. —Ezequiel tenía la voz cada vez más gutural—. ¿Cómo osas decir que vas a aconsejarme? En cuanto le hayan sacado al niño del vientre, hundiré los colmillos en el cuello de Isadora y la dejaré seca.

—¡No! La sangre de una odisea es sagrada.

—Para mí nada es sagrado. ¿Todavía no lo has entendido? Mis hombres están cada vez más y más sedientos. Y pronto tendré en mi poder la llave del infierno.

—No...

—Oh, sí, Vieja. Sí, abriré el infierno y obligaré al mismísimo Satanás a que dirija mi ejército.

—El niño, la llave... no funcionará, la profecía no está completa.

—Cierto, pero tú ya no me sirves de nada. —Y tras esas palabras, Ezequiel hundió los colmillos en el cuello de la anciana y se lo rompió como si fuera un animal.

Isadora siguió oculta detrás de los escudos, oyendo cómo él succionaba la sangre del cuerpo sin vida de aquella pobre mujer. Estaba tan cerca que la sorprendió que Ezequiel no la viese, o la oliese, pero por fortuna no lo hizo. Él siguió bebiendo hasta que, de repente, levantó la cabeza y soltó el cuerpo inerte de la vieja. Tenía los labios y el mentón cubiertos de sangre y los ojos completamente negros. Se pasó la lengua por los labios y saboreó las últimas gotas. Abrió los brazos y sus garras se extendieron. Gritó de satisfacción y empezó a reírse como un loco.

«Tengo que irme de aquí cuanto antes».

Después de esa noche, Isadora no pudo quitarse de la cabeza nada de lo que había visto u oído, pero intentó que su comportamiento no delatase la angustia que sentía. A diario, buscaba el modo de huir del castillo, aunque cada plan que se le ocurría se encontraba con dificultades insuperables. Y, para empeorar las cosas, cuando se ponía el sol la visitaban los sueños más extraños. Isadora no quería darles importancia, ella era una mujer temerosa de Dios, pero al despertarse recordaba todo lo sucedido con absoluto detalle y nunca olvidaba nada, por más que lo intentase. Una parte de ella le susurraba al oído que los sueños tenían que ver con las blasfemias que había dicho Ezequiel antes de matar a aquella pobre mujer, pero otra se negaba a creerlo y los interpretaba únicamente como una muestra más de lo importante que era para su supervivencia huir de aquel castillo cuanto antes. Por fortuna, la oportunidad se le

presentó antes de lo que esperaba.

Una mañana lluviosa, Ezequiel y sus hombres tuvieron que partir rumbo a las tierras del sur para enfrentarse a un pueblo entero que se negaba a rendirse ante ellos. A Isadora le habría gustado conocer a esos valientes. El castillo quedó desierto, excepto por las doncellas que había en la cocina y por un par de soldados, pero podía evitarlos con facilidad. El destino no iba a ser tan generoso una segunda vez, de eso estaba segura, así que cogió un fardo con algo de ropa y unas mantas y huyó.

Caminó bajo la lluvia durante horas, consciente de que si Ezequiel regresaba, mandaría a todo el ejército a buscarla. Oh, ella le daba completamente igual, pero no iba a permitir que su hijo, su llave, como lo había llamado, escapase de su control. La lluvia hacía que el camino le resultase mucho más fatigoso, pero en compensación, borraba sus huellas. Sin duda, los perros de Ezequiel encontrarían el rastro, Isadora jamás había visto unos perros como aquéllos, pero quizá para entonces ella ya estaría a salvo. Caminó y caminó, deteniéndose únicamente lo imprescindible para descansar y reponerse un poco.

—Todo saldrá bien —repetía una y otra vez en voz baja—. Mamá cuidará de ti.

La tormenta empeoró y los truenos y los rayos llenaron el cielo. Tras un estruendo, un relámpago iluminó una cueva. Isadora lo interpretó como una señal y se escondió en ella. Ni siquiera se había sentado cuando una punzada de dolor le atravesó la columna y se cayó al suelo. Apretó los dientes en un vano intento de contener el dolor. Allí tumbada, en medio del polvo y rodeada de rocas, supo que iba a morir y que probablemente su pequeño se iría con ella.

—¡No! —gritó desesperada—. ¡No! —Cerró los ojos y se sujetó con fuerza a la raíz de un árbol que había penetrado la pared de la cueva—. No voy a morir —se dijo a sí misma—. No voy a morir.

Tenía los muslos cubiertos de sangre y de un líquido viscoso y podía notar cómo su hijo se abría paso dentro de ella. Él era lo más importante. Lo único que importaba. Si ella moría en aquella cueva, el pequeño no tardaría en seguirla.

—¡No! —Isadora sacó fuerzas de flaqueza y resistió—. ¡Venid a ayudarme! —gritó desesperada—. Si de verdad soy descendiente de unas diosas, ¡venid a ayudarme! —le gritó al cielo con rabia—. ¡Gea, Tetis! ¡Malditas diosas! ¡Malditas seáis!

Un par de rayos azules iluminaron el cielo y, al caer en la tierra, prendieron fuego al bosque que rodeaba la cueva de Isadora. Iba a ponerse a llorar cuando, de repente, una mujer apareció frente a ella.

—Isadora. —La mujer pronunció su nombre con adoración y remordimiento—. Soy Gea, por fin te encontramos.

—¿Encontrarme? —preguntó atónita. Ella nunca se había escondido de nadie ni de nada. ¿Y no se suponía que eran diosas? Si no la habían encontrado era porque

nunca la habían buscado, o porque no habían puesto demasiado empeño en ello.

—Te hemos buscado día y noche —dijo la diosa, leyéndole el pensamiento—. Tu madre hizo un conjuro para ocultarte. Tú eras la única que podías romperlo, ninguna otra odisea, ni ninguna diosa —añadió furiosa— podía encontrarte hasta que tú nos llamaras.

—¿Cómo? —balbuceó. Estaba ardiendo en fiebre, pero las contracciones habían retrocedido un poco. Probablemente ya estaba muerta, o delirando, y nada de aquello era verdad.

—Es verdad, criatura. —Gea se arrodilló a su lado y le tocó la frente con la mano. La diosa era muy alta e iba vestida de blanco, aunque su túnica no se manchó al tocar el suelo. Tenía los ojos azul claro, casi blancos, y los iris plateados. La melena que flotaba a su alrededor era larguísima y parecía tejida con telas de araña e hilos de plata—. Tu madre, Helena, sabía lo de la profecía e intentó protegerte. Dos lunas, dos soles. A ti voy a salvarte, eres mi hija, pero el niño debe morir.

—¡No! —Isadora se llevó las manos al vientre para protegerlo—. ¡No! Él no ha hecho nada.

—No podemos tentar a la profecía, el mal es muy poderoso —afirmó la diosa con una frialdad sólo propia de una criatura que no sabía lo que era llevar una vida en su interior.

Isadora apretó los ojos y luchó por recordar las palabras exactas que había dicho Ezequiel esa noche.

—La profecía dice que él podrá encerrar el mal para siempre —dijo, frenética.

—O dejarlo en libertad —añadió Gea, levantando una ceja al ver que Isadora se atrevía a retarla—. No podemos correr ese riesgo.

—Tiene que haber alguna manera —suplicó ella, al sentir otra contracción—. Nunca os he pedido nada. Me habéis dejado abandonada toda la vida. Si sabíais lo de la profecía, habrías podido salvarme de Ezequiel. ¡Malditas seáis! —Vio que Gea retrocedía al oír el último comentario. Todavía no sabía de dónde había sacado las fuerzas y el valor para discutir con una diosa, pero al parecer había dado en el clavo. Por algún motivo, Gea y Tetis habían permitido que Ezequiel la secuestrase y la dejase embarazada. Isadora ya no tenía nada que perder, si el único modo de salvar la vida de su hijo era provocando la ira de la diosa, o haciéndola sentir culpable, iba a hacerlo—. ¡Me lo debéis!

—¡Cómo te atreves!

—¡Me lo debéis! Salvad a mi hijo, haced lo que sea necesario para engañar a la profecía. ¡Lo que sea necesario! La bruja, la vieja dijo algo de un libro, dijo que la profecía no estaba completa... —Se lamió el labio. Tenía la garganta seca y el rostro empapado de sudor. El corazón le latía descontrolado mientras su mente buscaba enloquecida entre sus recuerdos—. ¿Qué dice ese libro? ¿Qué dice? —exigió saber, al

ver que la diosa abría los ojos.

—Habrías sido una odisea magnífica —afirmó Gea con admiración y lástima—. El *Diario de los guardianes* dice que la llave del infierno —le señaló el vientre— sólo funcionará cuando encuentre a su alma gemela. Entonces, él tendrá que decidir si sirve al mal o al bien.

—¿Su alma gemela? —Isadora tragó saliva y luchó por no perder la conciencia. No iba a poder aguantar más.

—La llave —Gea le señaló de nuevo el vientre— será un guardián, pero no un guardián cualquiera. El día que conozca a su alma gemela, la mujer destinada a amarlo incondicionalmente, adquirirá un poder desconocido hasta ahora, tanto por los mortales como por los dioses. Nadie sabe de qué será capaz. La profecía tiene vida propia, no pertenece a ninguno de los dos mundos y puede destruirlos a ambos, el de los humanos y el nuestro. No debemos tentarla.

Isadora cerró los ojos y se sintió a punto de rendirse. El corazón había ido apagándosele y apenas podía respirar.

—Ven conmigo, Isadora —le susurró Gea—. Te llevaré a un lugar maravilloso. Allí te recuperarás y, cuando te encuentres bien, podrás regresar. Los humanos son una buena distracción y los guardianes necesitan la ayuda de las odiseas. Tú serás una de las más grandes.

—¿Y el niño?

—El niño no existirá jamás. Pronto te olvidarás de él.

«Igual que mi familia se olvidó de mí».

—¡No! —gritó de repente. Aquel niño era lo único que le había dado fuerzas para luchar, para huir de Ezequiel. Ella no iba a traicionarlo—. Mi madre... —tragó saliva—, Helena, ¿hizo un conjuro?

—Helena conocía mejor que ninguna otra odisea los hechizos de ambos mundos y sabía cómo utilizarlos. Sin embargo, para ocultarte de Ezequiel tuvo que sacrificar parte de su poder, por eso él la encontró. Y la mató. Todo conjuro tiene un precio, Isadora, y si de verdad quieres salvar a tu hijo, tendrás que pagar uno muy alto.

—¡Eres una diosa, maldita sea! —escupió cada palabra.

—Ni siquiera yo estoy por encima de lo más sagrado —contestó Gea, molesta además por ese hecho.

—Salva a mi hijo. —Las fuerzas empezaban a fallarle de nuevo—. Por favor. Haz que no encuentre jamás a su alma gemela; así estará a salvo.

—Para un guardián es muy doloroso no encontrar a su alma gemela. ¿Estás segura de que eso es lo que quieres?

—Estará vivo, eso es lo único que importa —afirmó Isadora.

—Tú morirás. Él no sabrá jamás que has existido. Crecerá creyendo que otra es su madre, vivirá eternamente sin saber que te sacrificaste por él —añadió la diosa,

dejando claro que ella lo consideraba absurdo.

—Lo sé. No importa. Sávalo.

Gea suspiró con resignación y le colocó una mano encima del vientre.

—Dominic —dijo el nombre que Isadora iba a ponerle a su pequeño a pesar de que ella jamás se lo había dicho—, llave del infierno, el único guardián sin alma gemela. Solo por toda la eternidad, oculto dentro de ti mismo, ella jamás podrá encontrarte. Ni la luz más pura iluminará nunca tus sueños. Escóndete, Dominic —añadió en voz muy baja, sólo para los oídos del niño todavía no nacido—, guarda tu corazón y protégete con recelo, pues si ella te encuentra, él también lo hará. El día que conozcas a tu alma gemela, el mal sabrá dónde estás.

Isadora levantó una mano y sujetó la muñeca de la diosa. La manchó de sangre y Gea clavó su helada mirada en sus ojos.

—Prométeme que vivirá —le pidió, notando cómo la vida se le escapaba definitivamente.

—Vivirá —afirmó la diosa. «Aunque un guardián sin alma gemela no vive realmente».

—Prométeme que Ezequiel jamás lo encontrará.

—El conjuro lo ocultará.

Las manos de Gea empezaron a desprender una luz blanca e Isadora cerró los ojos.

—¿Por qué has aceptado? —le preguntó ésta antes de rendirse a la oscuridad.

—Piensa en tu hijo, es la única vez que estaréis juntos —dijo la diosa. «He aceptado porque yo estaba allí el día en que Ezequiel te vio por primera vez. Porque fui yo la que, sin que tú lo supieras, te convenció para que te fueses con él».

Isadora sonrió al oír el llanto de su pequeño. Dominic. Gea lo colocó un instante en su pecho y ella le dio un beso. Y el fuego la envolvió.

—¡Encontradla, malditos! ¡No puede haberse esfumado de la capa de la Tierra! Por los dioses, si es sólo una mujer —les gritó Ezequiel a sus hombres—. ¡Encontradla!

Llevaban días buscándola y no habían hallado ni rastro de Isadora. Ninguna pisada, ningún retal de ropa atrapado entre las zarzas, ni siquiera un mechón de pelo o gotas de sangre. Era, tal como había dicho el propio Ezequiel, como si se hubiese esfumado.

—Mi señor —Whitlock, su hombre de confianza, entró en la sala sin anunciarse y lo interrumpió—, traigo noticias.

—¿Favorables?

—Hace dos noches hubo un incendio en el bosque del otro lado de la colina. Hemos encontrado esto. —Dejó en el suelo los restos de una falda completamente teñida de sangre—. Estaba dentro de una cueva que fue devorada por las llamas. Es

imposible que saliera de allí con vida.

Ezequiel cogió la prenda y se la acercó a la nariz. La sangre pertenecía a Isadora. Estaba muerta. Por fin. Y el niño también. Y los dioses no podían culparlo de ello.

La profecía

«Las descendientes de Gea y de Tetis sólo darán a luz a odiseas, hasta el invierno de las dos lunas y el verano de los dos soles, en que una, la única hija de la última guerrera, dará a luz a un varón. Él se convertirá en el guardián y poseerá la llave para abrir el infierno y encerrar el mal para siempre. O dejarlo en libertad».

LIBRO NEGRO DE LOS GUARDIANES

«La llave del infierno será un guardián. Un guardián cuyos poderes superarán incluso a los de los dioses, pues de él depende eliminar el mal. Vivirá en soledad hasta encontrar su alma gemela y con ella a su lado nos guiará hacia el cisma; sin ella, el infierno tentará al guardián y nos destruirá».

DIARIO DE LOS GUARDIANES

«La llave está perdida. Escondida. Sólo su alma gemela puede encontrarla antes de que sea demasiado tarde».

DIARIO DE LOS GUARDIANES

Inscripción que apareció hace unos meses

Vancouver, en la actualidad

Dominic lanzó a un lado el cadáver del soldado del ejército de las sombras. El muy imbécil se había atrevido a burlarse de Claire y no le había dado ninguna pista sobre su paradero. Levantó un brazo y se secó las manchas de sangre que seguro le cubrían el mentón. De nada serviría que intentase limpiarse la camiseta, la quemaría en cuanto llegase a casa de Simon. Su amigo todavía seguía en el hospital; el otro guardián había estado a punto de morir a manos de un engendro creado por Ezequiel, y si no hubiese intervenido Maria, la odisea que lo amaba y que ahora con toda seguridad estaría sentada a su lado en el hospital, Simon no lo habría conseguido. Dominic aún tenía que hablar con él. Había ido a visitarlo cada noche, pero Simon no se había despertado hasta esa mañana.

«¿Y vas a decirle que te estás volviendo loco, que te estás convirtiendo en un monstruo?» Desvió la vista hacia el charco de sangre que teñía el cemento de aquel oscuro callejón. La policía creería que había sido un ajuste de cuentas, una pelea de bandas; el aspecto del soldado confirmaría dicha teoría y Dominic se había asegurado de no hacerle ninguna herida *inusual*. Caminó hasta el coche y condujo sin mirar atrás y sin arrepentirse lo más mínimo de haber matado a ese desgraciado. Ni de haberlo disfrutado.

Condujo a toda velocidad, aguzando los sentidos por si se le había escapado algo, y no se detuvo hasta llegar a la casa de los Whelan. Frenó el todoterreno en seco y entró sin molestarse en sacudirse de encima la nieve que había ido cubriéndolo durante la pelea en el callejón.

—Dominic Prescott —dijo una voz desde lo alto de la escalera—, me habían dicho que detestabas la violencia. Y que eras muy educado —añadió, sarcástica.

—Y a mí, Veronica Whelan, me habían dicho que estabas en Japón —respondió él sin inmutarse.

—He venido porque me necesitaba —le explicó Veronica, sentándose en la barandilla para deslizarse hasta el rellano.

—¿Tu primo Simon? —Dominic colgó el abrigo y se sonrojó un poco al ver que ella miraba con reprobación las manchas de sangre de su camiseta.

—No, él no. Sebastian.

—¿Sebastian? —Dominic la miró a los ojos—. ¿Cuánta gente hay en esta casa? Joder.

—Y eso que decían que eras educado —dijo Veronica; iba a gastarle otra broma,

pero al verle los ojos, cambió radicalmente de actitud—. Dominic, ¿estás bien?

«Podría mentirle».

—No.

—¿Qué ha pasado?

—¿Quién es Sebastian? ¿Dónde está? —Quizá estuviese agotado y necesitase contarle parte de lo que le había sucedido a alguien, pero no iba a bajar la guardia y confiar en cualquiera. Una cosa era Veronica, ella pertenecía a una familia de guardianes y era prima de uno de sus mejores amigos, y otra muy distinta confiar en un desconocido.

—Sebastian Kepler es el mejor amigo de Simon. Creo que está corriendo; a estas horas siempre corre.

—¿Y qué le pasa, por qué has venido a ayudarlo?

—¿Vas a contarme lo que te pasa a ti?

—No.

—Pues yo no voy a contarte lo de Sebastian. Si quieres saberlo, pregúntaselo cuando vuelva, pero más te vale ser amable; Simon y Maria no estarían vivos de no ser por él. Sebastian fue quien trajo a la caballería cuando Ezequiel y sus perros los atacaron.

—Kepler no es un guardián —afirmó Dominic rotundo.

Él era uno de los guardianes más antiguos que existían, el más antiguo, según muchos, y conocía los nombres de todas las familias de guardianes de Alejandría.

—No, no lo soy —dijo el interesado, apareciendo por la puerta principal.

Tal como había sugerido Veronica, Sebastian había salido a correr. Tenía la camiseta empapada de sudor y la respiración entrecortada.

Dominic lo estudió con la mirada y después giró el rostro.

—Yo también me alegro de conocerte —dijo Sebastian, sarcástico ante el gesto—. Iré a ducharme. Si quieres, luego puedes interrogarme —añadió—. Hola, Veronica —saludó a la chica al pasar por su lado—, veo que sigues aquí.

—Ya te dije que no me iría a ninguna parte —le recordó ella.

Dominic observó el intercambio con interés. Era evidente que Kepler le había pedido, o exigido, a Veronica que se fuese y que ella se había negado. ¿Por qué?

—Yo también iré a cambiarme —dijo Dominic, disipando así la tensión, que iba en aumento entre Sebastian y Veronica—. Después iré al hospital a ver a Simon. —Y no añadió que le preguntaría a éste exactamente quién era Kepler; había algo extraño en aquel hombre. Sus instintos de guardián se habían puesto alerta sólo con verlo.

—No te molestes —le dijo Veronica sin dejar de mirar a Sebastian—. Maria ha llamado. Al parecer, Simon estaba volviendo locas a las enfermeras y el médico le ha dado el alta. Dice que será mejor que termine de recuperarse en casa. Ahora iba a buscarlos. —Levantó la mano y le enseñó las llaves del coche.

—Fantástico —dijo él, alegrándose de verdad. Una buena noticia. La primera en mucho tiempo—. Si esperas un segundo, me ducho y te acompaño, así no tendrás que lidiar sola con el mal humor de tu primo.

—Claro, pero date prisa. A juzgar por lo que me ha dicho Maria, están a punto de echarlos del hospital.

Dominic subió la escalera y entró en el dormitorio que se había adjudicado. Había visitado la casa de los Whelan en ocasiones anteriores y la madre de Simon, una gran dama que había fallecido demasiado pronto, siempre lo instalaba en aquel dormitorio con vistas al parque Stanley. Se desnudó y lanzó la camiseta al suelo. Se metió en la ducha y abrió el grifo del agua caliente. Giró la rueda hasta la presión máxima y se colocó bajo el chorro. El vapor no tardó en empañar el cristal del baño y la mampara, y la piel de Dominic enrojeció al recibir los diminutos golpes de las ardientes gotas de agua. Sin embargo, él no se movió y dio la bienvenida al dolor. Últimamente, era lo único que lo hacía sentir humano.

En cuanto Dominic desapareció en dirección al piso superior, Veronica se arrepintió de haber accedido a esperarlo. No porque tuviese ningún inconveniente en que Prescott la acompañase al hospital, sino porque ahora corría el riesgo de que volviese a aparecer Sebastian Kepler y tuviese que quedarse a solas con él. Y estaba claro que el taciturno exmilitar no podía soportarla. Y, sorprendentemente, que él la rechazase sin disimulo a ella le dolía más de lo que estaba dispuesta a admitir.

En el clan de los Whelan, Veronica era famosa por su carácter rebelde y su eterno buen humor. Y por ser una defensora a muerte de las causas perdidas. Sus padres estaban ahora retirados en Florida; el afable matrimonio había elegido la costa sur americana por su buen clima y sus campos de golf, y porque estaba cerca de Disney World, a pesar de que ellos insistían en negar lo último.

El padre de Veronica, Rafe, era guardián, igual que su hermano mayor y padre de Simon. Durante siglos, los guardianes habían creído que las hijas de los guardianes no poseían ningún poder, por no mencionar que casi todos los guardianes tenían descendientes varones. Todos excepto Rafe Whelan, que decidió dar la campanada y tener tres hijas; Amelia, Lisa y Veronica. Tres niñas que, con el paso del tiempo, se convirtieron en tres de las poquísimas ilíadas conocidas en la actualidad. Amelia y Lisa tenían un don innato para comunicarse con los elementos; la primera podía ponerse en contacto con el viento y éste obedecía su voluntad, y la segunda dominaba el fuego. El poder de Veronica era mucho más complejo y peligroso. Y, a diferencia de sus hermanas, siempre que lo utilizaba, ponía su vida en peligro.

Desde muy pequeña, Veronica había sentido que era distinta, y esa sensación la llevó a cometer más de una locura en su adolescencia. Rafe Whelan solía decir que lo había hecho envejecer prematuramente, aunque todo el mundo sabía que en el

fondo era su preferida. Rafe creía que Amelia y Lisa eran ilíadas en sí mismas, las dos entendían a la perfección la naturaleza, conocían sus secretos y sabían recurrir a las plantas y a los elementos en busca de ayuda y consejo. En cambio, Veronica no. Ésta sentía la naturaleza en su propia piel, en su alma. Si una criatura sufría, Veronica también sufría. Y no sólo eso, poseía el don de controlar y modificar los sentimientos de los demás. Pero cada vez que lo hacía corría el riesgo de morir.

Era una defensora de las causas perdidas. Si había una matanza de ballenas en el mar de Japón, a ella se le revolvían las entrañas y los gritos de dolor de los mamíferos la consumían día y noche. El dolor y el sufrimiento de los animales había aprendido a controlarlos, a vivir con ellos en cierta manera, pero el de los humanos era mucho más difícil de contener, aunque también había desarrollado distintos métodos para dejar de oírlo. «Sordera», lo denominaba su madre. Sin embargo, a lo largo de su vida, Veronica se había encontrado con algunas personas a las que, por más que lo intentase, no podía dejar de oír en su interior. La primera había sido su abuela. Cuando se quedó viuda, la anciana sintió tal pena que Veronica no podía dejar de llorar. Evidentemente, ella también echaba de menos a su abuelo, pero en realidad lloraba porque sentía como propio el dolor y la angustia de una mujer que acababa de perder al hombre con el que había compartido su vida. Veronica consoló a su abuela y no descansó hasta que encontró el modo de amortiguar aquella horrible sensación de pérdida. Y estuvo a punto de morir. Veronica sufrió una hemorragia interna mientras destruía dentro de ella el dolor de su abuela.

La segunda persona que la afectó de manera extraordinaria fue su amiga Andrea, una preciosa chica de veinte años a la que le diagnosticaron una enfermedad terminal. Veronica se quedó a su lado hasta que murió, canalizando dentro de ella tanto dolor como le fue posible, para que así su amiga se fuese de este mundo sin sufrir. Tras la muerte de Andrea, Veronica estuvo dos semanas en coma y, cuando se despertó, sus padres le ordenaron que no volviese a hacer algo tan peligroso nunca más.

Y no lo había hecho, porque, desde entonces, no había vuelto a sentir una conexión tan fuerte con nadie. Hasta Sebastian Kepler.

Veronica estaba en Japón cuando notó que alguien muy cercano a ella la necesitaba. En su mente, vio que Simon corría peligro y en seguida hizo las maletas para ir a ayudar a su primo. Cuando llegó a Canadá —por suerte, en sus visiones había visto que tenía que ir a la casa familiar de Vancouver—, Simon estaba en el hospital y Maria, su alma gemela, se estaba haciendo cargo de él. Veronica pensó entonces que ya no hacía falta, pero al salir de la habitación lo vio y supo que él era el verdadero motivo por el que había ido allí.

Sebastian Kepler estaba en medio del pasillo del hospital, apoyado contra la pared y con los ojos cerrados. Las manos le colgaban a los costados y apretaba los puños con tanta fuerza que era imposible que le circulara la sangre. Veronica había sentido

muchas emociones ajenas a lo largo de su vida, pero jamás una desesperación tan aguda como la que emanaba de él. Y cuando Sebastian abrió los ojos, se sintió morir: aquel hombre había perdido su alma, y necesitaba recuperarla cuanto antes o moriría para siempre.

—¿No habías dicho que ibas a buscar a Simon y a Maria? —le preguntó el mismo en quien estaba pensando.

—Sí, estoy esperando a Dominic. Se ha ofrecido a acompañarme —le respondió ella.

Sebastian acababa de ducharse y todavía tenía el pelo mojado. Llevaba vaqueros, una camiseta negra y su habitual chaqueta con capucha.

—¿Vas a fumar? —le preguntó Veronica, al ver el mechero de metal que él sujetaba en una mano.

—No —respondió, mirando el mechero como si fuese un objeto desconocido—. Voy a salir —anunció, dirigiéndose hacia la puerta.

No podía estar ni un segundo más cerca de ella. La sangre había empezado a quemarle las venas y notaba cómo los colmillos se extendían en sus encías. Tenía que irse de allí cuanto antes; de lo contrario, terminaría haciéndole daño a Veronica.

La angustia que emanaba de Sebastian era tan intensa que Veronica tuvo que apretar los dientes para contener el dolor que sentía en las entrañas. Tenía que ayudarlo, si no, ambos pagarían las consecuencias. Pero antes tenía que averiguar qué demonios le sucedía y, a juzgar por su expresión, él no iba a ponérselo fácil.

—Sebastian —Veronica pronunció su nombre y lo detuvo—, ¿adónde vas?

—Afuera —respondió, lacónico—. Volveré más tarde para ver a Simon.

—¿Y luego qué?

—Luego me marcharé.

Ella se acercó y le colocó una mano en el antebrazo, él lo retiró como si lo hubiese quemado.

—No me toques —le ordenó entre dientes—. ¿Entendido?

Veronica cerró los ojos para contener la descarga que le había producido el breve contacto. Sólo había sentido algo similar una vez en la vida. Abrió los ojos asustada al recordar qué clase de criatura le había producido esa sensación: un soldado del infierno. Buscó el cuello de Sebastian con los ojos y, antes de que él pudiese detenerla, le apartó la capucha de la sudadera. Allí estaba. La marca del infierno. Sebastian era un soldado del ejército de las sombras. No, no era posible. Los soldados obedecían a lord Ezequiel, eran sus esclavos, sus perros de caza y, en cambio, Sebastian había matado a todos los que habían atacado a Simon. ¿Y si era una trampa? ¿Un espía? «Cree en tus instintos, Veronica». Sí, Sebastian tenía la marca del demonio en el cuello, pero no era uno de los hombres de Ezequiel.

—Mírala tanto como quieras —la retó él, aguantando su escrutinio—, no

desaparecerá.

—¿Cómo es posible? —le preguntó ella, aturdida.

Nunca había oído hablar de que hubiese desertores en el ejército de las sombras. Y estaba segura de que lord Ezequiel no toleraba la traición. Además, los soldados de ese ejército necesitaban beber sangre humana para sobrevivir, sangre de sus víctimas, y Sebastian llevaba días en la misma casa que ella. Si hubiera matado a alguien, Veronica lo sabría. Lo habría sentido. «Pero hace días mató a los soldados que atacaron a Simon y a Maria y probablemente todavía no tiene hambre».

—Me iré después de hablar con Simon —dijo él sin darle ninguna otra explicación—. Te agradecería que no le dijeras nada acerca de esto —se señaló el cuello—. Me gustaría decírselo yo, por favor —añadió y Veronica se dio cuenta de lo mucho que le costó hacerle esa petición.

—No se lo diré —accedió ella—, con una condición.

—¿Cuál? —Sebastian enarcó una ceja.

—Después de hablar con Simon, ven a hablar conmigo.

—¿Por qué?

—Ésa es mi condición —se limitó a decir Veronica, imitando el estilo críptico de Sebastian.

—De acuerdo, iré —farfulló antes de salir.

De nuevo sola, Veronica se quedó pensando en lo que acababa de averiguar y buscó en su mente todo lo que sabía acerca de los soldados del ejército de las sombras. Eran humanos que decidían seguir a Ezequiel; le entregaban su alma a cambio de poder, riqueza o la vida eterna. A pesar de que ella apenas conocía a Sebastian, ese comportamiento no encajaba con él. Entonces recordó que, años atrás, había oído hablar de unos hombres a los que Ezequiel había convertido a la fuerza. Según se decía, ninguno de ellos había sobrevivido y la verdad era que los guardianes no tenían constancia de lo contrario. Pero Veronica se jugaría lo que fuera a que Sebastian era uno de esos hombres.

Después de encontrarse con él en el hospital el día que llegó, Veronica, como buena hija de guardianes y mujer inteligente, averiguó todo lo posible acerca del misterioso mejor amigo de su primo. Al parecer, Sebastian Kepler había sufrido malos tratos de pequeño. Su padre, un hombre que sin duda ahora estaba ardiendo en el infierno, era un borracho que le pegaba constantemente y su madre no había sido ninguna joya, pues todavía cumplía condena en una cárcel americana por haber matado a la cajera de un supermercado. Tras quedarse huérfano, Sebastian se crió en hogares de acogida y nunca le contó la verdad a nadie, ni siquiera a Simon, quien la había averiguado más tarde, contratando a un detective privado. Al cumplir los dieciocho años, se alistó en el ejército y prácticamente desapareció del mapa, hasta que volvió a Nueva York hacía unos meses.

¿Dónde había estado metido todos esos años? ¿Por qué no había constancia de ningún Sebastian Kepler en ningún cuerpo del ejército, pero sí de su alistamiento y de su supuesta muerte? Fueran cuales fuesen las respuestas a esas preguntas, Veronica iba a averiguarlas. Y pronto, o el dolor de él terminaría por destruirlos a ambos.

Dominic se pasó el trayecto al hospital pensando, intentando poner en orden todas las preguntas que quería hacerle a Simon y recordándose que su amigo acababa de sobrevivir a una situación muy peligrosa y que, por lo tanto, no podía agobiarlo. Sí, su parte racional sabía que no podía presionar a Simon ni a Maria, pero su guardián, el guerrero que se había pasado siglos adormecido en su interior, exigía respuestas. Dominic no estaba acostumbrado a sentirse así; él siempre había sido capaz de dominar sus instintos, de controlar sus emociones, incluso, en ocasiones, había llegado a creer que carecía de ellas. Hasta que, meses atrás, por fin la encontró a ella. A Claire.

—¿Estás bien, Dominic? —le preguntó Veronica sin apartar la vista de la carretera.

La joven iba al volante de aquel todoterreno enorme y lo conducía por la nieve como si estuviese manejando un coche de tamaño normal por una ciudad: sin preocuparse lo más mínimo.

—Sí —respondió él desde el asiento del acompañante—. Sólo estoy un poco cansado —añadió para justificar su silencio y su mal humor.

—Vaya, y eso que dicen por ahí que no te cansas nunca —se burló ella para relajar un poco el ambiente.

—No deberías hacer caso a «lo que dicen por ahí».

—No lo hago. —Se metió en el desvío que conducía a la ciudad—. ¿Puedo preguntarte una cosa?

—¿Puedo impedírtelo?

—¿Crees que es posible que un soldado del ejército de las sombras se rehabilite? —le preguntó, ignorando por completo el sarcasmo de él.

Decir que a Dominic su pregunta lo cogió por sorpresa sería quedarse corto. Estaba convencido de que la prima de Simon volvería a preguntarle por su mal humor y el cambio de tema en cierto modo lo hizo reaccionar.

—Supongo que sí —dijo, tras pensarlo unos minutos—. Al menos, en teoría tendría que ser posible.

—¿En teoría? ¿Qué quieres decir?

Dominic se frotó la cara y suspiró. Realmente estaba muy cansado.

—Sabemos que los soldados del ejército de las sombras son humanos que poco a poco se van convirtiendo en esclavos de Ezequiel. Esa transformación se va produciendo a medida que beben sangre de sus víctimas o del propio Ezequiel y de sus descendientes directos. ¿Me sigues?

—Sí, te sigo. Ya sabes que a todos los miembros de los clanes de los guardianes nos obligan a leer el *Diario* y el *Libro negro* —le recordó ella, mencionando los dos grandes libros que habían estado con los guardianes desde el principio de su existencia.

—Entonces, podemos presumir que si un soldado consiguiera dejar de beber sangre de Ezequiel o de sus víctimas, podría llegar a abandonar el ejército.

—¿Como una especie de desintoxicación?

—Exacto.

—Pero siguiendo con el símil, ¿qué pasaría cuando tuviesen el mono? He visto lo que les hace a los humanos el síndrome de abstinencia, así que en un soldado del ejército puede ser todavía peor.

—Mucho peor; por eso mismo supongo que nunca hemos visto a un soldado «rehabilitado». Aunque, respondiendo a tu pregunta, sí, en teoría sería posible, pero es poco probable.

Dominic pensó entonces en las pruebas a que lo habían sometido durante los meses que estuvo cautivo en aquel laboratorio del ejército.

—Oh, mierda —farfulló Veronica—. Soy una estúpida. Acabo de acordarme de que estuviste meses encerrado con los matasanos de lord Ezequiel. Perdóname, Dominic.

—No te preocupes —le dijo él, sincero, al ver lo mal que lo estaba pasando Veronica—. No me importa hablar de ello. ¿Quién te lo ha contado? —Dominic sabía que lo de su desaparición y su consecuente rescate no era del dominio de todos los guardianes.

—Ewan me llamó y me lo contó —le explicó Veronica. Ewan Jura era el próximo líder del clan de los Jura, un guardián muy poderoso y uno de los pocos amigos que tenía Dominic—. Al parecer, le diste un susto de muerte cuando desapareciste de Nueva York sin más. Estaba preocupado por ti y por Simon y me llamó para ponerme al corriente de todo. Lamento habértelo recordado.

—La verdad es que tus preguntas me han hecho pensar —dijo él quitándole importancia a lo que le había sucedido—. Es evidente que Ezequiel está buscando la manera de acelerar el proceso de transformación de sus soldados. No sólo eso; me atrevería a decir que quiere crear nuevos soldados, más sanguinarios y más «obedientes», por así decirlo.

—Cuando hablé con Maria, me dijo que una de las criaturas que los atacó no era del todo humano ni tampoco un soldado. Quizá Ezequiel haya empezado a tener éxito.

—Esperemos que no —contestó Dominic, mirando por la ventana.

Los bosques siempre lo habían fascinado por su inherente eternidad. Las ciudades cambiaban, la gente cambiaba o, peor aún, moría, pero los bosques siempre estaban

allí, protegiendo los secretos de su propia existencia.

Estuvieron un rato en silencio y Veronica fue quien lo rompió:

—¿Alguna vez has deseado ser normal?

Aquella joven había vuelto a sorprenderlo, así que dejó de mirar el paisaje y centró toda su atención en su acompañante.

—Define «normal».

—Ya sabes, normal —repitió ella y apartó una mano del volante para hacer con los dedos el símbolo de comillas en el aire—, como todo el mundo.

—¿Como tú? —le preguntó con una sonrisa.

—Yo tampoco soy normal y lo sabes perfectamente. —Veronica suspiró resignada. Sonsacarle información a Dominic estaba resultando extremadamente difícil—. Está bien, empezaré yo. A mí sí me gustaría ser normal.

—¿Por qué? —preguntó él, realmente interesado.

—Hace un mes, me pasé dos días tosiendo sangre porque en una región de África masacraron a una manada de elefantes. Y la semana anterior, un día que entré en un café, casi me desmayo porque a la camarera la había dejado el novio.

—¿Y qué hiciste?

—A la camarera la consolé y le dije que estaba mejor sin ese impresentable y, mientras le hablaba, me metí dentro de su mente para borrar los malos recuerdos. Créeme, esa chica en verdad está mejor sin ese tipo. Y respecto a los elefantes, no pude hacer nada. Era demasiado tarde.

—¿Y a ti qué te pasó?

—Lo de la camarera lo llevé bastante bien, tuve una fuerte migraña durante varios días, pero se me pasó. Lo de los elefantes fue peor; esos pobres animales sufrieron tanto antes de morir que mi cuerpo se saturó y..., bueno, tardé casi tres semanas en recuperarme. Así que sí, me gustaría ser normal y sufrir sólo por mis cosas y no por las de casi todo el mundo.

Dominic ya sabía qué clase de poder tenía Veronica como iliada, pero al oírsele contar a ella pensó que nunca había comprendido realmente las consecuencias que sufría la muchacha cada vez que lo utilizaba. Empezó a pensar que quizá, más que un don, lo de Veronica era una maldición. «Como tú, que prácticamente eres inmortal. O eso creías hasta hace poco».

—Yo nunca había querido ser normal —se sorprendió diciendo.

—Lo dices como si ahora hubieses cambiado de opinión —señaló ella, perspicaz.

—Hace un par de siglos dejé de contar los años que tengo. He vivido mucho, demasiado quizá, y siempre había creído que ser un guardián era un privilegio y una gran responsabilidad. Yo siempre he tenido lo que más anhela la gente «normal»: tiempo. Y me gusta creer que he sabido utilizarlo. He sido herrero, maestro, piloto de aviones, médico...

—¿Qué es lo que más te gusta? —lo interrumpió Veronica.

—Médico —contestó Dominic sin dudar—, por eso llevo siglos sin cambiar de profesión. He preferido mudarme de sitio a borrar mi identidad. Los humanos no son idiotas y, si me quedo demasiado tiempo en el mismo lugar, pronto se dan cuenta de que no envejezco como ellos.

—Tiene que ser muy duro —musitó ella.

—¿El qué?

—Estar solo tanto tiempo. ¿Nunca te has preguntado por qué no encuentras a tu alma gemela? La mayoría de los guardianes no tarda tanto tiempo en encontrarla.

—No he estado solo. Tuve a mis padres; aunque es cierto que murieron cuando yo tan sólo tenía veinticinco años, su cariño me ha acompañado siempre. Y después, cuando conocí al primero de los Jura, encontré a mi segunda familia. Todos los miembros del clan Jura me han ofrecido su amistad y su lealtad y me gusta creer que Ewan me considera uno de sus mejores amigos. No he estado solo —repitió.

—Eso es cierto —le concedió Veronica— y te aseguro que los Whelan también te consideramos parte de la familia. Pero no me refería a eso y lo sabes.

—Gira hacia la derecha, el hospital está por allí.

Ella intuyó que Dominic no quería seguir hablando del tema y no dijo nada más. Él la sorprendió retomando la conversación:

—Cuando murió mi madre, por culpa de unas estúpidas fiebres, mi padre casi enloqueció y murió poco tiempo después, cuando unos vikingos asaltaron nuestra aldea. Ni siquiera se defendió: dejó que aquel bárbaro le cortase la cabeza sin más. Cuando me hice mayor y me di cuenta de que no encontraba a mi alma gemela y que, por lo tanto, no envejecía, me sentí aliviado, así no tendría que sentir el dolor que sin duda sintió mi padre cuando presencié la muerte de la mujer que amaba.

—¿Y ahora sigues sintiéndote aliviado?

—Ahora... —Dominic se frotó el rostro. Estaba cansado, muy cansado—. Cuando me capturaron y me encerraron en ese laboratorio —empezó; no sabría explicarlo, pero tenía el presentimiento de que debía contarle lo sucedido a Veronica —... había una mujer. Ella me pidió que siguiese con vida y que la encontrase. No llegué a verla, pero le prometí que lo haría y la sacaría de ese infierno. Por eso necesito hablar con Simon —dijo, al ver que Veronica había detenido el todoterreno frente al hospital—. Él quizá sepa adónde la han llevado.

—Te ayudaré —se ofreció ella, completamente en serio—. Quizá Sebastian también sepa algo.

—¿Por qué iba él a saber nada? —Dominic la miró, intrigado, quizá también Veronica había notado que el joven no era tan humano como pretendía.

Ella abrió la puerta del vehículo para salir.

—Sebastian llegó justo cuando Ezequiel y sus soldados atacaban a Simon, quizá

oyó algo o encontró alguna pista.

—Quizá, aunque tengo el presentimiento de que Kepler nos oculta algo. Antes, en la casa, la tensión entre vosotros era palpable. ¿De verdad crees que necesita tu ayuda? A mí me ha parecido que no quiere ni verte.

—Vamos a buscar a Simon y a Maria y, cuando estemos todos en casa, ponemos las cartas sobre la mesa, ¿te parece?

—De acuerdo —asintió Dominic, aceptando que Veronica no le contestase. Por el momento.

Al ver a Simon Whelan, nadie diría que apenas unos días antes había estado a punto de morir. Estaba sentado en la cama que había ocupado hasta esa mañana y a su lado se encontraba Maria, la mujer que pronto se convertiría en su esposa y que le había salvado la vida. Simon iba vestido con vaqueros y un jersey de cuello alto negro que le ocultaba el tatuaje que le cubría el lado izquierdo del cuello y se le extendía por el hombro y el brazo; la marca de que un guardián había encontrado a su alma gemela.

La historia de Simon y Maria seguro que ocuparía un lugar privilegiado en el *Diario de los guardianes*: Simon la conoció cuando él tenía diez años y ella era todavía un bebé que acababa de perder a sus padres a manos de los soldados del ejército de las sombras. Los padres de Maria fueron asesinados porque su padre, Tom Gebbler, era un gran científico que, junto con Dominic y Royce Whelan, estaba intentando encontrar el modo de utilizar la sangre de los guardianes para curar ciertas enfermedades en los humanos. La muerte de Nina Gebbler se consideró durante años un daño colateral, pero ahora sabían que Nina no era humana, sino una odisea y que, gracias a eso, su hija Maria también lo era. Y por eso había podido salvar a Simon.

Veinticuatro años atrás, cuando los soldados se colaron de noche en casa de los Gebbler y mataron a Nina y a Tom, dejaron a Maria muy malherida y si Royce Whelan no hubiese aparecido y se la hubiese llevado al hospital, ella también habría muerto.

En esa época, Dominic era jefe de Urgencias del hospital y consiguió atender a Maria sin que nadie sospechase que iban a aplicarle un método todavía experimental, el método por el que había muerto el padre de la pequeña, llamado proyecto Ícaro. Dominic salvó a Maria haciéndole una transfusión de sangre de Simon, y el joven guardián y ella quedaron unidos para siempre. Esa misma noche, Simon descubrió que Maria era su alma gemela y tres años más tarde, en un viaje a Escocia, ella fue secuestrada y dada por muerta días más tarde, cuando uno de los equipos de búsqueda encontró su ropa empapada de sangre. Simon se negó a creerlo, pero con el paso del tiempo no tuvo más remedio que aceptar lo evidente e incluso se casó con otra. Una mujer fría y calculadora que sólo quería su dinero. Tras el divorcio, Simon se dedicó en cuerpo y alma a los negocios del clan Whelan-Jura hasta convertirlo en el más rico

de la historia.

Podría decirse que Simon había aprendido a ser feliz en su soledad, pero unos meses atrás contrató a una ayudante, Mara Stokes y su vida cambió para siempre. Mara Stokes tenía sus propios motivos para querer trabajar en la multinacional Whelan y no eran precisamente profesionales: Mara quería encontrar el modo de hundir a Simon por ser el hijo de Royce Whelan, el hombre que, según ella, había matado a sus padres y la había dejado huérfana.

Simon tardó unos días en descubrir la verdad, pero su guardián lo supo en cuanto un día, por accidente, rozó la piel de Mara: era Maria. Y ella no se acordaba. A Simon le dolió que Mara no lo reconociese y que además quisiese matarlo, pero decidió que no perdería por segunda vez a la única mujer que podía amar y no descansó hasta que ella le recordó..., a pesar de que en el proceso recibió varios disparos y estuvo a punto de morir un par de veces.

Al final, Mara recordó que era Maria y se enamoró perdidamente de Simon y ahora lo amaba quizá más de lo que lo habría amado si no hubiesen estado tanto tiempo separados.

—Por fin habéis llegado —les dijo Simon al ver entrar a Dominic y a Veronica—. Quiero salir de aquí cuanto antes. Los hospitales me ponen nervioso. No puedo creer que no se hayan dado cuenta de que soy un bicho raro —farfulló, preocupado.

—Después de la operación inicial, yo me encargué de hacer desaparecer los resultados de tus análisis y de sustituirlos por los de un hombre normal —le explicó Dominic—. Si no hubiese sido por la herida que tenías en el cuello, me habría arriesgado a llevarte a casa y curarte yo mismo allí, pero habías perdido demasiada sangre. Cuando llegamos aquí, convencí al médico de urgencias para que me dejase entrar y lo ayudé a operarte. Puedes estar tranquilo, nadie sabe que eres un bicho raro.

Simon escuchó atento la explicación y en ningún momento le soltó la mano a Maria. Había estado a punto de morir y no iba a desaprovechar ningún instante para tocarla.

Dominic volvió a hablar:

—Siento no habértelo contado antes, pero... —No pudo terminar la frase, porque Simon lo abrazó.

—Gracias, Dom.

A él se le hizo un nudo en la garganta, pero le devolvió el abrazo al que era uno de sus mejores amigos y un gran guardián. Abrió los ojos y vio que Maria observaba la escena emocionada y sintió envidia. Él también quería tener a alguien que sintiese aquel amor tan intenso por él. Carraspeó y se apartó.

—Larguémonos de aquí —le dijo al otro guardián.

Simon aceptó encantado y volvió a coger a Maria de la mano para salir de la habitación. Veronica los acompañó al coche mientras Dominic se despedía

cortésmente del médico que lo había ayudado a salvarle la vida a Simon y al que no había tenido más remedio que engañar.

Tal como le había confesado antes a Veronica, de todas las profesiones que había aprendido y ejercido a lo largo de los siglos, la única por la que sentía verdadera vocación era la de médico. Se suponía que la misión de los guardianes de Alejandría era proteger a los humanos del mal en su estado más puro y Dominic estaba convencido de que ejerciendo la medicina cumplía con dicha misión a diario. Además, siempre lo había fascinado el porqué de la vida, las misteriosas reacciones que podían tener los órganos ante distintos estímulos, tanto externos como internos.

Pero lo que no le había dicho a Veronica era que esa vocación la había heredado de su padre. Éste, Phillip Prescott, a pesar de que había vivido en una de las épocas más oscuras de Inglaterra, en la que la medicina era considerada magia negra, había sido un gran estudioso del cuerpo humano y siempre había aprovechado esos conocimientos para ayudar al prójimo. Su madre, Rose, había ejercido de ayudante de su esposo y le había enseñado a su hijo a vendar las heridas con retales de ropa limpia.

Dominic todavía recordaba la rabia que sintió al verla morir de unas fiebres que en la actualidad podían curarse con un par de aspirinas. En ese momento, sintió rabia de ser un guardián. ¿De qué le servía ser una criatura tan poderosa si no podía salvar a su propia madre? El padre de Dominic no sólo sintió rabia, sino también un dolor desgarrador. Y por eso buscó la muerte meses más tarde.

—¿Se encuentra bien, doctor? —le preguntó una enfermera al ver que seguía allí, parado delante de la recepción.

Dominic asintió con la cabeza y carraspeó.

—Sí, me he distraído. Discúlpeme. Gracias de nuevo por todo. —Se despidió con una sonrisa y la mujer se la devolvió.

Abandonó al hospital y se metió en el todoterreno que Veronica ya había puesto en marcha. Tenía que centrarse, a su madre no había podido salvarla y a su padre tampoco. No iba a sucederle lo mismo con Claire.

En un hotel de San Petersburgo

—Deberías dejar que te mirase esa herida —le pidió Mitch a Simona por enésima vez, señalando el corte que tenía en una ceja—. Esa cosa a la que has decapitado te ha salpicado. Podría infectarse —insistió.

Ella lo ignoró y se encerró en el baño.

—Ah, sí, genial, una actitud muy madura, Simona —dijo Mitch, pegado a la puerta—. Déjame entrar.

—No —le contestó ella al fin. «No voy a llorar»—. Quiero estar sola —dijo, conteniendo las lágrimas.

Durante un instante no oyó nada y creyó que Mitch le había hecho caso y había decidido dejarla en paz.

—Simona, cariño, ¿estás llorando?

—Vete, Michael —le pidió, abriendo el grifo de la ducha y quitándose, furiosa, la ropa.

Dejó los pantalones encima de un taburete que había en una esquina y también la cazadora. La camiseta la echó a la basura. La ropa interior siguió el mismo camino y después se soltó el pelo. La melena rojiza le cayó por la espalda y cubrió aquella horrible marca que le habían hecho de pequeña con un hierro candente. Se metió en la ducha y apoyó las manos en la pared. Cerró los ojos y dejó que el agua le resbalase por la cabeza y la espalda. Las lágrimas no tardaron en abrirse paso por los muros que había tardado una vida entera en levantar. Estaba tan desconcertada por todas aquellas emociones que estaba sintiendo, por descubrir que tenía corazón, que no oyó que la puerta se abría. No se percató de que Michael había entrado en el cuarto de baño hasta que él se metió vestido en la ducha con ella.

—¿Qué estás haciendo? —balbuceó, tras escupir el agua que se había tragado.

—Estabas llorando —dijo él a modo de explicación.

Ella desvió la vista hacia abajo y vio que al menos se había quitado los zapatos.

—¿Qué te pasa? —Mitch levantó una mano y le apartó un mechón de pelo que el agua le había pegado a la frente—. ¿Te encuentras mal?

Dejó la mano en la mejilla de ella y notó que Simona tragaba saliva. Era la primera vez que la veía desnuda y la verdad era que, aunque se había esforzado en no mirarla, a su cuerpo le estaba costando controlar su reacción. A una parte de él no le había gustado irrumpir así en la intimidad de Simona, pero otra sabía que si le daba tiempo para recomponerse, volvería a mantener la distancia entre los dos. Además,

estaba enamorado de ella y Michael creía a pies juntillas eso de que en el amor y en la guerra todo vale.

—Podrías haber muerto, Michael —dijo Simona sin levantar la cabeza.

Tenía la barbilla pegada al esternón y sus ojos se posaban en todas partes menos en el hombre que tenía delante y que poco a poco se estaba quedando empapado.

—Y tú —le recordó él.

—Tú eres humano —le recordó ella casi insultándolo—. Yo no —añadió, mordiéndose el labio inferior.

—¿Es eso lo que de verdad te preocupa? —le preguntó él, interpretando correctamente su gesto—. Porque si es así, olvídalo.

—Tú eres policía —dijo Simona entre dientes—. Y a mí me entrenaron para matar desde pequeña.

—No soy policía, trabajo de policía —la corrigió, levantando la otra mano para acariciarle el pelo—. Y lo que te hicieron a ti de pequeña no tiene nombre —dijo, apretando los dientes. Si pudiera, mataría a aquellos tipos con sus propias manos. Y los haría sufrir.

—Toda mi vida he servido a lord Ezequiel. Los soldados del ejército de las sombras me temían y obedecían mis órdenes porque no querían provocar mi ira —explicó, furiosa consigo misma y con Mitch por haberle devuelto su corazón y su conciencia.

—Ya no. Te has ido, Simona. Nos ayudaste a mí y a Ewan a salvar a Dominic y luego nos quitaste de encima a los soldados que nos perseguían. Viniste a buscarme a la comisaría para decirme cuándo podíamos entrar en los laboratorios y rescatar a Dominic. Y la noche que nos conocimos en el club, podrías haberme matado y no lo hiciste.

—Soy una traidora.

A pesar de que había actuado por voluntad propia, todavía no se había reconciliado con la idea de que había abandonado a Ezequiel. Y sí, una parte de ella se sentía culpable y se arrepentía de haberlo hecho. Lord Ezequiel y su ejército de las sombras eran el único hogar que había conocido. Ahora no tenía nada ni a nadie. Había traicionado a lo más parecido que tenía a una familia por Mitch. Si no le hubiese conocido. Si él no la hubiese mirado de aquel modo. Si él no le hubiese pedido que lo llamase Michael... «Si no me hubiese besado».

—No, eres una mujer muy valiente a la que le han hecho mucho daño —le dijo él, agachándose para darle un cariñoso beso en los labios—. Y si quieres llorar, llora. Pero deja que te abrace.

—Esas cosas que había en la escuela —balbuceó Simona—, esos monstruos, los mandó Ezequiel para matarme. Iban a matarme.

—Lo sé —dijo Mitch, acariciándole el pelo.

—Sabían que iba a estar allí —prosiguió ella—. Ezequiel lo sabe todo de mí. Es como si estuviese en mi cabeza. —Se apartó del torso de Michael. Cualquiera parecería ridículo allí de pie, bajo el chorro de agua caliente, completamente vestido. Cualquiera excepto él y por eso tenía que alejarlo—. Tienes que irte de aquí, Michael. Tienes que volver a Londres cuanto antes.

—¿Qué? No, ni hablar. No pienso irme a ninguna parte sin ti —sentenció él, adivinando que ella no tenía intención de acompañarlo.

—Tienes que irte.

—No.

Simona se apartó un poco y levantó la cabeza. El grifo de la ducha seguía abierto y el agua le resbalaba por la cabeza y la espalda. Él nunca la había visto con el pelo suelto, una melena pelirroja que le cubría los pechos y parecía lava. Simona tenía el cuerpo lleno de cicatrices y de morados y, aunque era una mujer alta y fuerte, en aquel instante le pareció la criatura más delicada que había visto nunca.

—Mírame, Michael. —Esperó a que él obedeciese antes de seguir—. Soy un monstruo. —Levantó las manos y le enseñó las diminutas garras de acero que habían empezado a nacerle entre los dedos. Colocó una mano encima del torso de él y notó los latidos de su corazón por debajo de la camisa.

—No eres ningún monstruo —le dijo Michael con fervor.

—Oigo voces en mi cabeza —le confesó—. Hasta hace unos meses, no recordaba nada de mi infancia. Nada. Era como si mi vida hubiese empezado a los ocho años. Ezequiel no permitirá que le abandone sin más. Mandará a sus soldados tras de mí y también mandará a sus nuevas creaciones. No descansará hasta verme muerta.

Simona le dijo todos los motivos por los que tenía que irse, pero omitió el más importante. Ella no podría soportar que a él le pasase algo. Michael simbolizaba lo único bueno que le había sucedido en la vida, la única luz que brillaba en su oscura existencia. Y si él se apagaba, ella dejaría de existir y probablemente volvería a ser la asesina despiadada de antes.

—Tienes que irte.

Michael la miró a los ojos sin decir nada y poco a poco apartó las manos, dejando de acariciarle el rostro. «Va a hacerme caso —pensó aliviada, y al mismo tiempo, decepcionada—. No, es mejor que se vaya. Yo sola puedo encargarme de todo y si no..., al menos él seguirá con vida». Pero Michael no salió de la ducha, sino que se llevó las manos a los botones de la camisa y se los desabrochó uno a uno sin dejar de mirar a Simona. Se la quitó y después, la camiseta que llevaba debajo. Desnudo de cintura para arriba, volvió a abrazarla y la apretó contra el pecho con fuerza, pero con absoluta delicadeza. Hasta que la mejilla de ella quedó apoyada encima del corazón de él.

—No pienso irme a ninguna parte, Simona. Me quedaré contigo y te ayudaré a

averiguar tu pasado y luego volveremos juntos a Londres y le darás una oportunidad a nuestro futuro. ¿De acuerdo?

Ella se limitó a asentir. Se veía incapaz de hablar. ¿Por qué se sentía así siempre que Michael la tocaba? ¿Por qué le importaba tanto que él estuviese de su lado? Simona nunca había necesitado a nadie, sin embargo, tenía la sensación de que sin Michael... Ni siquiera podía imaginarse qué sería de ella sin Michael. Pero a él no podía decírselo porque no sería justo. Simona estaba dispuesta a descubrir quién era y sabía que Ezequiel no iba a ponérselo fácil. Ella sabía demasiadas cosas acerca de los planes del señor del ejército de las sombras y éste no iba a permitir que siguiese con vida. Si moría, no quería que Michael se sintiese culpable. Y tampoco quería que la echase de menos. Él se merecía ser feliz y con ella no lo sería nunca. Notó sus labios en la frente. Michael le dio un beso y le apartó el pelo.

—No pienses tanto. Vamos, date la vuelta, voy a lavarte el pelo.

Simona estaba cansada, muy cansada. Desde la noche en que se encontró con Michael por primera vez, no había podido dormir. Sus sueños se habían intensificado. Las incesantes preguntas sobre su infancia se amontonaban en su mente. Y los remordimientos por todo el daño que había causado en nombre de Ezequiel y de su ejército le oprimían el pecho. Así que hizo lo que Michael le pedía y se dio la vuelta. Él le enjabonó el pelo y luego le masajeó ligeramente los hombros, mientras con los dedos le recorría suavemente la horrible cicatriz que Simona tenía en la espalda. No dijo nada y las manos de él no pasaron en ningún momento de su cintura y nunca buscaron nada más aparte de ofrecerle consuelo y ternura. Después, Michael descolgó el teléfono de la ducha y le quitó el jabón del pelo y, cuando se sintió satisfecho con el resultado, le dio un único beso en la clavícula.

—Ya puedes salir —le dijo en voz baja—. Ponte algo cómodo y acuéstate un rato. Yo saldré en seguida.

Simona lo miró con sus ojos color miel algo desenfocados, pero menos asustados que cuando él había entrado en la ducha. Salió de ésta y se puso un albornoz antes de abandonar el cuarto de baño.

En cuanto se quedó solo, Michael apretó los puños y soltó una maldición. Incapaz de contener la rabia por más tiempo, dio un puñetazo a la pared y confió en que el ruido del agua hubiese amortiguado el sonido. Con los nudillos rojos y doloridos, se desabrochó el cinturón y se quitó los pantalones. Había visto suficientes casos de violaciones como para identificar algunas de las cicatrices que tenía Simona. Y, a juzgar por el color y la textura de la piel, se las habían hecho hacía mucho tiempo. Ella lo veía todo blanco y negro, en cambio él, gracias a su trabajo como policía, sabía que en la vida había muchos matices de grises. Simona se empeñaba en mostrarse como un monstruo y no por las garras o por su naturaleza fuera de lo normal, sino porque durante años había sido una asesina a sueldo; la más letal del

ejército de las sombras. Mitch sabía que eso era verdad, pero también lo era que a Simona, aunque ella —por suerte— no lo recordaba, la habían violado y maltratado de pequeña. Y que probablemente había sido lord Ezequiel, el mismo hombre que después le había hecho de padre y la había convertido en una asesina. Era una situación enfermiza y un milagro que Simona hubiese sido capaz de romper con ella e irse de allí.

Mitch jamás había sentido por nadie lo que sentía cada vez que la veía. No era una mera atracción física, aunque sin duda ésta era muy potente, sino algo más complejo y aterrador al mismo tiempo. Mitch tenía la sensación, no, no era una sensación, tenía la certeza de que su alma estaba entrelazada con la de Simona y de que si a ella le sucediera algo malo, él no podría seguir viviendo.

Se duchó y se quitó de encima los restos de la pelea con aquellos monstruos. Había llegado justo a tiempo de ayudar a Simona. Si no le hubiese hecho caso a su instinto y se hubiese quedado en Londres... No, no quería ni pensarlo. Se quedó bajo el agua hasta que ésta empezó a enfriarse y entonces se secó y se envolvió la cintura con una toalla. Dejó la ropa empapada dentro de la bañera y volvió al dormitorio.

Simona estaba dormida, acurrucada en un extremo de la cama de matrimonio, como si intentase ocupar el menor espacio posible. Se había puesto una camiseta de él y tenía la melena desparramada por la almohada. Michael se sentó a su lado y la tapó con la sábana. Después se levantó, se puso otra camiseta y unos calzoncillos y se tumbó junto a ella. Lo mejor sería que él también durmiese un rato. No había podido descansar desde que Simona se coló en su apartamento de Londres para despedirse. «Menos mal que la seguí». Ahora que estaba con ella no iba a dejarla sola, pasara lo que pasase.

Al día siguiente llamaría a Ewan y le contaría lo que había sucedido en esa escuela y también le hablaría de las voces que Simona decía oír en su cabeza. Si Ewan era el guardián más poderoso de su clan, entonces probablemente podría ayudarlos. Y tanto los Jura como los Whelan estaban en deuda con ella por haber salvado a Dominic. Y Ewan era su mejor amigo y Michael sabía que podía contar con él.

Vio que Simona temblaba y farfullaba algo en sueños. Parecía ruso o algún idioma escandinavo. Pero aunque Mitch no entendió el significado, sí vio la lágrima que le resbalaba por la mejilla. Se le acercó despacio y le acarició la espalda.

—Tranquila, cariño. Estoy aquí.

Ella no se despertó, pero estiró un brazo para cogerle la mano y tiró de él para que quedase tumbado a su espalda.

—Estoy aquí —repitió Michael antes de darle un beso en la nuca.

Mataría con sus propias manos al responsable de haberle robado la vida a Simona.

Mitch se despertó horas más tarde y vio que la habitación estaba completamente a oscuras. Algo iba mal. Muy mal. Alargó el brazo para buscar a Simona y no la encontró. Se incorporó de un salto y cogió el arma que había escondido debajo de la almohada antes de acostarse. Seguía allí. La empuñó y la amartilló con una mano mientras con la otra encendía la luz. La lámpara de araña que colgaba del techo bañó el ostentoso dormitorio de luz y evidenció lo que Mitch ya había presentido: Simona no estaba. Escudriñó la habitación con la mirada y vio que ni su bolsa ni su abrigo seguían en la silla en la que los había colgado. Se encaminó hasta el baño y abrió la puerta con el pie, apuntando con la pistola hacia el interior. Lo único que encontró fue la ropa empapada que había dejado secándose en la bañera. Bajó el arma y volvió al dormitorio.

—No me hagas esto, Simona —rogó entre dientes.

Se puso unos vaqueros y un jersey gris encima de la camiseta y cuando fue a buscar los zapatos vio la nota. Ella había escrito algo en uno de los blocs de aquel lujoso hotel, el único donde les habían dado habitación sin preguntar. La cogió y, durante un segundo, mantuvo la esperanza de que Simona le hubiese escrito para decirle que iba a comprar algo para comer. Leyó las primeras letras y tuvo que dejar de fingir.

«No me sigas, Michael. Vuelve a Londres, a tu vida. Gracias por demostrarme que soy capaz de amar».

—Ah, no, Simona. No puedes decirme que me amas y desaparecer —dijo furioso, en voz alta.

Se calzó las botas, cogió el abrigo, el móvil y la cartera y bajó corriendo a la recepción. Quizá ella fuera una criatura mitológica, medio humana medio diosa, pero él era el mejor detective de Londres y no iba a permitir que se le escurriese entre los dedos.

—Buenos días, señor. ¿Puedo ayudarle en algo? —le preguntó el chico uniformado que había detrás del ostentoso mostrador.

—¿Ha visto salir a una mujer pelirroja? —le preguntó Mitch sin dilación—. Llegamos juntos anoche —añadió.

—Sí, señor —dijo el recepcionista, mirándolo desconfiado.

—¿Adónde ha ido?

—No sabría decirle, señor.

Mitch no tenía tiempo para andarse con tonterías, así que dejó su placa de policía encima del mostrador junto con dos atractivos billetes.

—¿Adónde ha ido?

—No lo sé, señor —insistió el joven cogiendo los billetes—, pero he oído que le preguntaba a uno de los botones si el teatro Mariinsky estaba muy lejos.

—Muéstrémelo en un mapa —le indicó Mitch, guardando de nuevo la placa.

El recepcionista lo hizo, y al terminar, él dobló el mapa y salió corriendo del hotel. Ya en la calle, sacó el móvil y llamó a Ewan a Escocia.

—¿Se puede saber dónde estás? —fue lo primero que le preguntó su mejor amigo.

—En Rusia.

—¿Te has vuelto loco?! Ayer me llamó el comisario, tu jefe, lo digo por si no te acuerdas de quién es, y me preguntó si sabía dónde estabas. Joder, Mitch, nos has dado un susto de muerte a todos —añadió Ewan tras suspirar.

—Lo siento. No tuve tiempo de llamarte y tampoco pude llamar al capitán. Dile que he tenido que atender un asunto personal y que volveré en cuanto pueda.

—¿Y ese asunto personal tiene que ver con Simona Babrica? ¿Con la asesina más letal del ejército de las sombras?

—Ella nos salvó la vida.

—Interpretaré eso como un sí.

—Necesito que me ayudes —le pidió Mitch—. Y que confíes en mí.

Ewan tardó unos segundos en contestar. Los dos eran amigos desde la universidad y Mitch era además uno de los poquísimos humanos que conocían la existencia de los guardianes y que sabían que Ewan era uno de ellos. Éste siempre había podido contar con él y Mitch se había jugado su reputación como policía para ayudarlo más veces de las que Ewan podía recordar.

—Por supuesto que confío en ti. ¿Qué quieres que haga? —Fue la única respuesta que se le ocurrió.

—Simona tiene unas garras parecidas a las tuyas.

—Joder —exclamó Ewan entre dientes—. En el *Diario de los guardianes* no dice nada acerca de una mujer guardián.

—No creo que sea como tú —se apresuró a añadir Mitch—. Creo que Simona es algo más. Tiene una marca en la espalda, unas alas que le marcaron con un hierro candente.

—Dios.

—Y tiene el cuerpo lleno de cicatrices. —Mientras se lo contaba a Ewan, Mitch apretó el móvil con fuerza—. Y dice que oye voces y que no puede recordar nada antes de los ocho años.

—¿Qué clase de voces?

—De mujeres, creo —le explicó Mitch al recordar lo que Simona le había contado—. ¿Por qué? ¿Sabes qué es lo que le sucede?

—Me gustaría hablar con ella, quizá así podría ayudarla. ¿Qué más?

—Ayer, cuando la encontré, la estaban atacando unas criaturas horribles. Parecían soldados del ejército de las sombras, pero mucho peores. No sé...

—¿Cómo si estuviesen poseídos, mucho más sanguinarios y con unos colmillos que rezumaban veneno?

—¿Cómo lo sabes?

—A Simon y a Maria los atacó uno igual. En Canadá.

—Mierda —soltó Mitch—. ¿Qué demonios está pasando, Ewan?

—Todavía no lo sé. Lo mejor será que tú y Simona volváis cuanto antes, a ver si juntos conseguimos encontrarle sentido a esto.

—Antes de volver, Simona necesita averiguar su pasado. Por eso te he llamado.

—¿Estás seguro de que podemos confiar en ella, Michael?

Cuando oyó que Ewan lo llamaba por su nombre supo que su amigo estaba preocupado de verdad.

—Lo sé con la misma certeza con que tú sabías que Julia era tu alma gemela. Ya sé que no soy un guardián, pero quizá algo se me ha pegado, después de pasarme tanto tiempo contigo y tu familia —sugirió Mitch.

A decir verdad, a Ewan siempre le había sorprendido que un humano congeniase tan bien con los guardianes, pero siempre lo había justificado diciendo que Michael Buchanan poseía un valor y un código del honor incluso más estricto que el de muchos guardianes.

—Estoy seguro —afirmó Mitch sin un ápice de duda.

—De acuerdo. ¿Qué quieres que haga?

—Necesito que averigües todo lo que puedas acerca de Ivan Babrica, Catalina Ilich y Nadia Kalinin. Llámame en cuanto tengas algo.

—Lo haré. ¿Quiénes son?

—Todavía no lo sé. Simona tenía sus nombres apuntados en un trozo de papel y se esforzó mucho en ocultármelo. —A pesar del agotamiento por la pelea y de la emoción por haberla encontrado a ella, a Mitch no se le pasó por alto que ella intentaba guardarse un diminuto cuaderno en el bolsillo interior de la cazadora. Así que cuando se encerró en el baño, aprovechó para echar un vistazo. Apenas había nada apuntado, pero esos nombres sobresalían, porque los había repasado varias veces con el mismo rotulador. Tenían que significar algo—. Y de paso mira si alguno está relacionado con la ópera de Mariinsky.

—Está bien. Te llamaré lo antes posible. Y tú procura que no te maten. No quiero tener que buscarme a otro padrino de boda.

—Felicidades —dijo Mitch, alegrándose de verdad por su amigo. Ewan había estado a punto de perder a la mujer que amaba y su propia cordura y se merecía toda la felicidad que pudiese encontrar—. Y gracias, Ewan.

—Dile a Simona que tiene mucha suerte de contar contigo. Sabes que cuentas con mi apoyo, Mitch, pero si al final ella te está utilizando, no tendré más remedio que...

—No me está utilizando —le aseguró él—. Tengo que ayudarla, Ewan.

—Supongo que eso puedo entenderlo. —Ewan Jura carraspeó y cambió ligeramente de tema—. Esas criaturas que os atacaron son la última creación de lord Ezequiel. Estoy convencido de que tiene que ver con las drogas que encontramos en Vivicum Lab y con el secuestro de Dominic. Todavía no sabemos de qué son capaces exactamente, así que ve con cuidado y no dejes que te muerdan. Su sangre podría ser contagiosa. Llamaré a Dominic y lo pondré al tanto.

Mitch iba a despedirse cuando recordó algo que le había oído farfullar a Simona mientras estaba dormida. La noche anterior no le había dado importancia, en realidad, ni siquiera había reconocido el nombre, pero ahora, hablando con Ewan todo había adquirido sentido.

—Creo que Simona sabe dónde está Claire.

—¿Qué has dicho? —Ewan sabía perfectamente que Dominic estaba buscando a esa misteriosa mujer por todo el mundo. Igual que sabía que, si no la encontraba, la cordura del guardián corría peligro.

—Ayer por la noche, cuando se quedó dormida, farfulló algo. Al principio no la entendí y creí que había hablado en ruso, pero ahora me he dado cuenta de mi error.

—¿Qué dijo Simona?

—Ignaluk. Repitió el nombre de la isla varias veces y luego añadió el nombre de Claire. Ayer creí que había sido un suspiro, pero no, fue su nombre. Simona parecía muy angustiada.

—Llamaré a Dominic de inmediato. Michael...

—¿Sí? —Si había vuelto a llamarlo por su nombre, entonces la frase siguiente iba a ser importante.

—Si Simona puede comunicarse mentalmente con Claire, entonces lo más probable es que sea una ilíada.

—¿Una ilíada?

—Hija de un guardián de Alejandría.

—¿Estás seguro? —preguntó Mitch con un nudo en la garganta.

Si Ewan tenía razón, entonces Simona había estado años luchando contra su propia especie y no sabía cómo podía afectarla ese descubrimiento.

—La única otra explicación sería que fuese una odisea, una descendiente directa de las diosas, pero no tenemos constancia de ninguna de ellas desde hace siglos. Mi abuelo cree que permanecen ocultas por algún motivo.

—Si Simona es una ilíada, ¿hay algo que pueda hacer yo para ayudarla? —Mitch sabía que los guardianes como Ewan se recuperaban más rápido de cualquier herida si bebían sangre de su alma gemela.

—Según el libro de los guardianes, si una ilíada le entrega su corazón a un hombre y éste no le corresponde, muere. Pero quizá sea sólo una leyenda.

—Claro, como lo de tu tatuaje —dijo Mitch, en un intento de aligerar la tensión

—. Tanto si es cierto como si no, eso no me preocupa. —«Simona no me ha entregado su corazón, pero cuando lo haga, yo le daré el mío a cambio»—. ¿Algo más?

—No estoy seguro. Cuando llame a Dominic hablaré también con Veronica Whelan, la prima de Simon, que es una ilíada. Además está en Canadá y probablemente pueda sernos de ayuda.

—Gracias, Ewan. Por todo.

—Ayuda a Simona y volved los dos cuanto antes, éstas son las únicas gracias que te pido.

Mitch colgó y se dirigió más decidido que nunca al teatro Mariinsky. Fuera lo que fuese lo que Simona había ido a buscar allí, no iba a enfrentarse a ello sola. A partir de ahora, él siempre estaría a su lado, aunque ella insistiese en darle esquinazo.

—Podría ser una trampa. —Fue lo primero que dijo Dominic después de escuchar el relato de Ewan por teléfono.

—Lo sé, pero irás a Igloolik de todos modos —añadió éste, consciente de que su amigo no iba a dejar pasar la oportunidad de salvar a Claire, aunque tuviese que meterse en la boca del lobo.

—¿Has podido comprobar alguno de los nombres que te dio Mitch? —preguntó Dominic, que en su mente ya estaba haciendo planes sobre cómo ir hasta la isla de Alaska.

No podía partir de inmediato, antes tenía que hablar con Simon y su prima Veronica y recopilar tanta información como le fuese posible acerca de los planes de lord Ezequiel; y, a juzgar por cómo lo miraba Sebastian Kepler desde que habían llegado del hospital, el exmilitar también necesitaba contarles algo importante. Por eso se habían reunido todos en el salón de la casa de los Whelan, pero la llamada de Ewan había impedido que empezasen a hablar. Dominic ni siquiera se había planteado la posibilidad de no contestar; Ewan podía poseer información vital acerca de Claire y de su paradero. Tal como había resultado ser.

—Sí. Según mi abuelo y *El libro negro de los guardianes*, Ivan Babrica fue un guardián que enloqueció después de que su esposa Catalina Ilich lo abandonase con su hija de corta edad.

—Simona —apuntó Dominic.

—Presuntamente. Al parecer, la otra mujer que aparecía en la anotación de Simona, Nadia Kalinin, estaba convencida de que se casaría con Ivan y al verse desechada por una plebeya lo orquestó todo para que Ivan creyese que su esposa le había sido infiel y que su hija era la bastarda de otro hombre.

—¿Ivan era un guardián y creyó que su alma gemela le había sido infiel? —No hizo falta que dijese en voz alta el calificativo que le merecía ese guardián.

—Sí, según mi abuelo, se decía que la niña poseía «cualidades físicas inusuales».

—Antes no se creía en la existencia de las ilíadas —señaló Dominic, dándole así un velado voto de confianza a Simona—. Eso explicaría su fuerza y su aspecto físico y también que Ezequiel quisiese tenerla a su lado durante tanto tiempo.

—Pero también podría ser todo una gran estratagema para volver a capturarte —intervino Ewan desde el otro lado del teléfono—. Todavía no sabemos qué pretende Ezequiel exactamente, pero tú y yo tuvimos el dudoso placer de probar las drogas con las que está experimentando.

—Sí y por eso sabes que tengo que encontrar a Claire antes de que sea demasiado

tarde. El último guarda que maté en el laboratorio me dijo que se me estaba acabando el tiempo y un hombre no exagera cuando está a punto de morir.

—Lo sé, Dominic, y comprendo lo que sientes. Pero piensa un segundo. Siempre hemos creído que Ezequiel te capturó a ti por azar, que sólo necesitaba la sangre de un guardián cualquiera para sus experimentos. ¿Y si nos equivocamos? ¿Y si sólo le sirves tú? Hay muy pocos guardianes milenarios, Dom. Y ninguno tan fuerte como tú.

—Si Ezequiel me quisiera a mí, habría encontrado el modo de atraparme.

—¿Con cuántos soldados te has enfrentado últimamente? Vamos, Dom, no me digas que crees que todo esto está sucediendo por casualidad.

—Voy a ir a Ignaluk —sentenció firme.

—Y yo no voy a impedírtelo.

Los dos hombres se quedaron en silencio unos segundos, midiéndose el uno al otro como si estuviesen viéndose, cuando en realidad hablaban por teléfono. Dominic había salido al porche de la casa de los Whelan y desvió la mirada hacia unas ramas cubiertas de nieve. Ewan estaba sentado frente a la chimenea de su casa y flexionó los dedos encima del cuero del sofá.

—Lo único que te pido es que no vayas solo —dijo Ewan—. Antes he hablado con Veronica para preguntarle algunos detalles acerca de las ilíadas, para ver si así podía ayudar a Mitch, y le he pedido que te acompañe. —En realidad, le había pedido que se pegase a Dominic si hacía falta.

—No necesito una jodida niñera. Veronica es una niña.

—El don de Veronica puede resultarte muy útil según en qué estado encuentres a Claire. Y Kepler también os acompañará.

—Joder, Ewan, ¿estás montando una maldita excursión? Y, para tu información, estás casi a diez mil kilómetros de distancia, así que no estás al mando de nada.

—¡A ver si te entra en la cabeza que no quiero que te maten, Dominic! Joder, hace horas que sólo discuto con mis amigos porque quiero que sigan con vida. Estáis todos locos.

Dominic sonrió y, con la punta de la bota, derribó un montículo de nieve que se había acumulado en un escalón.

—Yo también quiero seguir con vida. Sería una lástima haber llegado hasta aquí para irme ahora. —Suspiró resignado—. Está bien, me llevaré a Veronica y a Kepler. ¿Tú también lo conoces?

—No, no lo he visto en mi vida. Pero Veronica me ha asegurado que tiene un buen presentimiento y los instintos de esa ilíada son prácticamente infalibles. Además, si es amigo de Simon, seguro que es de fiar.

—No sé, hay algo en él que no me gusta.

—Después de todo lo que te ha pasado últimamente, es normal que desconfíes —concedió Ewan—. Dale una oportunidad.

—Con una condición.

—Ya sabía yo que no iba a ser tan fácil.

—Si creo que tengo que ir solo a alguna parte, ni él ni ella se entrometerán.

Ewan soltó una carcajada.

—Apáñatelas tú con ellos, Dom. Como tú mismo has dicho con tanta elocuencia, no necesitas «una jodida niñera». Tienes mil años y no sé cuántos títulos militares, encárgate tú.

Dominic sonrió. Tenía que reconocer que Ewan Jura tenía algo de razón. Si lo que decía Simona formaba parte de una elaborada estratagema para tenderle una trampa, más le valía no ir solo.

—Oye, Ewan —dijo Dominic tras carraspear—, tengo que volver dentro. Kepler iba a contarnos algo antes de que llamas.

—De acuerdo. Mantenme al día de todo.

—Lo mismo digo.

Los dos iban a colgar cuando Ewan habló de nuevo, en voz más baja.

—¿Dom?

—¿Sí?

—¿Alguna vez tienes pesadillas? —Silencio—. Olvídalo.

—Sí —confesó Dominic—. No sé qué diablos me inyectaron en ese laboratorio, pero todavía tengo pesadillas. Hay noches en las que casi creo que son reales.

—Yo también.

Dominic no le dijo que él, además de las pesadillas, se notaba mucho más violento, más irracional. Y que cada día que pasaba sentía unos impulsos más y más oscuros.

—¿Se lo has dicho a Julia? —le preguntó Dominic a su amigo. Algo en su interior le decía que si él tuviera a su alma gemela al lado, aquella rabia negra sería mucho más fácil de dominar.

—Sí, ella es la única que logra calmarme. Me ha hecho algunas pruebas. Dice que la droga se está diluyendo, que pronto desaparecerá de mi organismo.

«Pero a ti sólo te dieron una dosis, yo estuve meses encerrado en aquella jaula».

—Sí, yo también lo creo —mintió—. Los efectos secundarios deberían desaparecer con el paso del tiempo.

—Tenemos que detener a Ezequiel, Dominic. Espero que encuentres a Claire, pero ve con cuidado.

—Igualmente.

Dominic colgó y se quedó sentado en un escalón del porche de los Whelan unos segundos. El viento le pegó copos de nieve en la frente y en la nariz, y notó que la piel le quemaba tanto que los derretía en seguida. Respiró hondo e intentó recuperar la calma. No podía entrar en la casa en ese estado. Dejó la mente en blanco e intentó

pensar únicamente en el frío y en la noche que lo envolvía y no en que su sangre circulaba a una velocidad vertiginosa por sus venas. Ni en que su guardián gritaba a pleno pulmón de las ganas que tenía de destripar a los hombres que lo habían separado de Claire. Al final, irónicamente, lo que consiguió tranquilizarlo fue precisamente pensar en ella. En su voz y en el color de su pelo. Se tranquilizó porque sabía que el único modo de salvarla era partiendo de Vancouver cuanto antes.

Entró en la casa y fue directamente al salón, donde lo estaban esperando los demás. Simon y Maria se hallaban sentados en un sofá, cerca de la chimenea; el guardián no parecía tener intención de apartarse de su alma gemela ni un segundo. Tenían los dedos entrelazados y ella le estaba apartando un mechón de pelo de la frente. Veronica estaba de pie frente a una estantería repleta de libros, inspeccionando los títulos. Kepler parecía un león enjaulado, mantenía una postura militar y la mirada fija en algún punto del horizonte, que observaba a través de la ventana.

—Lamento haberos hecho esperar —se disculpó Dominic nada más entrar.

—Tranquilo, no te preocupes —le dijo Simon—. ¿Ewan ha averiguado algo acerca del paradero de Claire?

—Sí. —Dominic se frotó la cara y se sentó en una silla—. Cree que podría estar en Ignaluk.

—El día del ataque —expuso Simon— oí que Ezequiel hablaba de una isla. Podría ser Ignaluk.

—Es una trampa —afirmó Sebastian dándoles la espalda—. Aun en el caso de que consiguieses llegar a la isla con vida, jamás conseguirías salir. Lord Ezequiel ha construido allí una prisión de máxima seguridad que hace que las cárceles que habéis visto hasta ahora parezcan un juego de niños. El subsuelo es un laberinto de túneles que se convierten en una trampa mortal y los laboratorios están dotados de los instrumentos más sofisticados que existen. Creedme, si esa tal Claire a la que estáis buscando está allí, lo más seguro es que ya esté muerta.

—Claire no está muerta —repuso Dominic, furioso, intentando calmar al guardián.

—¿Cómo sabes todo eso, Sebastian? —le preguntó Simon.

Sebastian suspiró abatido y se dio media vuelta despacio. No quería volver a perder a su amigo, ahora que lo había recuperado, pero sabía que no tenía elección. Simon se merecía que le contase la verdad y quizá así pudiese ayudarlos, a él y al resto de guardianes. Estaba dispuesto a hacer cualquier cosa para compensar todo el daño que infligió después de lo de Irak. Levantó una mano y se bajó la cremallera de la chaqueta de algodón para dejarse al descubierto el cuello y la marca que lo identificaba como soldado del ejército de las sombras.

—Dios, no —dijo Simon en voz baja—. ¿Cómo? ¿Cuándo?

—En Irak, hace unos años —explicó Sebastian, cansado.

—Eres un maldito soldado del ejército de las sombras. Un maldito soldado — repitió Dominic—. Dame un motivo por el que no deba matarte ahora mismo.

Se movió con tanta rapidez que ninguno de los otros ocupantes del salón reaccionó hasta que tuvo a Sebastian sujeto por el cuello contra la pared. Dominic tenía las garras a medio extender y los iris completamente negros. El guardián estaba perdiendo el control de sus emociones.

—Suéltalo, Dominic —le dijo Simon, cogiéndolo el brazo—. Suéltalo.

Él apretó más los dedos y Sebastian no se resistió, aunque la fuerza que desprendían los músculos del soldado era incluso palpable.

—Suéltalo, Prescott —ordenó Veronica, acercándose, pero la ilíada no tocó al guardián, sino a Sebastian. La resignación y el abatimiento que había visto en los ojos de éste le habían encogido el corazón y no pudo evitar ir a su lado—. Deja que Sebastian nos cuente su historia. Por favor.

—Es un esclavo de Ezequiel —masculló Dominic.

—Ya no. Yo también quiero matar a ese monstruo con mis propias manos —dijo Sebastian, hablando por primera vez desde que Dominic lo había atacado—. Y hay más como yo. Podemos ayudarte —añadió, mirándolo a los ojos—. Si de verdad pretendes entrar en la fortaleza de Ezequiel en Ignaluk, necesitarás a alguien que ya haya estado allí.

Dominic aflojó los dedos y se apartó furioso. Respiró hondo varias veces, pero la ira del guardián no retrocedió, aunque consiguió dominarla lo suficiente como para escuchar al soldado.

—¿Estás bien, Sebastian? —le preguntó Veronica al ver que se frotaba el cuello para recuperar la circulación.

—No te preocupes por mí —fue la antipática respuesta de él—. No vale la pena —añadió en voz baja, ganándose que Veronica lo fulminase con la mirada.

—¿Es cierto lo que has dicho? —quiso saber Simon, sentándose de nuevo junto a Maria—. Eso de que ya no eres esclavo de lord Ezequiel.

—Lo es —afirmó Sebastian—, pero eso no significa que no siga llevando su marca.

—¿Qué pasó, Sebastian? ¿Por qué no me lo contaste?

—¿Y cómo querías que lo hiciese? Dios, tú perteneces a una raza que se dedica a exterminar a criaturas como yo y tampoco me lo dijiste. Tú naciste guardián y jamás me lo contaste. Creía que era tu mejor amigo y, sin embargo, no tenía ni idea de que no eras humano.

—Iba a contártelo, pero entonces te alistaste en el ejército y desapareciste —confesó Simon, sintiéndose culpable. Notó que Maria le acariciaba la nuca y el gesto lo reconfortó.

—Cuéntanos qué pasó, Sebastian, desde el principio —le pidió Maria.

—Me alisté en el ejército y poco tiempo después me seleccionaron para entrar a formar parte de una unidad especial. Mi equipo y yo estábamos especializados en rescates, entrar y salir y hacer todo lo que fuese necesario para recuperar a nuestro objetivo. Nada de preguntas ni autorizaciones y nada de rescatarnos a nosotros. Si caíamos en una misión, ningún órgano del gobierno habría negociado para salvarnos. La última en la que participamos —dijo, recordando, mientras jugaba con el mechero—, salió mal desde el principio. Nos capturaron.

—¿Quiénes? —preguntó Simon, atento.

—Los hombres de Ezequiel. Nos habían estado esperando. Toda aquella operación había sido orquestada con el único objetivo de capturarnos. Nos llevaron a una casa en medio del desierto y allí nos ofrecieron un trato —sonrió despreciativo—: morir o convertirnos en soldados del ejército de las sombras. —Encendió un pitillo antes de continuar—. Yo pensé que eran unos fanáticos chiflados y supe que teníamos las horas contadas. Sam, uno de mis hombres, los mandó a la mierda y, acto seguido, un perro enorme le arrancó la yugular.

—Un perro del infierno —apuntó Veronica.

—Sí, yo estaba convencido de que estaba alucinando, pero luego Martin le dijo a ese tipo que aceptaba el trato y el hombre le disparó en el estómago y después lo obligó a beber la sangre que manaba de un mordisco que él mismo se dio en la muñeca. Martin se revolvió como un poseso y cuando se quedó quieto, pensé que había muerto... pero entonces abrió los ojos y vi que seguía vivo. Sólo que ya no era él. Era como ver una versión vacía de Martin, sin alma. Entonces me tocó a mí y... —Se encogió de hombros y carraspeó—. Es obvio que acepté el trato.

—¿Y qué sucedió después?

—Los primeros meses siguen siendo borrosos. No recuerdo nada en concreto, excepto la sed de sangre y la maldad que corría por mis venas. Pero una mañana me desperté y me oí por todo lo que había hecho, fue como salir de un largo letargo y decidí que no podía seguir viviendo. Subí al tejado de la casa en la que nos tenían encerrados, saqué mi pistola y me dispuse a escapar del único modo que creía posible.

—¿Y por qué no te volaste la cabeza? —Dominic no disimuló que la idea seguía pareciéndole de lo más recomendable.

Sebastian lo miró a los ojos, pero excepto por eso, no hizo caso del comentario y retomó su historia.

—Apareció Elliot Montgomery. Él también había sido capturado por el ejército de las sombras y transformado en contra de su voluntad y había conseguido escapar. Elliot me explicó qué era el ejército de las sombras y qué pretendían y también me habló de vosotros, de los guardianes. Al principio no le creí, después de todo lo que me había pasado, no estaba dispuesto a salir del fuego para caer en las brasas y seguí

aferrándome a mi pistola. Pero entonces, Elliot me dijo que existía una manera de luchar contra la sed de sangre, contra aquellos instintos que me habían convertido en un asesino. Acepté irme con él y hace unos meses decidí que estaba listo para volver a Estados Unidos.

—¿Dónde está ahora Montgomery? —preguntó Simon.

—En Londres, él y otros gladiadores...

—¿Gladiadores? —preguntó Veronica.

—A mí me parece un nombre ridículo, pero así es como nos llamamos —explicó Sebastián—. Él y otros gladiadores están siguiendo una pista sobre el ejército. Si al final sus sospechas resultan ser fundadas, irán a ver a Ewan Jura para contarle lo que han averiguado. Queremos ayudarlos.

—¿Por qué? —preguntó Dominic, suspicaz.

—Porque Elliot y los demás creen que con la sangre de Ezequiel podrían fabricar una cura para nosotros.

—¿Tú no lo crees? —fue Veronica la que habló.

—No, yo creo que ya no hay marcha atrás. Pero sí estoy dispuesto a hacer todo lo que sea necesario para que no le suceda a nadie más lo que me ha sucedido a mí.

—¿Cómo controlas la sed de sangre? —preguntó Dominic, que todavía no sabía si creer a Sebastian.

—Con animales y con la inestimable ayuda de los bancos de sangre —respondió directo—. Ésa es la parte fácil.

—¿Y la difícil? —quiso saber Simon.

La transformación de un humano en soldado del ejército de las sombras se basaba en la desaparición del alma de la persona. Los soldados eran criaturas viscerales, impulsivas, que se guiaban únicamente por impulsos animales. Esos impulsos aparecían el día en que se iniciaba la transformación e iban aumentando hasta carcomer el alma del hombre o la mujer que habían invadido. Cuantas más víctimas muriesen a sus manos, más rápido era dicho proceso. Y cuantas más víctimas, más aumentaba la sed de sangre. Tal como le había dicho Dominic a Veronica, era igual que una adicción. Si Sebastian había conseguido vencerla, no le habría resultado nada fácil y seguro que todavía seguía sufriendo los efectos.

—Es cosa mía —contestó Sebastian—. Mirad —se pasó las manos por la cara—, comprendo que no confiéis en mí. La verdad es que, si la situación fuese al revés, yo tampoco confiaría en mí, pero cuando Simon me llamó, no dudé en ayudarlo, y no sólo porque fuera mi amigo, sino también porque quiero vengarme de Ezequiel por haberme convertido en un monstruo —concluyó, sincero.

—Tú no eres un monstruo —dijo Simon con fervor.

—Sí lo soy —sonrió y le enseñó los pequeños colmillos—. Ni te imaginas la cantidad de veces que me he imaginado a mí mismo haciéndooos daño. Joder.

—Pero no nos lo has hecho —señaló Veronica, comprendiendo por fin el dolor que sentía cada vez que estaba cerca de Sebastian.

—Todavía —insistió él, quien al parecer no podía soportar la comprensión de la ilíada.

—Nunca —lo retó Veronica con la mirada.

Sebastian se dio por vencido y, tras tomar aire, se apartó de la joven.

—Yo nunca he estado en Ignaluk, pero Elliot tenía los planos de la isla en su casa de Londres y los estudié con atención. Elliot está convencido de que esa cárcel tiene un significado especial para Ezequiel —añadió, a modo de explicación—. Puedo llevarte hasta allí —le dijo a Dominic.

—Creía que habías dicho que después de hablar con Simon te irías —lo desafió Veronica.

—He cambiado de planes —dijo él con desdén—. Antes no sabía lo de Ignaluk y estoy dispuesto a hacer lo que haga falta para vengarme, incluso meterme de nuevo en la boca del lobo.

—Yo también te acompañaré, Dominic —le comunicó Veronica, consciente de que Ewan ya le había comunicado antes que quería que tanto ella como Sebastian fuesen con él en su misión.

—Nosotros volveremos a Nueva York —intervino Maria, antes de que Simon se ofreciese también voluntario. No iba a permitir que el hombre al que amaba volviese a poner su vida en peligro.

—Repetiré unos análisis que me pidió Ewan —apuntó Simon— y, si a ti te parece bien, Sebastian, me pondré en contacto con Elliot Montgomery. Quizá pueda darnos más información acerca de Ignaluk y sobre los planes de Ezequiel.

—De acuerdo —convino Dominic en voz alta—. Preparad vuestras cosas —les ordenó a Veronica y a Sebastian—, nos iremos mañana por la mañana.

Dominic estaba repasando la única bolsa que iba a llevarse de viaje cuando alguien llamó a su puerta. Si era ese maldito soldado del ejército de las sombras, no podría contenerse.

—Adelante —dijo, doblando una camiseta térmica negra.

La puerta se abrió y apareció Maria. Probablemente, la única persona que a Dominic no se le había pasado por la cabeza que quisiese verlo.

—¿Puedo pasar? —le preguntó ella, quieta en el umbral.

—Por supuesto, pasa, pasa —le indicó él, poniéndose en pie—. ¿Sucede algo? ¿Simon se encuentra bien?

—Perfectamente, aunque sigue enfadado conmigo porque no lo dejo acompañarte a Alaska —explicó ella, con una sonrisa—. Ese hombre está convencido de que es invencible.

—Es un buen amigo —dijo Dominic para justificar a Simon—, pero coincido contigo en que es mejor que se quede. Aunque él intente disimularlo, sé que todavía no se ha recuperado del ataque. Y ahora que por fin os habéis encontrado, tenéis que estar juntos —añadió solemne.

—Gracias por entenderlo, Dominic.

—No me las des, la verdad es que os envidio.

—¿Crees que Claire es tu alma gemela? —le preguntó Maria sin rodeos.

—No lo sé —respondió él sincero—. No lo sé —repitió—. Pero sí sé que necesito encontrarla. Ni siquiera le he visto la cara. Sólo le he oído la voz y le he visto el pelo, pero hay algo dentro de mí que estallará si no estoy con ella. ¡Dios! No sé por qué te estoy contando esto. Perdóname.

—No, no te disculpes. —Maria parecía nerviosa y se acercó a la ventana del dormitorio—. ¿Te acuerdas de mi madre?

A Dominic la pregunta lo sorprendió tanto que dejó de hacer lo que estaba haciendo para responderle:

—Por supuesto que me acuerdo de Nina; tus padres eran dos de mis mejores amigos, Maria. No se merecían morir de aquel modo.

—Yo antes no me acordaba de ellos —confesó ella sin mirarlo—, pero desde que estoy con Simon he empezado a recordar. Y a mamá la veo en sueños —agregó en voz más baja.

—Eso es normal, es muy frecuente recurrir a los sueños para superar la pérdida de un ser querido —contestó Dominic, comportándose como el médico que era.

—No, no son esa clase de sueños —lo corrigió Maria con una sonrisa—. Mamá

era una odisea.

—¿Estás segura? Ella nunca me lo dijo.

—Mi padre y ella decidieron guardarlo en secreto —le explicó la joven—, pero lo era y yo también lo soy. Y Claire.

—Voy a sentarme.

—Fue mi madre la que me dijo qué tenía que hacer para quitar aquel monstruo de encima de Simon —le dijo Maria para demostrarle la verdad de sus palabras—. Y, desde entonces, estoy aprendiendo a utilizar mis poderes.

—¿Simon está al corriente de esto? —le preguntó él, enarcando una ceja.

—Por supuesto y aunque le salvé la vida, no le parece bien que su prometida no sea tan humana como él creía.

—Probablemente está celoso. Las odiseas sois criaturas muy especiales, mucho más que los guardianes.

—Entonces, ¿me crees?

—Yo no he dicho eso —replicó Dominic.

—Mamá dice que te recuerde lo de aquella vez en Boston —le dijo Maria tras escuchar a Nina en su mente.

—Te creo —aceptó él, atónito—. Una odisea... Supongo que tiene sentido —añadió para sí mismo.

—He venido a verte porque mamá me ha dicho que te des prisa. Claire está en peligro y, si ella muere, el resto de nosotras perderemos nuestros poderes y dejaremos de estar conectadas.

—A ver si lo he entendido, ¿me estás diciendo que Claire no sólo es una odisea sino que, además, es vuestra reina? Joder —farfulló.

—Un guardián milenario como tú no iba a tener una alma gemela cualquiera —señaló Maria.

—Si lo que dices es cierto, entonces es imposible que sea mi alma gemela.

—¿Por qué? —preguntó la chica, realmente confusa.

—Si ella es la reina de las odiseas, entonces, probablemente es tan antigua como yo. ¿Por qué no nos hemos encontrado hasta ahora? —Dominic no podía creer que Claire no fuese alguien especial para él, sin embargo, lo que Maria le había contado también parecía tener sentido. Que Claire fuese la reina de las odiseas explicaría el interés de Ezequiel por ella.

—No lo sé, quizá no estabais preparados —sugirió Maria.

¿Preparado para qué? Dominic llevaba solo prácticamente una eternidad.

—¿Estás segura de que Claire es una odisea?

—Segura, y se le está acabando el tiempo. Un momento. —Maria lo miró horrorizada—. Aun en el improbable caso de que Claire no sea tu alma gemela, irás a buscarla, ¿no?

—Por supuesto que sí —afirmó él, ofendido por la duda—. Le prometí que la sacaría de allí con vida y eso es exactamente lo que voy a hacer.

—Gracias. —Maria le rodeó el cuello con los brazos.

A Dominic se le hizo un nudo en la garganta, pero tragó varias veces para disolverlo.

—De nada. —La joven lo soltó y se dirigió de nuevo hacia la puerta. Él la detuvo con una pregunta—: Maria, ¿qué más te ha dicho Nina?

—Nada más, sólo que te des prisa. Claire te necesita.

Isla de Ignaluk

Tenía que salir de allí antes de que Dominic hiciese algo estúpido, como por ejemplo ir a buscarla. «Vendrá porque tú se lo pediste, idiota», le dijo la voz de su conciencia; pero eso lo había hecho en un momento de debilidad, cuando creía que estaba a punto de morir.

No podía recriminárselo. Al fin y al cabo, llevaba siglos deseando poder estar con él. Y Claire no había sacrificado la vida entera como para echarlo a perder todo ahora. Tenía que salir de allí antes de que él llegase. Porque si de algo estaba segura era de que Dominic iba a ir a buscarla.

Dominic Prescott. ¿Cuántas veces había repetido su nombre en su mente? ¿Cuántas veces lo había escrito en la arena, en hojas de papel o en el viento? Infinitas. ¿Y cuántas veces lo había dicho en voz alta? Ninguna, hasta que lo vio en aquel maldito laboratorio. Entonces no pudo evitarlo. Decir su nombre siempre había sido como una obsesión para Claire y cuando lo pronunció por primera vez tuvo la sensación de que estaba mordiendo la fruta prohibida del paraíso. Por fin podía decirlo, deslizar cada letra por su boca, impregnar cada sílaba con su voz. Y lo más importante: por fin él podía oírlo.

Claire nació mucho tiempo atrás, en una recóndita aldea inglesa, a escasos kilómetros del pueblo donde vivía Dominic. En esa época, él tenía seis años y ya era el chico más valiente y más honrado de la comarca. Nada le habría gustado más a Claire que crecer cerca de él y escuchar todas sus historias, pero a su madre le bastó con verlos juntos una vez para decidir que tenían que mudarse a Francia, a casa de unos tíos a los que en realidad odiaba.

Claire volvía del campo, de recoger flores o de jugar con los animales, cualquiera de las dos cosas las hacía con frecuencia, y Dominic volvía de nadar en el río. Él tenía doce años, ella seis y se cruzaron en un sendero. Dominic se quedó paralizado, completamente absorto en la niña que tenía delante, y a ella le dio un vuelco el corazón al verlo tan cerca. Ramona, la madre de Claire, llegó en aquel preciso instante al camino y lo que vio la dejó sin respiración.

Ramona era una odisea con un don excepcional, podía ver el futuro durante unos segundos, y lo que vio al presenciar el encuentro entre aquel niño y su hija Claire le paró el corazón. Uno de los dos iba a morir. Si su hija y aquel niño se conocían, cuando se hicieran mayores uno de los dos iba a morir irremediabilmente. Porque si algo había aprendido Ramona a lo largo de los años era que su don era en realidad una maldición, porque, por mucho que lo intentara, nunca conseguía evitar lo que sus visiones anunciaban. Ya había perdido a Jacques, el padre de Claire, y no iba a permitir que le sucediese lo mismo con su hija. Quizá no pudiese cambiar sus visiones, pero sí podía intentar engañarlas.

Meses después del nacimiento de Claire, Ramona vio que su marido Jacques moriría ahogado. Le prohibió que se acercase al río y al mar y él obedeció, a pesar de que estaba convencido de que ella exageraba por culpa de su reciente maternidad. Con el paso de los días, Ramona se tranquilizó un poco y pensó que, por primera vez en la vida, había conseguido cambiar una visión, pero entonces, una gran tormenta sacudió la aldea y Jacques quedó atrapado bajo las vigas de un molino tras salvar a un niño. Se ahogó.

Murió porque ella no había prestado atención. En su visión, vio claramente a Jacques ahogado, pero no vio ningún río, ni tampoco el mar. No se había fijado bien y, por su culpa, su maravilloso esposo había muerto. No le sucedería lo mismo con su hija.

En la visión, tanto Claire como el chico eran mayores y era obvio que se amaban; bastaba con mirar a los ojos de la versión adulta de su hija y de aquel chico para saberlo. Era un amor intenso, único. Un amor que acabaría por destruirlos, porque Ramona veía claramente que Claire ardía en llamas y moría. Si cerraba los ojos e intentaba cambiar el horrible desenlace, el que moría consumido por el fuego era él y Claire se quedaba con el corazón destrozado. Fuera cual fuese el resultado, su hija terminaba muerta o deseando estarlo y Ramona no iba a permitir tal cosa.

Claire era una odisea, igual que ella, y, como tal, inmortal hasta el día en que encontrase a su alma gemela. Si aquel chico lo era, algo más que probable, a juzgar por el modo en que había reaccionado al cruzarse con Claire, Ramona tenía que evitar a toda costa que se conociesen.

«¿Y vas a dejar que tu hija viva eternamente sin saber lo que es el amor? ¿Sin sentir la plenitud de estar con la persona amada? —se preguntó a sí misma—. Si así sigue con vida, sí».

Ramona se llevó a Claire de Inglaterra y ambas se instalaron en Caen, el pueblo del norte de Francia de donde Jacques era originario. Llevaban allí cinco años cuando el chico de la aldea inglesa apareció. Se llamaba Dominic, Dominic Prescott, averiguó Ramona, y había llegado allí a bordo de un barco. El mismo día en que el barco atracó en el puerto, Claire corrió fuera de las murallas del burgo para ver la

puesta de sol.

Ramona comprendió entonces que si quería que su hija se mantuviese alejada de aquel chico que parecía atraerla como las moscas a la miel, tenía que tomar medidas mucho más drásticas. Y las tomó. Llevó a Claire cerca del barco de Dominic y esperó a que él apareciese. Era un chico robusto, de aspecto sencillo y honesto, y mirada triste. Tendría unos diecisiete o dieciocho años y su porte anunciaba que se convertiría en un hombre admirable. Ramona obligó a Claire a permanecer escondida tras unos barriles y juntas lo observaron. Él se paseó nervioso cerca del agua, quizá notaba la presencia de unos ojos mirándolo, pero luego se sentó en la arena y lanzó piedras al mar.

—Se llama Dominic —le dijo Ramona a su hija—. Fíjate bien en él.

Claire sólo tenía doce años, pero sabía que no le hacía falta fijarse bien en Dominic; tenía el presentimiento de que siempre lo reconocería.

—Parece triste —comentó la niña.

—Mamá ya te ha contado que tú no eres como las demás, eres especial —le recordó Ramona.

—Lo sé, mamá. Sé que no debo decirle a nadie que puedo oír lo que piensan, ni que puedo hablar con los animales.

Ramona todavía no sabía en qué consistían exactamente los poderes de su hija, pero con doce años, Claire era ya la odisea más poderosa que había visto nunca. Por eso no podía permitir que corriese ningún peligro.

—Muy bien, princesa. Y supongo que no querrás que a Dominic le pase nada malo, ¿no es así?

Claire abrió los ojos, asustada, y se le llenaron de lágrimas.

—¡No! No quiero que le pase nada malo —afirmó con una vehemencia nada propia de una niña de su edad—. A él no puede pasarle nada malo.

—Entonces tendrás que hacerle caso a mamá, ¿entendido?

—Entendido. ¿Qué tengo que hacer? —preguntó, preocupada.

—Prométeme que nunca te acercarás a él, que pase lo que pase jamás hablarás con él ni irás a verle.

—¿Por qué? —quiso saber, confusa. Claire era una niña obediente, pero lo que le estaba pidiendo su madre no tenía sentido.

—Porque si lo haces, Dominic morirá.

A la pequeña Claire le dio un vuelco el corazón al escuchar esas palabras.

—Lo prometo —juró solemnemente.

Y a lo largo de casi mil años, cumplió su promesa. Más o menos. Claire nunca se lo había dicho a su madre, pero ella siempre había observado a Dominic desde lejos. Le gustaba creer que era como su ángel de la guarda.

Ramona murió cuando Claire tenía veinte años. La odisea superó la pérdida de

Jacques, su alma gemela, porque sabía que, antes de irse del mundo de los humanos, tenía que asegurarse de que su única hija estaba a salvo. Así que cuando creyó que ésta había comprendido la importancia de evitar a Dominic, se fue apagando hasta desvanecerse por completo.

Claire se despidió de su madre y en su corazón se alegró de que por fin sus padres volviesen a estar juntos. Se fue de Francia y adoptó el apellido London como homenaje a la tierra en la que había nacido. Claire London recorrió el mundo entero con dos únicos objetivos; evitar que Dominic Prescott y ella se encontrasen e intentar olvidar a ese hombre con el que nunca había hablado pero al que conocía mejor que a sí misma.

A pesar de la promesa que le había hecho a su madre, y a pesar incluso de sí misma, Claire nunca había podido controlar la necesidad de saber cosas de Dominic. Lo había seguido cuando él participó en el final de las cruzadas e incluso se ocupó personalmente del cántaro que intentó cortarle la cabeza. Acudió a la inauguración del Museo Británico, porque sabía que él también iba a estar, y visitó el primer hospital en el que trabajó Dominic para verlo en acción. También había sabido siempre dónde vivía. Y quiénes eran sus amigos. Y si estaba solo. Siempre estaba solo. No importaba que hubiesen pasado días, meses o siglos, los ojos repletos de soledad de Dominic siempre le habían desgarrado el corazón. Pero nunca se había acercado a él porque, en el fondo, sabía que, aunque ella era la culpable de esa soledad, también sería la culpable de su muerte. Y Claire prefería vivir eternamente observando al hombre que amaba desde lejos, que tocarlo una sola vez y causar su muerte.

—Tengo que salir de aquí —farfulló, furiosa, acercándose a la puerta de cristal blindado que la retenía en aquella celda.

—No malgastes tus fuerzas —se burló Grös, el soldado del ejército de las sombras que había sido su carcelero desde que se la habían llevado de Nueva York—. No servirá de nada.

Claire se dirigió al tipo:

—Dime una cosa, Grös, ¿siempre has sido tan idiota o es culpa de la sangre de Ezequiel, que te ha diluido las pocas neuronas que tenías?

El hombre, que debía de medir dos metros de alto y dos de ancho, la fulminó con la mirada.

—Cállate y apártate de la puerta —le ordenó entre dientes.

—¿O si no qué me harás? ¿Pegarme, torturarme, utilizarme de conejillo de Indias? Me temo que tus colegas se te han adelantado. Tendrás que ser más original, Grös.

—Cállate.

El soldado se puso furioso. «Bien —pensó ella—, así podré entrar en tu mente». Claire podía leer la mente de cualquiera, pero no todas las mentes se dejaban leer con

la misma facilidad. Había gente que era, como dice la frase, un libro abierto, y a ella le bastaba con mirarlos a los ojos para oír sus pensamientos con absoluta claridad. Otros eran más reservados, a falta de mejor palabra para describirlos, y sus pensamientos sólo resultaban accesibles para Claire cuando estaban dormidos o, por ejemplo, borrachos. Y luego estaban los soldados del infierno. Esas criaturas estaban tan guiadas por su ira que, para poder leerles la mente, tenían que estar furiosos. Y luego estaba Dominic Prescott. A él nunca había podido leerle la mente. Jamás. Y no sería por no haberlo intentado.

—Oh, vamos, Grös, con la de cosas que hemos pasado juntos —le hizo un mohín—, podrías ser un poco más amable conmigo.

—Cállate y siéntate en la cama.

—¿Qué pasa? ¿Tienes miedo de que una mujer como yo pueda echar la puerta abajo? Yo no entiendo demasiado de estas cosas —pasó una mano por el cristal blindado—, pero me temo que ni un hombre tan fuerte como tú podría derribarla.

«Quizá funcione lo de inflar su ego».

Grös hinchó el pecho para marcar músculo.

«Oh, vaya, vaya, así que crees que tú sí que podrías derribarla. Interesante».

—Estoy aburrida, Grös —le dijo con voz más sensual. Estaba dispuesta a recurrir a todas sus armas con tal de salir de allí—. ¿Por qué no entras y me haces compañía un rato? —le dijo mientras se metía en la mente del soldado e intentaba convencerle desde dentro de su cabeza.

Él se acercó al teclado que había junto a la puerta de cristal. Levantó una mano y tocó las teclas de la combinación secreta. El pesado cristal empezó a esconderse por el lateral.

«Bien hecho, Grös».

Pero la puerta se cerró de golpe y, además, del cristal surgieron unos rayos rojos que emitieron fuertes descargas.

—¡Teniente Grös! —gritó Ezequiel, entrando en el pasillo de las celdas—. Ya debería saber que no puede hablar con la prisionera. Aunque no lo parezca, es una criatura vil y escurridiza.

—Vaya, Ezequiel, ¿estás intentando seducirme? —le preguntó Claire, sarcástica.

—Déjenos solos, Grös. La señorita London y yo vamos a charlar un rato. No es así, ¿querida?

Ezequiel abrió la puerta de la celda y le ofreció el brazo. Ella lo aceptó, consciente de que si lo rechazaba, él encontraría un modo muy imaginativo de castigarla. Una cosa era provocar a Grös, quien a pesar de su envergadura resultaba relativamente inofensivo, y otra provocar al señor de las sombras. Al mismísimo diablo.

Ezequiel la guió por el pasillo y la condujo hasta el despacho que hacía de

antesala de su laboratorio privado. Ella tembló al presentir la frialdad y el odio que impregnaban aquellas pa redes.

—Siéntate, Claire —dijo Ezequiel, dejando claro que no se lo estaba pidiendo—. No deberías atormentar a Grös.

—No puedes culparme por intentar escapar, este hotel deja mucho que desear —replicó, sarcástica—. Creo que ha llegado el momento de que me vaya a otra parte.

—Pero si acabas de llegar y todavía no he empezado a jugar contigo —observó él con una sonrisa que a ella le heló la sangre—. Hacía muchos años que no tenía a una odisea en mis manos —añadió con una mueca espeluznante—, me había olvidado de lo tercas que sois.

—¿Qué quieres de mí? —le preguntó sin rodeos. A pesar de su actitud, Claire estaba harta de estar prisionera y tenía miedo de lo que pudiera sucederle si seguía allí.

Ezequiel enarcó una ceja y levantó un bisturí que había encima de la mesa.

—Tu sangre ha cambiado —le comunicó—. Ahora posee una luminiscencia que antes no tenía. Y su sabor —se pasó la lengua por los labios— es indescriptible. ¿Por qué?

«¿Mi sangre ha cambiado?»

—No lo sé, dímelo tú —respondió, fingiendo una seguridad que no sentía.

—Creo, mi querida Claire, que por fin has encontrado a tu alma gemela —comentó, burlón—. Y creo que él no descansará hasta encontrarte —añadió, sujetándole la barbilla—. Me pregunto qué pasaría si te mordiese. —Le lamió el cuello y ella tuvo arcadas—. Tu sangre es la más poderosa que he probado nunca.

Los colmillos de Ezequiel se extendieron y penetraron en el cuello de Claire. Ésta se quedó inmóvil, aterrorizada y asqueada al mismo tiempo; quería gritar, quería apartarse de aquella bestia inmunda que la estaba mordiendo. Pero no podía hacer nada sin correr el riesgo de que los colmillos y las garras de Ezequiel, que la sujetaban por los antebrazos, la partiesen en dos.

—¡Qué diablos! —Él la soltó y escupió la sangre que acababa de absorber del cuerpo de ella. Le estaba ardiendo la garganta y podía notar cómo el líquido empezaba a quemarle las entrañas—. No sé qué has hecho —le dijo, tras escupir otra vez—, pero no creas que te librarás de mí tan fácilmente.

Claire asintió y se tocó la herida que le había hecho en el cuello. Notó cómo la piel se cerraba bajo sus dedos. Ezequiel llamó a Grös por el interfono.

—Teniente Grös, venga a buscar a nuestra invitada. La señorita London va a regresar a su celda.

—De inmediato, señor.

Ezequiel se sirvió un whisky y la miró de nuevo.

—La última odisea que osó desafiarme terminó muerta, desangrada en medio de

un incendio.

Claire tragó saliva. Ella tenía pesadillas en las que moría devorada por las llamas. Grös llamó a la puerta y evitó que siguiese haciendo conjeturas.

—Llévesela, Grös —le ordenó Ezequiel al soldado—. Y asegúrese de que mañana por la mañana esté lista para más pruebas.

«Más pruebas no».

La manera más rápida de llegar a la isla de Igloolik desde Vancouver era cogiendo un avión hasta Siberia y luego yendo en barco hasta Diomedes, la ciudad situada en la costa de la diminuta isla. También podían volar a Alaska e ir luego a la isla, pero después de hablar con Sebastian, quien le contó que las empresas de Ezequiel tenían una fuerte presencia en la Península, Dominic decidió que sería preferible volar a Siberia. Además, así podrían reunirse con Mitch Buchanan y Simona. Dominic no se fiaba del todo de Sebastian, pero tenía que reconocer que hasta el momento su ayuda había resultado de lo más valiosa. Y Veronica no le quitaba el ojo de encima, así que aun en el improbable caso de que el exsoldado del ejército de las sombras intentase traicionarlos, no lo conseguiría.

Dominic, Veronica y Sebastian iban a abandonar la casa de los Whelan al día siguiente. Simon y Maria se despidieron de ellos y les desearon suerte y el guardián insistió en que lo llamasen a diario para mantenerlo al tanto de todo. Mientras Maria se quedaba hablando con Veronica y con Dominic acerca de la última visita que le había hecho en sueños Nina, su madre, para hablarle de Claire, Simon cogió a Sebastian del brazo y le pidió que fuese un momento con él a la biblioteca.

—Quiero hablar contigo un segundo —le dijo.

—Por supuesto —aceptó Sebastian, que supuso que Simon iba a prohibirle que acompañase a su prima, o a exigirle que se fuese de su casa y desapareciese de su vida para siempre. Aunque le dolía, estaba perfectamente preparado para aceptar tal rechazo, pero no para asumir lo que en verdad sucedió.

Simon lo abrazó nada más cerrar la puerta de la biblioteca y él se quedó tan confuso que tardó varios segundos en reaccionar.

—Me alegro tanto de que estés bien... —reconoció su amigo, tras soltarlo.

—Yo... —Estaba tan atónito que no sabía qué decir.

—Lamento mucho no haber estado a tu lado cuando me necesitabas —le aseguró Simon, arrepentido—. Si me hubieras llamado, te habría ayudado sin dudar.

—No... —carraspeó Sebastian y volvió a intentarlo—, no te preocupes. Al principio no me habrías sido de mucha ayuda.

—Aun así, me habría gustado que hubieras contado conmigo.

—Elliot me ayudó —se justificó Sebastian—. Aunque no lo creas, hay cosas en las que tú no puedes hacer nada, Simon.

—Lo sé. —Se metió las manos en los bolsillos—. Créeme, lo sé.

—Me alegré mucho cuando me llamaste —reveló Sebastian de repente—, aunque fuera para pedirme que me deshiciera de unos cadáveres —añadió, burlón.

—No sabía a quién pedírselo —se justificó su amigo, algo avergonzado—. Y llevaba años esperando encontrar una excusa para llamarte.

—Vaya excusa.

Los dos se rieron como cuando eran unos chicos que salían juntos a ligar sin ninguna otra preocupación en el mundo.

—Me alegro de que seas feliz, Simon —le aseguró solemnemente Sebastian—. Te lo mereces.

—Tú también —dijo el otro, completamente en serio.

Él se encogió de hombros y no dijo nada.

—Sebastian, quiero pedirte un favor —dijo Simon tras unos segundos de silencio.

—¿A quién te has cargado ahora? —le preguntó con una media sonrisa.

—Dominic no está bien —le explicó Simon sin devolverle la sonrisa—. Ya sé que tú no lo conoces de antes, así que no tienes por qué creerme, pero te aseguro que el Dominic que yo conozco jamás habría estado a punto de estrangularte.

—Es comprensible.

—No, no lo es. Dominic no es así —insistió—, le está pasando algo. Está distinto, más agresivo, completamente a la defensiva. Tiene el guardián a flor de piel. No sé cuántos años tiene, pero se rumorea que nunca ha permitido que el guardián tome completamente el control de su persona. Y si ahora lo hace, no sé qué podría pasar. Necesito que lo vigiles, que cuides de él.

Sebastian se frotó el rostro.

—¿En serio me estás pidiendo que vigile a un guardián milenario que es evidente que me odia? —Al ver asentir a su amigo, soltó una maldición—. Joder, Simon, tendré suerte si no me arranca la cabeza.

—Veronica cuidará de ti.

Sebastian se sonrojó al oír el nombre de la ilíada.

—Tu prima debería quedarse aquí; este viaje no es para una chica como ella.

Simon enarcó una ceja al oír el comentario.

—A Veronica nadie puede prohibirle nada. Ella siempre va a donde quiere ir y he aprendido a no llevarle la contraria. Tú deberías hacer lo mismo.

—Está bien —suspiró, resignado—, cuidaré de Dominic y de tu prima. Pero cuando hayamos encontrado a Claire, seguiré mi camino solo. ¿Entendido?

—Entendido. —Simon le tendió la mano. Si conocía a su prima como creía que la conocía, Sebastian no se iría a ninguna parte sin ella, pero por el momento estaba dispuesto a seguirle el juego a su amigo.

Después de hablar con Maria y de repasar por enésima vez el equipaje, Dominic se aposentó en los asientos traseros del todoterreno e intentó descansar —habían decidido que irían en coche hasta el aeropuerto, donde los esperaba un avión privado

de Industrias Whelan, y que Veronica sería la que conduciría hasta allí—. No lo consiguió. Cada vez que cerraba los ojos, oía en su mente la voz de Claire y recordaba la noche que pasaron hablando el uno con el otro cuando los dos estaban presos en las celdas de los sótanos de Vivicum Lab.

Dominic no se lo había contado a nadie, en parte porque sabía que lo de esa noche no tenía nada que ver con Ezequiel ni con el resto de los guardianes y en parte porque no quería compartir con nadie aquel momento que en poco tiempo había llegado a ser uno de los instantes más preciados de su vida.

—Dominic, ¿estás bien? —le preguntó en cuanto los esbirros de Ezequiel se fueron, tras lanzarlo casi inconsciente al suelo de su celda.

Él intentó incorporarse, pero le temblaban demasiado los brazos para soportar su peso. Esperó unos segundos y respiró hondo. Iba a levantarse del suelo de aquella inmunda celda aunque fuese lo último que hiciese.

—Tranquilo, Dominic —dijo ella—. Tranquilo.

Oír su voz lo apaciguó y poco a poco notó cómo el guardián recuperaba sus fuerzas. Los hombres de Ezequiel se habían divertido con él durante horas, pero no habían conseguido destruirlo. Primero lo ataron a una camilla e hicieron prácticas de medicina con él y luego, con las heridas recién cosidas —con excesiva torpeza, por supuesto—, lo soltaron para darle una paliza. Los soldados del ejército sabían que Dominic era inmortal, igual que sabían que necesitaba un tiempo más que considerable para recuperarse de las heridas que le habían infligido en la mesa del quirófano. Cuando saliera de allí, les arrancaría la piel a tiras.

—Estoy bien —farfulló, poniéndose de rodillas en el suelo. Unos minutos más y podría levantarse, o al menos sentarse en la cama que había al fondo de la celda—. ¿Y tú?

—A mí no me han hecho nada. —«Hoy», omitió Claire.

Dominic suspiró aliviado. Estaba dispuesto a soportar que le abriesen en canal mil veces si con ello evitaba que se lo hiciesen a ella. No sabía su nombre y ella se negaba a decírselo cuando él se lo preguntaba, pero no le importaba. Su voz era lo único que evitaba que enloqueciese en aquella celda. ¿Qué pretendían hacer con él? «¿Y con ella?»

—Cuéntame algo, por favor —dijo ella.

—¿Qué quieres que te cuente? —le preguntó, intentando todavía recuperar el aliento.

—Cuéntame cuál es tu lugar preferido del mundo —le pidió.

—Mi lugar preferido del mundo. —Dominic bufó y se puso en pie. Caminó inseguro hasta la cama y se derrumbó encima. Se miró las heridas y vio que unas cuantas todavía le sangraban, las otras habían empezado a cicatrizar—. Creo que no

tengo ninguno —dijo, tras maldecirse por haber bajado la guardia y haber permitido que aquellos soldados lo capturasen, días atrás. Quizá no saldría vivo de allí. «Pero si no estuvieras aquí, no la habrías conocido a ella».

—Pues claro que tienes —insistió la mujer—. Cierra los ojos e imagínate dónde querrías estar. Si pudieses estar en cualquier lugar del mundo, ¿dónde estarías ahora mismo?

Dominic obedeció y cerró los ojos. Intentó acompasar la respiración y los latidos de su corazón y dejó la mente en blanco. «Cualquier lugar del mundo».

—Hace años, estuve en el sur de Francia —empezó a decir, sorprendiéndose a sí mismo—. Recuerdo un campo de lavanda, estaba cerca de la abadía de Sénanque. Me detuve allí un segundo. —Suspiró—. No sé cómo diablos me acuerdo —dijo en voz baja—, ha pasado mucho tiempo, pero recuerdo que pensé que algún día volvería allí. —«Con mi alma gemela», se mordió la lengua para no decirlo. La paliza que le habían dado los soldados le había afectado al cerebro.

Claire sabía perfectamente a qué campo de lavanda se refería, ella también lo había visto y también había tenido el presentimiento de que algún día volvería allí. Con él.

—Suena precioso —dijo, incapaz de confesarle la verdad—. Descansa un poco.

Dominic cerró los ojos y, cuando se durmió, soñó que estaba en medio del campo de lavanda. No estaba solo: junto a él había una mujer. No podía verle el rostro porque estaba dándole la espalda, mirando a unos niños jugar entre la hierba. Esa noche, a pesar de que le dolía todo el cuerpo y de que seguía prisionero de Ezequiel, fue feliz.

A la mañana siguiente, aparecieron dos soldados del ejército de las sombras y se llevaron a Claire. Dominic dejó salir al guardián, pero estaba demasiado débil y no consiguió detenerlos. Ella no volvió hasta dos semanas más tarde, dos semanas en las que Dominic comprendió que aquella mujer, se llamara como se llamase, era su alma gemela. Nada más podía explicar el desgarrador vacío que sentía en su alma, ni sus ansias de matar a cualquiera que osara tocarla. Durante esas dos semanas, Dominic oyó cómo los hombres de Ezequiel la torturaban, la oyó gritar y suplicar, y la oyó llorar.

La noche antes de que se la llevaran de Vivicum Lab, la devolvieron a su celda de siempre:

—¿Eres tú, Dominic? —preguntó ella al oír un ruido.

—Sí —respondió él.

—Mañana ya no estaré aquí —dijo a media voz.

—¿Qué? ¿Cómo lo sabes? ¿Dónde estarás? —preguntó, nervioso. No sabía el aspecto que tenía. Estaban encerrados en distintas celdas y, aunque las dos tenían barrotes y el uno podía oír lo que decía el otro, no había forma de que se vieran—.

¿Cómo te llamas?

—Claire —contestó, antes de tener un ataque de tos—. Sé que mañana estaré en otra parte, pero no sé dónde. Cerca del mar.

—¿Claire? —Dominic sacudió los barros—. ¿Qué estás diciendo?

—Siento haberte conocido así —prosiguió ella, y él oyó que lloraba.

—Yo no —respondió al instante, y fue entonces cuando se dio cuenta de que el guardián estaba completamente alerta y de que Claire lo había despertado del letargo.

—Prométeme una cosa —dijo entonces ella.

—No pienso dejar que se te lleven de aquí.

—Tendrás que hacerlo. Es así como suceden las cosas.

—¿Cómo sabías quién era? —Dominic se paseó nervioso por la celda, buscando algo que hubiera podido pasársele por alto—. Siempre me has llamado por mi nombre.

—Prométeme una cosa —repitió Claire.

—Lo que quieras.

—Prométeme que te mantendrás con vida, y que vendrás a buscarme. —Otro ataque de tos.

—Te lo prometo —le aseguró él, solemne, más asustado de lo que se veía capaz de reconocer.

—Ya hemos llegado —anunció Veronica, deteniendo el todoterreno en una de las pistas privadas del aeropuerto.

A Dominic nunca le había gustado hacer cola en los aeropuertos y siempre lo había incomodado un poco tener que utilizar documentación falsa. Evidentemente, la suya era impecable, pero seguía sin ser auténtica al cien por cien. No podía tener un pasaporte donde constase que había nacido hacía más de mil años. Por suerte, tener amigos con aviones propios solucionaba esa clase de problema.

Veronica se encargó de aparcar el vehículo y de entregarle las llaves a uno de los empleados de Industrias Whelan para que se las devolviese a Simon. Sebastian se ocupó del equipaje y, en cuanto lo hubo dejado en el interior del avión, se dirigió a la cabina de mando. Otra de las cosas que también habían decidido antes era que sería él quien pilotaría hasta Siberia. Sebastian no sólo era mejor piloto que cualquiera que pudiese tener Industrias Whelan en nómina, sino que así no tenían que involucrar a nadie más en su misión.

Dominic aprovechó esos instantes para mandarle un mensaje a Mitch con las coordenadas del vuelo y su hora aproximada de aterrizaje y para llamar a Ewan e informarle de lo mismo. Por su parte, el joven líder del clan Jura le aseguró que la información que tenían sobre Simona era cierta y que, por lo que había podido

averiguar, la ilíada no tenía ni idea de que la habían secuestrado de pequeña. Si lo que decía Ewan era verdad, Simona Babrica había sido arrebatada de los brazos de su madre cuando apenas tenía tres años y Natalia, la mujer despechada, se la había vendido, o regalado, a Ezequiel para vengarse de Ivan.

Ezequiel, por supuesto, había aceptado encantado y se había pasado años torturando a la niña, convencido de que ésta pronto moriría; pero al ver que no era así, la pequeña despertó su curiosidad y empezó a tratarla como una mascota. Y después como a una hija. O lo más parecido a eso, según la mentalidad de Ezequiel. Éste la había moldeado a su gusto, la había convencido de que si se portaba como él le enseñaba, quizá llegaría a sentir cariño por ella. La había utilizado. Manipulado. Y ahora no iba a dejarla escapar sin más.

—¿Quieres que pilote yo un rato? —le ofreció Veronica a Sebastian por tercera vez.

Él no se había apartado del cuadro de mando desde que el avión había despegado, y de eso hacía ya varias horas.

—No. Ve a sentarte —le indicó Sebastian, repitiendo las mismas palabras que le había dicho en las dos ocasiones anteriores.

—Yo también sé pilotar un avión, papá insistió en enseñarnos de pequeñas —le dijo—. Puedo mantener el rumbo perfectamente y así tú puedes tumbarte un rato.

—No necesito tumbarme —respondió él y entonces, levantó una mano y se bajó el cuello del jersey—. ¿Acaso te has olvidado de esto? —Le enseñó la marca del ejército de las sombras.

—No, no me he olvidado, pero no por los motivos que tú crees. Y no hace falta que sigas recordándomelo —añadió, enfadada—. Cualquiera diría que te sientes orgulloso de llevar esa marca. —Lo provocó y vio que él sujetaba el timón del avión con más fuerza. Mejor—. ¿Tienes hambre?

—No.

—¿Cuándo fue la última vez que comiste?

—¿Y tú?

—Eres imposible —dijo Veronica entre dientes.

—Lo mismo digo.

—Pues si no quieres ir a descansar un poco y tampoco quieres ir a comer algo, me quedaré aquí contigo —le comunicó, sentándose en el asiento del copiloto.

—Vuelve a la cabina de pasajeros.

—No.

—Como quieras.

—¿Te has dado cuenta de que te comportas como un niño pequeño?

—No es verdad.

—Sí lo es —afirmó ella con una sonrisa.

Sebastian se limitó a fijar la vista en el ordenador de a bordo y siguió ignorándola. Veronica le dio unos segundos de paz, pero no se fue a ninguna parte y siguió donde estaba. Habría podido volver a su asiento en la cabina de pasajeros, pero Dominic estaba descansando y la verdad era que quería hablar a solas con el exsoldado desde que éste les había confesado la verdad. Veronica sintió el dolor y la vergüenza que embargó a Sebastian cuando le contó a su mejor amigo, y probablemente uno de los pocos hombres a los que respetaba de verdad, que se había convertido en esclavo de su mayor enemigo. Y después, cuando terminó de contarles

lo sucedido, también sintió la resignación que lo embargó y, aunque nada le habría gustado más que entrar en su mente y quitarle parte de esa pena, no lo hizo porque sabía que Sebastian no iba a permitírselo y también porque sabía que él todavía necesitaba su orgullo para seguir adelante.

—Ese hombre del que nos hablaste, Elliot Montgomery, ¿de verdad cree que podéis dejar de ser soldados del ejército de las sombras?

Sebastian tardó unos segundos en contestar.

—No sé si lo cree de verdad, pero necesita creerlo —dijo al fin—. Elliot es muy reservado y desconozco su historia. No creo que ninguno de los demás la sepa, ni siquiera sé cuándo se convirtió en soldado ni cuándo escapó, pero fuera lo que fuese lo que hizo cuando Ezequiel le dio su sangre, lo ha marcado para siempre.

—¿Y a ti no?

—Yo ya había cometido atrocidades antes de convertirme en soldado del ejército de las sombras; que estuviesen amparadas por una orden que había dado algún tipo sentado en algún despacho no cambia las cosas.

Veronica asintió y le hizo otra pregunta:

—¿Crees que volverás a ser humano?

—No.

—Entonces, ¿por qué nos ayudas? Y no me digas que sólo quieres vengarte. Lo que sientes no es sólo deseo de venganza.

—¿Y tú cómo lo sabes?

Ella se mordió la lengua para no contarle la verdad sobre su don.

—¿Cuándo averiguaste que Simon no era del todo humano?

—Cuando me lo contó Elliot.

—¿Y antes no sospechabas nada?

—¿Siempre hablas tanto?

—Siempre. Contéstame.

—Ahora que lo veo en perspectiva, supongo que siempre me pareció un poco extraño que tu tío Royce estuviese en tan buena forma. Y que Simon fuera tan ágil y que nunca se resfriase, o cosas por el estilo, pero la verdad es que no, no sospeché nada. Supongo que sencillamente les tenía envidia.

Veronica había leído el informe que elaboraron los detectives de la empresa cuando Simon intentó localizar a Sebastian y, gracias a ello, estaba al corriente de su pasado. Sin embargo, no dijo nada y esperó a ver si él se lo contaba.

—¿Qué más sabes sobre nosotros?

—Sé que los primeros guardianes de Alejandría fueron creados directamente por los dioses y que, a partir de entonces, han tenido descendientes. Y también sé que cada guardián tiene una alma gemela y que ella es la que lo hace envejecer, aunque también es la única capaz de llevar al guardián a su máxima potencia. Lo que no

sabía hasta hace poco era que también existíais vosotras —añadió, mirando a Veronica casi por primera vez—: las ilíadas. —Ella le sostuvo la mirada—. Dime una cosa, ¿vosotras también tenéis una alma gemela? —le preguntó con aire incrédulo y ligeramente insultante.

—No —contestó Veronica en el mismo tono—, aunque, según el *Diario de los guardianes*, si una ilíada le entrega su amor a un hombre y ese amor no es correspondido, muere lentamente. ¿Te hace gracia? —le preguntó, al verlo sonreír. Y de repente se alegró de que el taciturno Sebastian Kepler no sonriese a menudo, pues aquella sonrisa podría matarla.

—No, pero digamos que me alegro de no ser tú.

—Y que lo digas. Mis hermanas y yo solíamos tener pesadillas al respecto. Mi padre se ofreció a encerrarnos en un convento de clausura, pero mi madre lo convenció de que no lo hiciera —le explicó en broma, sólo para ver si así lograba que la sonrisa se alargase un poco más. Aunque la historia del convento por desgracia era completamente cierta.

Sebastian la miró de reojo y Veronica vio el preciso instante en que a él le cambiaba la expresión. ¿Por qué? ¿Qué había hecho?

—¿Ya estás contenta? ¿Vas a volver a tu asiento? —preguntó, recuperando la animosidad del principio.

—¿Por qué siempre haces lo mismo? —le preguntó, furiosa y algo dolida.

—¿El qué?

—Echarme de tu lado cuando crees que has sido demasiado amable conmigo.

Sebastian abrió y cerró los dedos con los que sujetaba los mandos del avión y revisó un par de controles, giró unas palancas y apretó unos botones. Ella vio que le temblaba un músculo de la mandíbula y que se le tensaba la espalda, así que optó por quedarse en silencio y esperar. Esperar a que él volviese a exigirle que se fuera.

—Tu olor me vuelve loco —dijo entre dientes, sorprendiéndolos a ambos.

—¿Qué has dicho? —Veronica no sabía si estaba hablando en serio o si le estaba tomando el pelo. Lo miró y comprobó que hablaba en serio. Muy en serio. Una gota de sudor le resbalaba por la sien del esfuerzo que estaba haciendo para dominarse.

—Ya me has oído —farfulló—. Tienes que irte de aquí ahora mismo. —Tragó saliva—. Por favor.

Ella se puso en pie.

—Vete. Ahora.

Veronica se detuvo junto a la puerta y vio que a Sebastian le temblaba el pulso al mismo ritmo que la vena que le cruzaba el cuello.

—Sebastian, yo...

—¡Fuera de aquí!

Se fue y cerró la puerta de la cabina. Se apoyó en ella y sintió tal punzada de

dolor que cayó de rodillas al suelo. Era el dolor de Sebastian. El soldado sentía tal angustia que ésta le llegó incluso a Veronica y la derribó. Se concentró e intentó detener el dolor. Cerró los ojos y pensó en los de Sebastian, en lo tristes que se los había visto el día que lo conoció.

Entrar en el dolor de una persona no era sencillo; era mucho más fácil con los animales. Los seres humanos tenían una barrera que a ella siempre le resultaba muy difícil franquear: el orgullo. Los humanos preferían sufrir a quedar en ridículo delante de uno de sus semejantes. Sin embargo, Veronica había aprendido varios trucos para saltarse esos obstáculos e iba a utilizarlos todos para ayudar a Sebastian.

El primero era pensar en los ojos de la persona que estaba sufriendo. La expresión «los ojos son el espejo del alma» era más cierta de lo que creía la gente. Los de Sebastian eran los más tristes que ella había visto en mucho tiempo y quizá por eso la dejaron entrar dentro de su dueño sin ofrecer demasiada resistencia. Veronica se llevó una mano al estómago para contener la punzada que sentía en él, era como si tuviese una daga revolviéndole las entrañas, y siguió adelante. Con su mente, buscó el foco de dolor de Sebastian y no tardó en encontrarlo. Él luchaba por contener la sed de sangre propia de un soldado del ejército de las sombras. Era una sed poderosa que intentaba invadir su cuerpo como la más intensa de las fiebres. El soldado necesitaba beber, necesitaba pelear y absorber la sangre de su víctima, pero Sebastian no iba a permitirselo y eso lo estaba matando. Veronica sintió cómo él se resistía al influjo del demonio que había entrado en su alma y cómo, al mismo tiempo, se concentraba en mantener el avión en el rumbo adecuado.

Sebastian levantó un brazo, se lo mordió y bebió un poco de su propia sangre, un recurso que le había enseñado Elliot para contener la llamada de las sombras en los momentos más peligrosos. Todavía no sabían qué consecuencias podía tener ingerir la propia sangre, pero seguro que no eran buenas. Veronica notó que él se relajaba un poco, y acto seguido sintió el asco que sentía hacia sí mismo. Y la tristeza.

Y entonces, como surgido de la nada, el instinto sangriento del soldado regresó e intentó de nuevo hacerlo sucumbir. Sebastian volvió a morderse, pero fue en vano. No obstante, le plantó cara y no soltó los mandos del avión. El corazón le latía a una velocidad sobrehumana; a ese ritmo, no tardaría en sufrir un infarto. «Quizá sería mejor para todos», pensó Sebastian. Y ese pensamiento sirvió para que Veronica sacase fuerzas de flaqueza y entrase de lleno en el núcleo de los instintos del soldado del ejército de las sombras. Se metió allí y se peleó con uñas y dientes contra los demonios que querían carcomer el alma de Sebastian. Absorbió en su cuerpo el dolor que causaban en el de él y, poco a poco, notó cómo dichos instintos asesinos se rendían ante ella. Sebastian volvía a respirar con normalidad. Su corazón iba recuperando su ritmo habitual. Iba a ponerse bien, sólo tenía que beber un poco de sangre y dormir un rato.

—¡Qué diablos está pasando aquí! —exclamó Dominic, asustado—. ¡Veronica! Joder. ¡Veronica!

Estaba tumbada en el suelo, frente a la cabina del piloto, y estaba inconsciente. Le sangraba la nariz y estaba empapada en sudor frío.

Sebastian abrió los ojos al oír los gritos provenientes de detrás de la puerta. Vio que se había mordido la muñeca y, avergonzado, se bajó la manga de la chaqueta. ¿Qué diablos había sucedido?

—¡Veronica! —Era la voz de Dominic—. Vamos, pequeña, no me hagas esto.

Sebastian fijó las coordenadas en el ordenador y se puso en pie en cuestión de segundos. Ella había estado en su cabeza, en su mente; había derrotado a sus demonios. La chica a la que él se negaba a llamar por su nombre probablemente le había salvado la vida, o la poca alma que le quedaba.

—¿Qué ha pasado? —preguntó al abrir la puerta de la cabina.

—No lo sé —dijo Dominic—. La he encontrado aquí, en el suelo —explicó mientras abría el maletín de emergencias que había encontrado junto a la primera fila de asientos—. No tiene pulso —afirmó serio, tras auscultarla—. Apártate. —En cuestión de segundos, puso en marcha el desfibrilador—. Vamos, Veronica, demuéstreme que eres una Whelan —le pidió tras la primera descarga.

El cuerpo de ella tembló en el aire igual que un pez cuando lo sacan del agua, pero no reaccionó.

—Vamos, Veronica —insistió Dominic, después de darle una segunda.

Seguía sin reaccionar y Sebastian creyó revivir el horror y la desesperación de aquel día en la azotea, cuando pensó en quitarse la vida. No, ella no iba a morir. Y menos por su culpa.

—¿No se supone que es inmortal? —preguntó, sin ocultar lo preocupado que estaba.

—No exactamente —contestó Dominic, mientras esperaba para darle la tercera descarga.

—No tenemos tiempo para acertijos, Prescott. ¿Es o no inmortal?

—Veronica tiene el don de sentir el dolor de otras personas, de cualquier criatura en realidad, y de absorberlo dentro de su cuerpo y así alejarlo de ese ser.

—Joder —farfulló Sebastian—, ¿no podía tener el don de levitar o de mover objetos con la mente?

—Según me dijo Simon, ha aprendido a controlarse, sabe cuándo tiene que parar y cuánta cantidad de dolor puede asimilar. Pero si comete un error de cálculo, si se queda con más dolor del que su cuerpo puede soportar, entonces puede morir.

—Mierda —masculló—. Mierda. No puede morir. No voy a permitirlo. Ella no.

—Entonces, apártate —dijo Dominic, acercando las palas del desfibrilador por tercera vez—, y reza para que funcione.

La descarga no sirvió de nada.

—¿Qué diablos estabas sintiendo, Sebastian? —le preguntó, furioso. El guardián sabía que la ilíada no se había quedado con parte de su dolor, porque él se había esforzado mucho en ocultárselo, pero probablemente el soldado del ejército de las sombras no lo había hecho. Y Veronica no había sido capaz de negarle su ayuda.

—La he echado de la cabina porque su olor me volvía loco —se defendió Sebastian.

Desde el día en que la conoció, supo que Veronica lo afectaba de un modo distinto al resto. Y desde aquel preciso instante empezó a rehuirla, a tratarla con indiferencia, con mala educación incluso, con la esperanza de que, si no la tenía cerca, su presencia no lo afectaría tanto.

—Más te vale que aprendas a controlar tus instintos, soldado —le advirtió Dominic—. No permitiré que pongas en peligro a Veronica o a alguno de los míos.

Él asintió y comprendió que Dominic no quisiera incluirlo en el grupo.

—Dame una paliza más tarde, si con eso vas a sentirte mejor, pero ahora sálvala.

Dominic buscó en el maletín de primeros auxilios hasta encontrar lo que estaba buscando. Sacudió el vial y comprobó que el líquido tuviese la textura precisa. Cogió una aguja y preparó la inyección.

—Sujétale la cabeza y los brazos —le dijo a Sebastian.

Éste obedeció y colocó la cabeza de Veronica en su regazo mientras le sujetaba las manos con una de las suyas; con la otra, le acarició el pelo.

—A la de tres; una, dos, tres.

Dominic hundió la aguja en medio del esternón de la joven y empujó el émbolo para inyectarle todo el líquido. Ella se sentó de golpe, con los ojos abiertos como platos e intentando recuperar el aliento.

—Gracias a Dios —farfulló Dominic.

—Gracias —dijo sencillamente Sebastian.

Veronica tenía el rostro pálido y las ojeras muy marcadas. Iba en sujetador, porque Dominic le había roto la camiseta para intentar reanimarla, y tenía manchas de sangre en el rostro y el cuello.

—No vuelvas a darme un susto de éstos, Veronica —le advirtió Dominic, tras quitarle la jeringa—. Tu familia entera me arrancaría la piel a tiras si te sucediera algo —bromeó, acariciándole el pelo como lo haría un hermano mayor—. ¿Cómo te encuentras?

—Muy cansada —contestó, sincera.

—¿Por qué diablos has hecho tal estupidez?! —La voz de Sebastian, que todavía estaba sentado en el suelo, detrás de ella, retumbó por todo el avión—. ¿Eh? ¡Maldita seas! —Se puso en pie y se apartó de ellos a grandes zancadas—. No vuelvas a poner en peligro tu vida por mí —añadió, al llegar a la puerta de la cabina—. ¿Me oyes? —

le preguntó, dándose media vuelta para mirarla—. No vale la pena —añadió en voz más baja, justo antes de encerrarse con un portazo.

—Un simple gracias me habría bastado —comentó ella en un intento de aligerar un poco el ambiente.

—Mucho me temo, Veronica, que si estás tan interesada como creo en ese hombre, vas a tener que acostumbrarte a que nada sea simple.

—No estoy interesada en Sebastian —balbuceó ella mientras Dominic la ayudaba a ponerse en pie—. Bueno, es decir, me preocupa que esté bien y todas esas cosas, pero en realidad...

—Veronica —la interrumpió él.

—¿Sí?

—Cállate, estás balbuceando.

—Tú también balbucearías si hubieses estado casi muerto, durante unos minutos.

Dominic enarcó una ceja y le dejó claro que no se tragaba la excusa.

—Vamos, será mejor que te vistas y descanses un rato —le dijo, acompañándola a la fila de asientos que ella se había adjudicado—. Pero para que conste, quizá yo no termine de confiar en Sebastian, pero ese hombre se ha asustado de verdad cuando te ha visto tumbada en el suelo. Más vale que estés segura de lo que pretendes. Duerme un poco, yo iré a verlo a él.

Veronica se puso una camiseta de la universidad a la que fue de intercambio y una sudadera encima y luego se sentó hecha un ovillo en uno de los asientos. Estaba tan cansada que no tardó en dormirse, pero antes recordó el frío que había sentido al abandonar el cuerpo de Sebastian y se estremeció.

Dominic esperó varios minutos antes de llamar a la puerta de la cabina del piloto. Después de lo que había sucedido, supuso que Sebastian necesitaría algo de tiempo para recomponer aquella fachada de indiferencia que parecía acompañarlo siempre. Cuando creyó que había pasado un rato prudencial, entró tras dar un ligero golpe con los nudillos, sin esperar a que le diesen permiso.

—¿Cómo está Veronica? —le preguntó el exsoldado sin apartar la vista del ordenador.

—Se pondrá bien —le aseguró Dominic, sentándose en la silla vacía del copiloto, la misma que había ocupado antes Veronica—. ¿Y tú?

—¿Yo? —Sebastian se rió por lo bajo—. Jodidamente bien —le aseguró furioso y dando una palmada al inocente tablero de mandos—. ¿Por qué lo ha hecho, eh? ¿Por qué?

—No lo sé —contestó Dominic, sincero—. Habrá creído que era lo que tenía que hacer.

—Mierda —farfulló Sebastian.

—Antes has dicho que su olor te volvía loco —le recordó Dominic—. ¿Te sucede con alguien más?

Sebastian tomó aire antes de contestar.

—No, con nadie. La mayoría de los humanos me resultan indiferentes. Su olor me parece agradable, pero no me provoca ninguna reacción especial. En cambio, el de Veronica... Cuando ella se me acerca, me siento como un náufrago frente a un vaso de agua cristalina.

—¿Y con los guardianes? ¿Qué reacción te causamos?

Sebastian sabía que aquellas preguntas no sólo estaban justificadas, sino que además eran de lo más lógicas, así que se obligó a contestarlas.

—Los guardianes en general hacen que se me encoja el estómago. Antes de que Elliot me encontrase, atacé a un guardián —se sinceró—. Recuerdo que, cuando logré herirlo, me embriagó una fuerte sensación de poder. Desde que me liberé del ejército de las sombras, los guardianes me ponen nervioso. Siguiendo con las comparaciones, es como obligar a un exalcohólico a entrar en una licorería. Excepto tú.

—¿Qué quieres decir?

—Tú eres el único guardián que no me hace tener ganas de arrancarme la piel.

—¿Por qué?

—Dímelo tú. —Sebastián se encogió de hombros.

—No tengo ni idea, quizá sea porque soy el guardián más antiguo con el que has estado.

—Quizá, aunque no lo creo —contestó el otro, dando voz a lo que pensaba Dominic—. Mira, puesto que sé que no confías en mí, voy a serte sincero.

Dominic sonrió; si no fuese porque Kepler era un soldado del ejército de las sombras, probablemente se habrían hecho amigos.

—Ahora que estoy «rehabilitado» —hizo el gesto de las comillas con los dedos—, a los guardianes no los muerdo, porque sé que sería malo para mí, que me haría recaer, y porque sé que no es lo correcto. A Veronica no la muerdo porque no soporto la idea de hacerle daño, pero si creyese que iba a permitírmelo, nada ni nadie podría impedirme que lo hiciera. Por ella lo mandaría todo a paseo, incluida mi alma.

—¿Lo sabe Veronica? —le preguntó Dominic, serio.

—No y tú no se lo dirás, ¿de acuerdo?

—¿Y por qué no?

—Porque si lo haces, yo le contaré el motivo por el cual a ti no tengo ganas de morderte ni de arrancarte la yugular.

—¿Y cuál es ese motivo?

—Porque hueles igual que Ezequiel.

Mitch todavía seguía enfadado con Simona después de que ella hubiese intentado darle plantón en San Petersburgo. De hecho, cuando la encontró en la ópera de Mariinsky le habría gritado hasta quedarse afónico, pero la vio tan triste y abatida que sencillamente la abrazó.

Simona había ido a esa ópera porque, en sus sueños, había visto a una mujer de mirada tierna tocando el violín; la misma mujer que en otros sueños aparecía abrazando y acunando a un bebé al que le cantaba las nanas más dulces del mundo. Unas nanas que Simona se sabía de memoria. Esa mujer tenía que ser su madre o, al menos, ella deseaba que lo fuese.

De pequeña, en las contadas ocasiones en que se había atrevido a preguntarle a Ezequiel por su madre, el señor de las sombras se había limitado a decirle que había sido «una mujer cualquiera» y si Simona cometía la osadía de insistir en el tema, él siempre le decía: «Te abandonó, ¿no? ¿Qué más necesitas saber de ella?».

Durante años, le había bastado con esa explicación. Pero Michael lo había cambiado todo. Michael y su sonrisa ladeada.

Llegó a la ópera y entró como una turista más; el teatro podía visitarse tras pagar la entrada de rigor. Como era de esperar, el recorrido apto para todos los públicos no le aportó nada, pero Simona se coló por uno de los pasillos que conducía a las salas de ensayos de la orquesta. Por fortuna no se encontró con nadie, aunque estuvo a punto de perderse. Y eso le habría sucedido si no hubiese seguido las notas de aquel violín que flotaban en el aire. Se detuvo frente a una puerta de cristal translúcido y la abrió despacio. En el interior había un anciano sentado en una vieja silla de madera, tocando una melodía con los ojos cerrados. Simona no lo interrumpió y se quedó esperando sin hacer ruido. Era una música maravillosa. El hombre tocó la última nota y se bajó el instrumento del hombro. Suspiró con tristeza y abrió los ojos para guardarlo en la caja, pero cuando su mirada se topó con la presencia de Simona, estuvo a punto de lanzar el valioso Stradivarius al suelo.

—¿Catalina? —balbuceó el hombre—. No puede ser. No puede ser.

—No, me llamo Simona —dijo ella, acercándose despacio para ayudarlo.

—Simona —repitió él, asombrado—. Simona. —Dejó el violín encima de la silla y se puso en pie.

—Simona Ba...

—Simona Babrica —terminó el músico—. No puede ser, eres igual que tu madre.

—¿Usted conoció a mi madre? —le preguntó.

—Sí —respondió con suma tristeza—, aunque sólo la vi una vez. Yo era apenas un niño cuando ella vino a mi casa. Catalina era la mejor violinista que ha existido nunca y mi abuelo el mejor profesor.

—¿No volvió a verla más?

El hombre la miró confuso.

—Tu madre está muerta, Simona. Murió hace muchos años, contigo. La ópera en pleno lloró su pérdida y mi abuelo se fue a la tumba afirmando que jamás existiría otra violinista como ella.

—¿Cómo murió?

—La atacaron unos lobos de noche. Al parecer, las dos vivíais en una pequeña casa algo apartada y la policía supuso que habíais salido y que los lobos os habían sorprendido. A todos nos extrañó, pues Catalina conocía la zona y era muy precavida.

—Si yo no estoy muerta, quizá mi madre tampoco lo esté —sugirió Simona, aferrándose a un clavo ardiendo.

—Lo está, niña, créeme. La noticia de la muerte de tu madre apareció en todos los periódicos y, por desgracia, también lo hicieron varias fotografías de su cadáver. Esos animales se ensañaron con ella, debían de tener la rabia, pero no tengo ninguna duda de que era Catalina. A ti no te encontraron, eso lo reconozco, pero en esa época no había los medios que hay ahora y supongo que, al ver la cantidad de sangre que había alrededor de tu pobre madre, la policía dedujo que los lobos te habían devorado.

Perros del infierno. Ezequiel había ordenado el asesinato de su madre y luego se había pasado años haciéndole creer que ella la había abandonado. «Mataré a ese bastardo con mis propias manos. El muy engreído, ni siquiera se molestó en cambiarme el apellido, seguro que creía que jamás intentaría averiguar la verdad».

—¿Quién es usted?

—Oh, claro. —El anciano dio un paso hacia ella—. Permíteme que me presente. Me llamo Vassili Merislow, pero puedes llamarme Vassa. Soy profesor de música, aunque no tan bueno como mi abuelo. —Le tendió la mano llena de arrugas.

Simona se la estrechó como si estuviese sujetando a un pájaro herido y notó lo suave que tenía la piel.

—Es un placer, Vassili. Vassa —se corrigió, al ver que el hombre arqueaba una ceja para reñirla. Ese gesto debía de resultarle muy útil con sus alumnos, si seguía ejerciendo a esa edad.

—Siempre creí que tú también habías muerto —le dijo él—. Catalina te quería con locura, más que a la música. Deberías haber venido antes —la reprendió, aunque en seguida añadió—: Perdón, no me hagas caso, sólo soy un viejo malhumorado.

—No, tienes razón. Debería haber venido antes, pero no me acordaba —le explicó, sintiéndose culpable—. El hombre que me crió siempre me dijo que mi

madre me había abandonado.

—¡Catalina no te habría abandonado por nada del mundo! —El anciano defendió a la madre de Simona con absoluta devoción y ésta sintió envidia de que Vassa tuviese tantos recuerdos de una mujer a la que ella no conocía.

—Vassa, ¿no te sorprende que naciera antes que tú y que, sin embargo, yo tenga el aspecto de una mujer de treinta años y tú el de un hombre de setenta? —le preguntó, intrigada y agradecida al mismo tiempo.

—Mi abuelo solía contarme historias sobre tu madre. —Sonrió con ternura al recordar al hombre—. Y también solía mostrarme fotos tuyas, por eso te he reconocido. Ella llegó sola a San Petersburgo con un violín y muchos sueños, y mi abuelo se quedó tan fascinado con su talento que la acogió bajo su ala. Él y mi abuela habían tenido a mi padre de jóvenes y siempre habían querido tener una hija, así que supongo que se adoptaron mutuamente. Cuando Catalina conoció a Ivan, mi abuelo se preocupó mucho, como habría hecho cualquier padre y, aunque él nunca llegó a gustarle, no se opuso al matrimonio. Poco tiempo después de la boda, tu madre le contó a mi abuelo la verdad sobre tu padre. Le contó que Ivan Babrica era un guardián, un ser casi mitológico y, cuando tú naciste, le confió sus sospechas; a pesar de que Ivan estaba convencido de que una niña jamás heredaría sus características, según Catalina, tú tenías parte de los poderes de él. Y, al parecer, tu madre tenía razón. Así que, respondiendo a tu pregunta: no, no me sorprende.

—¿Mis padres fueron felices? —Ahora que por fin había encontrado a alguien que conocía la verdad sobre su pasado, estaba impaciente por saber todos los detalles.

Vassili se acercó a una butaca que había frente a un montón de libros colocados de tal modo que formaban una improvisada mesa camilla y le indicó a Simona que se sentase en la otra. Ella apartó las partituras que había encima y aceptó la invitación.

—Mi abuelo decía que siempre había creído que Catalina estaba enamorada de la música hasta el día en que conoció a Ivan Babrica y descubrió el amor de verdad.

«Ivan».

—Ivan era un joven muy apasionado —prosiguió Vassa—, para él no existían los matices. Y supongo que eso fue lo que atrajo a tu madre, esa pasión exuberante. Se casaron y, durante un tiempo, fueron muy felices. Lo sé porque cuando vi a Catalina, estaba radiante. Tú llegaste poco tiempo después y puedo asegurarte que los dos te querían mucho. Mis abuelos se fueron de Rusia para tocar en Londres y, por desgracia, no volvieron hasta semanas antes de la muerte de tu madre. —Vio que Simona abría y cerraba nerviosa una mano y le preguntó—: ¿Estás segura de que quieres que te lo cuente?

—Estoy segura —afirmó, decidida.

—Tu madre le dijo a mi abuelo que tu padre y ella habían discutido y que se había ido por un tiempo. No quiso entrar en detalles, pero me insinuó que la causante

de sus problemas era Natalia, una antigua prometida de tu padre.

—Esa mujer, Natalia, ¿tiene familia? —«Iré a hacerles una visita y a decirles lo que pienso de su bisabuela».

—No, murió más o menos en la misma época que tu padre.

—¿Cómo murió mi padre?

Vassa suspiró con tristeza.

—Si de verdad quieres saberlo, te lo contaré. Pero antes, deja que te cuente más cosas acerca de tu madre. Mi abuelo nunca se creyó que hubieses muerto, siempre decía que era imposible que Catalina no hubiese encontrado el modo de salvarte. Mi abuela y yo le seguimos la corriente a escondidas de mi padre, a él no le gustaba oír vuestras historias, supongo que siempre tuvo celos de tu madre. En fin, mi abuelo decía que algún día volverías y que tenías que saber lo mucho que te había querido Catalina. No sé por qué has vuelto precisamente ahora, pero le debo a mi abuelo contarte las historias que me pidió. Y voy a hacerlo, si no te importa.

—De acuerdo.

Michael la encontró tres horas más tarde. Simona estaba sentada en uno de los escalones de entrada a la ópera. Nevaba, pero ella no parecía sentir el frío ni la nieve, ni nada de lo que sucedía a su alrededor. La gente, probablemente turistas y algunos empleados de la ópera, pasaba por su lado esquivándola, como si fuese un estorbo, una bolsa tirada en medio de la calle. A Michael le dio un vuelco el corazón cuando la vio en ese estado y todos los reproches que había pensado hacerle murieron en su garganta. Se acercó y se sentó a su lado. Esperó a que Simona se percatase de su presencia y entonces levantó un brazo y la rodeó por los hombros.

—Mi padre se suicidó aquí —dijo ella, con la mirada fija en el último escalón—. Se llamaba Ivan y era un guardián de Alejandría. Aquí fue también donde conoció a mi madre. Ella era violinista de la ópera, se llamaba Catalina y Vassa me ha dicho que me parezco mucho a ella.

—Lo siento, cariño —se limitó a decir Mitch sin hacerle ninguna pregunta. Lo único que hizo fue acercarla más a él y pegarla contra su cuerpo. No le dijo que se levantara, ni que sería mejor que volvieran a la habitación del hotel. Sencillamente, se quedó allí y dejó que ella le contase lo que quisiera a la velocidad que quisiese.

—Vassa es el nieto del profesor de música de mi madre. —Simona levantó una mano y se secó, furiosa, una lágrima que le resbalaba por la mejilla—. Creo que puedo oírla tocar el violín. ¿Crees que es posible? No, probablemente me estoy volviendo loca, eso explicaría mi comportamiento de los últimos meses.

—Claro que puedes oírla —afirmó Mitch, basándose únicamente en su instinto—. Seguro que te tocaba nanas cuando eras pequeña.

—Mi padre la echó de su lado porque creía que le había sido infiel —retomó el

relato en un tono frío y distante—. ¿Sabes por qué? —le preguntó, sarcástica.

—No —respondió él, mirándola a los ojos y temiendo la respuesta.

—Por mi culpa. Porque yo no era como él esperaba.

—Entonces, el culpable fue él y no tú —concluyó Mitch, rotundo.

Ella pareció ignorarlo.

—En cuanto empezó a hacerse evidente que yo era como soy —se encogió de hombros, abatida—, mi padre llegó a la conclusión de que mi madre le había sido infiel y nos echó de casa a las dos. Ella murió meses después, por lo visto la atacaron unos perros del infierno.

—Dios, Simona, eso tampoco fue culpa tuya —dijo Mitch, adivinando lo que ella creía.

—Mi padre enloqueció y perdió el control del guardián. Se convirtió en un asesino y, cuando se dio cuenta de todo lo que había hecho, se suicidó justo aquí, en el mismo lugar donde había conocido a la mujer a la que decía amar, pero a la que le dio la espalda.

—Es una historia horrible, Simona, y ojalá pudiera dar marcha atrás en el tiempo y hacer entrar en razón a tu padre, o ayudaros a ti y a tu madre. Pero no puedo. Nadie puede. Y, lo que es más importante, nada de lo que sucedió, absolutamente nada, fue culpa tuya.

Ella clavó la vista en la acera de San Petersburgo como si con la fuerza de sus iris pudiese derretir la nieve y encontrar rastro de la sangre que se había derramado en ella.

—Todos estos años he estado viviendo con el hombre que mató a mi madre. Lo respetaba como si fuese mi padre y él sabía que había enviado a sus perros a degollarla. —Apretó los nudillos con fuerza y Mitch vio que, por entre los dedos, se abrían paso las garras de Simona. Ella también lo vio y suspiró asqueada—. Habría podido matarlo infinidad de veces, pero no, todo lo contrario. Siempre lo he protegido.

—Ezequiel se aprovechó de ti, Simona. Tampoco puedes sentirte culpable por eso, cariño. Te utilizó, te manipuló. Tú eras sólo una niña. —Le acarició el pelo unos segundos, pero ella pronto se apartó.

—Después de hablar con Vassa he recordado más cosas —le dijo, seria y con la mirada de nuevo perdida.

—Si quieres, puedes contármelas.

—Recuerdo una celda.

Mitch no la tocó y tuvo que cerrar los puños para resistir la tentación de golpear algo o a alguien.

—Recuerdo que me encadenaron a una pared —prosiguió Simona—, como si fuese un animal, con una cadena alrededor del cuello y una en un tobillo. Y recuerdo

que me hacían cosas para ponerme furiosa, para ver si así me transformaba. Probablemente querían ver si era o no un guardián —los justificó con una frialdad que a Mitch le revolvió el estómago—. Supongo que al final se cansaron y decidieron sacarme provecho. Lo único que puedo hacer es extender las garras —se burló de sí misma.

—No eres un guardián —dijo él en voz baja, sin mostrarle ni lástima ni afecto; ella no quería ninguna de esas dos cosas en ese momento—. Eres una ilíada.

—¿Cómo lo sabes? —le preguntó, mirándolo con suspicacia.

—Esta mañana, cuando te has ido del hotel —no mencionó la nota de despedida que le había escrito— he llamado a Ewan. Ayer por la noche, cuando te quedaste dormida, hablaste en sueños. Primero pensé que era ruso, pero esta mañana me he dado cuenta de que repetías dos nombres: Ignaluk y Claire.

—¿Y? —Simona no recordaba haber dicho nada.

—Ewan me ha dicho que sólo una ilíada muy poderosa podría ponerse en contacto con Claire y averiguar su paradero.

—Quizá sea casualidad o no me entendiste bien. O tal vez lo dije porque se lo oí decir a Ezequiel y todo esto sea una trampa.

—Ewan también me ha dicho que el hecho de que fueses una ilíada explicaría muchas cosas. Al parecer, es muy poco frecuente que un guardián tenga hijas y todas tienen cualidades distintas entre sí. Y sé que no es una trampa.

—¿Cómo puedes confiar en mí? ¿Cómo? —le preguntó, intrigada y enfadada al mismo tiempo. Simona sabía cómo enfrentarse a la rabia, al miedo, al dolor, a la humillación, pero no tenía ni idea de cómo reaccionar ante la ternura, ni ante la fe ciega.

—Lo sé —dijo él sin más.

—¡Nada es tan sencillo, Michael! —Se puso en pie y bajó hasta la calle.

—No, no lo es —afirmó él, siguiéndola.

—Quizá me estás diciendo todo esto porque en realidad crees que sigo siéndole leal a Ezequiel y quieres que te lleve hasta él —aventuró ella, acelerando el paso.

—¿Se puede saber qué estás diciendo?

—¡Eso es! Seguro que tú y tus amigos creéis que sigo trabajando para ese bastardo y me estáis lavando el cerebro.

—¡Dios santo, Simona! ¿Quieres parar? —La sujetó por el antebrazo y ella se volvió y lo fulminó con la mirada—. Fuiste tú la que vino a Rusia y has sido tú la que ha encontrado a Vassa y ha averiguado lo que les sucedió a tus padres. ¿Cómo diablos íbamos Ewan o yo, o ninguno de nosotros, a programar tal cosa? Es imposible.

—Los guardianes llevan siglos detrás de Ezequiel, han tenido tiempo de sobra para orquestar esto y mucho más —insistió ella.

—Sí, pero lo que tú insinúas es imposible. Piensa, Simona. Piensa. El día que nos

conocimos en ese club, habrías podido matarme.

—Debería haberlo hecho —farfulló sin creerlo.

—¿Por qué no lo hiciste? —Al ver que ella se negaba a contestarle, insistió—: ¿Por qué?

—¡Porque no pude! —gritó, soltándose—. Dios, Michael —suspiró abatida—, ¿qué he hecho? Me he pasado toda la vida ayudando a ese monstruo. He matado...

—Chist —intentó tocarla, pero Simona volvió a apartarse y le dijo con la mirada que no se acercase.

—He matado a mucha gente —se obligó a decir—, probablemente tú tengas un par de expedientes por resolver encima de tu mesa de Londres de los que yo soy culpable. Es imposible que los guardianes me den una oportunidad; les he hecho mucho daño. —Tragó saliva y se frotó, nerviosa, una mejilla en la que había aparecido una lágrima—: Y tú tampoco deberías confiar en mí.

Simona le dio la espalda, se subió el cuello de la cazadora de cuero y echó a andar sin saber adónde iba. Michael le dio dos segundos de ventaja y luego fue tras ella. No la llamó por su nombre ni tampoco la tocó con la delicadeza con que solía tocarla. La sujetó por la nuca y la besó como nunca la había besado hasta entonces. Con los labios, le demostró que estaba dispuesto a enfrentarse a todos sus demonios y con la lengua la sedujo hasta que ella se rindió y respondió del mismo modo. La besó en medio de la calle nevada de San Petersburgo y esperó poder seguir besándola así hasta el día de su muerte, porque Simona era para él la única mujer por la que merecía la pena vivir. La besó y notó que a ella le temblaba el labio inferior al abrir la boca y que se estremecía al dejar paso a la lengua de él. Poco a poco, Michael fue aflojando los dedos con que la sujetaba, pero no para soltarla, sino para poder acariciar aquellos pómulos con los que ya no podía dejar de soñar. A medida que le recorría el rostro con los dedos, sentía cómo ella se ruborizaba bajo sus yemas y, cuando con el índice se topó con una lágrima, impregnó el beso de ternura para que Simona comprendiese que con él podía hacer lo que quisiera.

—Por esto confío en ti —le confesó, interrumpiendo el beso y apoyando la frente en la de ella—. Nunca me había enamorado de nadie y sé que ahora no estás preparada para escucharlo, pero te quiero. No, no digas nada. Te quiero.

Inclinó la cabeza y casi sonrió al notar que Simona levantaba levemente la suya para que él pudiese volver a besarla. Michael lo hizo, le dio otro beso y otro. Deslizó la lengua por el interior de su boca y gimió cuando ella hizo lo mismo en la de él.

—Te quiero y esto es lo que vamos a hacer ahora —le dijo, con la respiración acelerada cuando dejó de besarla por segunda vez—: Vamos a ir a Siberia y allí nos reuniremos con Dominic, Veronica y Kepler. A Dominic ya lo conoces, Veronica es una prima de Simon y una ilíada, como tú; seguro que podrá explicarte muchas cosas. Y Kepler es un soldado del ejército de las sombras que al parecer ha conseguido

escapar y ahora está ayudando a los guardianes.

—¿Un gladiador? Creía que eran sólo habladurías —lo interrumpió Simona, impactada y excitada al ver que Michael tomaba el mando de ese modo.

—No sé cómo se llaman, eso de los nombres raros os lo dejo a vosotros. Yo soy mucho más práctico. Tú y yo iremos a Siberia, ayudaremos a Dominic a rescatar a Claire y luego volveremos a Londres y me acompañarás a la boda de Ewan. Será nuestra primera cita. ¿De acuerdo?

Simona pensó en todo lo que acababa de averiguar. Su madre había muerto asesinada por los perros del infierno porque su padre, un guardián de Alejandría, la había echado de su lado al creerla infiel. Y la prueba de esa infidelidad era que su hija tenía garras de acero y una fuerza inusual, como él. Su padre enloqueció tras la muerte de su madre y, aunque a ella la buscó, terminó quitándose la vida antes de encontrarla. Y Simona se había criado con un monstruo que la había convertido en una asesina. Ahora, probablemente el que era el hombre más maravilloso del mundo le había dicho que la amaba y sí, quizá fuese una trampa, pero su recién recuperado corazón insistía en que no. Además, según le había dicho el propio Michael, Dominic, uno de los guardianes más temidos y respetados que existían, viajaba rumbo a Siberia con otra ilíada y con un gladiador. Si un guardián como Dominic había decidido confiar en un soldado del ejército de las sombras, quizá también estaría dispuesto a darle una oportunidad a ella.

—De acuerdo.

Ningún piloto del mundo habría podido aterrizar mejor de lo que lo hizo Sebastian. Después de lo que le había pasado a Veronica, pilotó con un único objetivo: que el avión se moviese lo menos posible para que la ilíada pudiese recuperarse cuanto antes. Él jamás lo reconocería en voz alta, por supuesto que no, pero ése era el único motivo por el que se enfrentó a aquella helada pista de aterrizaje como si le fuese la vida en ello.

En cuanto las ruedas de la nave se detuvieron del todo, Sebastian repasó hasta el último de los paneles antes de dar el visto bueno para abrir las puertas. Y le dijo a Dominic que se asegurase de que Veronica fuese muy bien abrigada. A ella no le dirigió la palabra.

Mitch y Simona los estaban esperando en el hangar. Michael estaba de pie frente a ella como si intentase protegerla, un gesto ridículo, sin duda, y completamente innecesario, pero que la reconfortaba. A Simona nunca antes la había protegido nadie y estaba dispuesta a hacer todo lo necesario para ser digna merecedora de tal gesto. Y la verdad era que estaba nerviosa y que tenía miedo de enfrentarse a los tripulantes de aquel avión, en especial a Dominic. A lo largo de su prolífica carrera como asesina del ejército de las sombras, se había tropezado varias veces con el guardián y éste se había ganado su respeto. Seguro que él la odiaba y la despreciaba. «Y con razón», pensó Simona.

Las puertas se abrieron y Dominic fue el primero en bajar, seguido por una mujer de aspecto juvenil e inocente, Veronica, y un hombre de actitud férrea y mirada letal, el soldado del ejército de las sombras, Kepler. El guardián era el único que los conocía a todos, así que era a él a quien correspondía hacer las presentaciones de rigor, pero antes de proceder, se tomó unos segundos para darle un abrazo a Mitch.

—Me alegro de que estés bien —le dijo Dominic, sincero.

—La encontraremos, Dominic, cuenta con ello —le prometió Mitch, haciendo referencia a Claire.

Los dos amigos se soltaron y el guardián vio que los otros miembros de aquella curiosa expedición se estaban midiendo con la mirada.

—Veronica, Sebastian —señaló a los interesados—, os presento a Simona Babrica, una cruz para los guardianes durante mucho tiempo, pero que ahora ha venido a ayudarnos.

»Babrica, ella es Veronica Whelan, una ilíada, pregúntale lo que quieras sobre vuestra especie. Él es Sebastian Kepler, un soldado que, igual que tú, ha visto la luz y ha cambiado de bando.

—Había oído hablar de vosotros, pero creía que no existíais —le dijo Simona a Sebastian.

—Yo creía que no existían ni los vampiros ni los hombres lobo y mira con quién estoy ahora —respondió él, irónico.

—Vaya, es todo un alivio ser el más normal del grupo. En la comisaría, siempre me tratan como si fuese un bicho raro —dijo Mitch para aliviar un poco la tensión.

—Porque lo eres, Buchanan —apuntó Dominic—. Ven conmigo un segundo, quiero que me hables de Ewan y de Julia y así los niños pueden jugar solos un rato.

—¿Estás seguro? —le preguntó Mitch en voz baja, enarcando una ceja.

—Claro. ¿Qué es lo peor que puede pasar?

—Ni te lo imaginas —contestó él, alejándose con Dominic de los otros tres.

En cuanto los dos se apartaron, Veronica se acercó a Sebastian.

—¿Pretendes ignorarme durante todo el viaje? —le preguntó—. Está bien —añadió con el cejo fruncido—, como quieras.

—Iré a por las bolsas —dijo Sebastian a modo de respuesta—. Tengo que comer algo. —No especificó que iba a buscar una de las bolsas de sangre que se había llevado para el viaje.

—Tiene que resultarle muy difícil —comentó Simona en cuanto Sebastian desapareció tras la bodega del avión—. La adicción a la sangre es muy poderosa, así es como Ezequiel mantiene leales a los soldados.

—Sí, lo sé. Y el muy terco se niega a hablar de ello —refunfuñó Veronica—. Lo siento, me temo que no he sido nada cortés contigo. Discúlpame.

—No, por favor. —Simona no se había sentido en absoluto maltratada—. Lo comprendo.

—Es que ese hombre me está volviendo loca —añadió Veronica.

—Sé de lo que hablas.

Y en ese preciso instante, nació la complicidad entre las dos mujeres y se sonrieron. Ninguna de las dos había tenido nunca una amiga con la que hablar de esas cosas.

—Ewan dice que tu padre fue un guardián y que tú eres una ilíada. —Veronica se atrevió a sacar el tema—. ¿Qué puedes hacer?

—¿Que qué puedo hacer? —le preguntó Simona, confusa.

—Sí, todas las ilíadas tenemos un poder especial. Yo puedo eliminar el dolor que siente otra criatura, un animal o incluso una persona, y absorberlo dentro de mí para que no sientan nada.

—¿Y eso no es peligroso?

—Mucho.

—Yo no sé qué puedo hacer. Sé que tengo esto —extendió las garras y vio que Veronica abría los ojos como platos— y que soy mucho más rápida y fuerte de lo

normal.

—Todas las ilíadas tenemos un don mental, por así llamarlo, pero si tú además tienes dones físicos, entonces es que eres muy poderosa.

—Quizá no tenga un don mental —sugirió Simona.

—Por supuesto que lo tienes; probablemente lo que pasa es que no sabes utilizarlo. Todas tenemos que aprender. Es normal, no te preocupes. Yo te enseñaré.

—¿Por qué estás tan segura de que tengo ese don del que hablas?

—Porque Ewan le dijo a Simon que sabías dónde estaba Claire. La única que había podido averiguar algo de su paradero había sido Maria y sólo porque su madre, Nina, una odisea que murió hace años, se lo contó en sueños. Además, antes de aterrizar, Dominic me ha explicado que, según tu reputación, parecías anticiparte a los movimientos de los guardianes.

—¿Adónde quieres llegar con esto?

—Creo que tu poder consiste en poder leerles la mente a los guardianes y a las odiseas, además de a los humanos; claro que con éstos no tiene demasiado mérito. Me parece que puedes comunicarte con Claire y que, por lo tanto, eres la única que puede decirnos dónde está y si está bien.

—Vaya, me quitas un peso de encima; y yo que pensaba que mi participación no iba a ser importante.

—No lo digo para presionarte, Simona; a mí también me gustaría que todo esto no hubiese sucedido —dijo extendiendo los brazos para abarcar el entorno—... o que hubiese sucedido más despacio, mejor dicho. Pero las cosas son como son, ya sabes.

—¿Y te fías de mí así, sin más? —preguntó, atónita, la asesina.

—Una ilíada tiene que fiarse de sus instintos y tú, aunque desconocías tu naturaleza, llevas años haciéndolo. Confiésalo. Tú sabes que de lo único de lo que puedes fiarte es de ti misma. Así que dime, Simona, ¿qué te dice tu instinto? Porque el mío me dice que me fíe de ti y que me dé prisa en encontrar a Claire cuanto antes porque aquí corremos peligro de verdad.

Simona miró los ojos de aquella joven tan descarada y directa y se dio cuenta de que había acertado en todo. Ella sólo se fiaba de su instinto y ahora quizá también del de Michael.

—Mi instinto me dice que me vaya de aquí cagando leches —contestó, sincera— y que quizá tengas razón y pueda ponerme en contacto con Claire.

—Así me gusta, bienvenida al club. —Le tendió la mano.

—Espero que no me echés por incumplir las normas. —Simona se la estrechó.

—Tranquila, todas lo hacemos.

—Ya estamos aquí —Dominic anunció su presencia y, junto a él, llegó también Mitch, que observó fascinado el intercambio entre Simona y Veronica.

—Ya era hora, Dom. No tenemos tiempo que perder. Y aquí hace un frío de

muerte —le dijo Veronica, abrazándose a sí misma.

—Ponte esto. —Sebastian le colocó encima su plumón—. Vamos, todavía tenemos que llegar al refugio.

Aunque no los había acompañado, Simon no había podido contener su necesidad de controlarlo todo y había planeado cada punto del viaje. Consciente de que en Ignaluk tendrían que enfrentarse a los soldados de Ezequiel y quizá también a sus nuevas creaciones, Simon se había encargado de alquilar o, mejor dicho, comprar, un pequeño refugio en esa parte de Siberia. Industrias Whelan siempre estaba interesada en hacer otra inversión inmobiliaria. Los cinco subieron al todoterreno negro que Mitch había conducido hasta allí y juntos se dirigieron al refugio en cuestión. La cabaña resultó ser un antiguo hotel que había cerrado por falta de clientes, algo más que comprensible y, por fortuna para los recién llegados, estaba totalmente equipado y tenía agua caliente y electricidad.

Dominic fue el primero en despedirse del resto; quería encerrarse en su habitación e intentar serenarse. Se había pasado todo el vuelo notando cómo le hervía la sangre, una sensación que, a pesar de los años que había vivido, no había sentido nunca. Cuando sucedió lo de Veronica se tranquilizó un poco, pues esa inquietud encontró una vía de escape y, por suerte, Sebastian no se dio cuenta de que su reacción no se debía únicamente al peligro que corría la ilíada, sino a algo más. El problema era que ni el propio Dominic sabía qué era ese algo más. Y no podía quitarse de la cabeza el comentario que le había hecho el exsoldado acerca de que con él se sentía cómodo, porque su presencia le recordaba a la de Ezequiel.

Dominic se negaba a reconocerlo, pero si cerraba los ojos y se imaginaba a sí mismo arrancándole la cabeza a uno de los distintos soldados que lo habían encerrado en los laboratorios de Vivicum Lab, se tranquilizaba. Y si se imaginaba torturándolo durante días, incluso sonreía. ¿Qué le estaba pasando? Él no era así. Sin duda no era un hombre totalmente inocente, en el transcurso de su larguísima vida había participado en muchas guerras, demasiadas, pero le gustaba creer que nunca había disfrutado causando dolor. En cambio, ahora sabía con absoluta certeza que sentiría un enorme placer al ver sufrir a cualquiera de esos soldados. O incluso a otros. Y quizá también a los humanos que... ¡En qué diablos estaba pensando! Los guardianes protegían a los humanos, ésa era su misión. «Pero hay algunos con los que podríamos hacer una excepción». Golpeó la mesa de la habitación con tanta fuerza que la partió en dos.

Veronica y Sebastian se fueron también a sus respectivas habitaciones, una para cada uno, pero cerca de la del otro. Ella fingió no darse cuenta de que él había esperado a elegir la suya a que ella se decidiese; luego, siguió ignorándola. Dentro de su dormitorio, Veronica se desnudó y se dio una ducha. Todavía estaba dolorida por lo

que había sucedido en el avión y el agua caliente la alivió un poco. Habían decidido que descansarían unas horas y que luego se reunirían en la recepción del hotel para decidir cuál sería su próximo movimiento. Ella sabía que tenía que dormir, que le hacía falta, pero también sabía que no conseguiría cerrar los ojos hasta asegurarse de que Sebastian estaba bien. Él no le abriría la puerta de su habitación sin más, necesitaba alguna excusa. Desvió la mirada hacia la izquierda y la encontró... Su chaquetón.

Una parte de Sebastian sabía que lo mejor para todos sería que se fuese de allí y no volviese nunca más. Ahora que Dominic contaba con la ayuda de Simona, él ya no era necesario. Sí, lo mejor sería que cogiese sus cosas y se largase. Entonces, ¿por qué había dejado el petate encima de la cama? Buscó el tabaco y encendió un pitillo; la nicotina quizá consiguiera quitarle el sabor de la sangre embolsada que había tenido que beberse para mantener la calma. Aunque no se veía capaz de reconocérselo a sí mismo, ver a Veronica prácticamente muerta en el pasillo del avión casi había acabado con él. Para siempre. Terminó el cigarro con un par de caladas y se desnudó furioso. Se metió en la ducha y dejó que el agua helada le golpease la piel.

Oyó una llamada en la puerta. En circunstancias normales, la habría ignorado, pero tan cerca de uno de los centros de Ezequiel, no se atrevió a hacerlo, podía ser importante. Cogió una toalla, se la colocó en la cintura y fue a abrir.

—Quería devolverte el chaquetón —dijo Veronica a toda velocidad, levantando la prenda en cuestión con la mano derecha.

Sebastian estaba chorreando en el umbral, acababa de salir de una ducha de agua helada, en el pasillo circulaba el aire cortante de Siberia y a él le quemaba la piel.

—No hacía falta —farfulló, arrancándole el chaquetón de la mano. Iba a cerrar la puerta, pero su propia boca se lo impidió—: ¿Te encuentras bien?

—Sí —contestó Veronica sin poder ocultar lo sorprendida que la había dejado su pregunta—, sólo estoy un poco dolorida. Mañana estaré bien.

Sebastian asintió y bajó la mirada al suelo.

—No deberías haberlo hecho —le reprochó.

—¿Siempre te sientes así? —le preguntó ella, aprovechando que parecía dispuesto a hablar.

—Es lo que me merezco —repuso, estoico.

—Nadie se merece eso, Sebastian.

—Podría haber dicho que no —le recordó él, haciendo referencia al día en que accedió a beber la sangre del soldado del ejército de las sombras.

—Elegiste sobrevivir, yo habría hecho lo mismo.

—Me alegro de que estés bien, Veronica.

Ella le sonrió lentamente y a Sebastian se le encogió el estómago.

—Es la primera vez que me llamas por mi nombre —señaló.

—No es verdad —se defendió él, a pesar de que sabía que sí lo era.

—Me gusta cómo lo dices.

—Vete de aquí, Veronica —replicó, sin poder evitar sonreír.

—Claro, Sebastian. Descansa un poco —añadió en voz más baja.

Volvió a su dormitorio con una sonrisa en los labios y, sorprendentemente, consiguió descansar. Él no tanto.

Michael y Simona no insultaron al resto del grupo ni a ellos mismos eligiendo habitaciones separadas. Desde el día en que Mitch llegó a Rusia dormían en el mismo dormitorio y en la misma cama, y ahora no iban a fingir lo contrario. Todavía no habían hecho el amor y, aunque Simona no tenía ninguna duda de que Michael la deseaba, también sabía que iba a esperar a que fuese ella quien iniciase aquel encuentro que cambiaría definitivamente su relación. O eso pensaba Simona.

Michael sabía que nada podía intensificar más lo que ya sentía por aquella mujer. O ilíada. O lo que fuese. Él siempre había sido un hombre sencillo, práctico y muy honesto con sus sentimientos y consigo mismo. Estaba enamorado de Simona. No sabía ni cómo ni por qué, pero lo estaba. Y era un sentimiento maravilloso.

Ella se desnudó y se puso una de las camisetas de él, un detalle que a Michael le parecía de lo más sexy. Al día siguiente, siempre se ponía la camiseta que había llevado Simona debajo de la suya, así tenía la sensación de tenerla más cerca. Probablemente, Ewan se reiría de él si lo supiese, y con razón, pero a Mitch no le importaba lo más mínimo. A diferencia de su amigo, él no tenía una mujer predestinada, él podía pasarse la vida entera sin enamorarse de nadie, sin sentir jamás aquella sensación, y haberla encontrado con Simona le parecía increíble. Fascinante. Imposible.

Aprovechó que ella estaba descansando para llamar a Ewan y comunicarle que el resto de la expedición había llegado sana y salva. El guardián le puso también al corriente de los pequeños avances que habían hecho con relación al pasado de Simona y al de su familia y todo coincidía con lo que el profesor Vassa le había contado a ella directamente. Los dos hombres se despidieron deseándose suerte y Michael se tumbó junto a Simona para rodearla con los brazos. Ella se movía nerviosa en sueños y él le acarició el pelo y la espalda para intentar tranquilizarla.

—¿Quién eres? —le preguntó a Simona la voz de una mujer en su sueño.

—¿Que quién soy yo? ¿Quién eres tú? Te has metido en mi cabeza. —Al parecer, incluso su inconsciente tenía mal carácter.

—Claire.

—¡Claire! —Simona no se despertó, algo le dijo que si lo hacía perdería aquel nexo de unión con la odisea a la que estaban buscando—. Me llamo Simona.

—¿Simona Babrica?

—¿Me conoces? —Estaba perpleja.

—Conozco tu reputación. Debí haber supuesto que eras una ilíada —añadió Claire al instante—. Me alegro de que por fin estés de nuestra parte.

—No sabía que estaba en el bando equivocado —se justificó ella.

—No te preocupes, lo importante es que no vuelvas a equivocarte.

—Claire, ¿estás bien? ¿Dónde estás?

—Cerca, muy cerca. Por eso tenéis que iros de ahí cuanto antes.

—¿¡Qué!?! Pero si venimos a salvarte.

—No os preocupéis por mí. Tenéis que llevaros a Dominic de ahí.

—¿Ezequiel te está torturando? Pues claro que te está torturando, por eso quieres que nos vayamos. Él te está obligando a que me lo digas.

—Tenéis que iros de ahí, Simona. Por favor. Llévate a Dominic y a los demás lo más lejos que puedas.

—Imposible, ese guardián está decidido a encontrarte.

—Dame unos días, creo que daré con la manera de escapar por mis propios medios.

—¿Y si te equivocas, y si...? No, no puedo correr ese riesgo.

—Simona, tenéis que iros de ahí. Dominic corre peligro.

—¿De qué diablos estás hablando? ¡Eres tú la que está prisionera de Ezequiel! Sé de lo que ese hombre es capaz.

—Por eso mismo debéis marcharos. Ezequiel no tardará en encontraros.

—¿Qué?

—Tiene ojos por todas partes, Simona.

Ella se peleó con las sábanas.

—¿Estás o no en Ignaluk? Al menos, confírmame eso, si no, no podré convencer a Dominic. —A ella siempre se le había dado muy bien negociar.

—Sí. Prométeme que os iréis —le pidió Claire.

—Prometo que lo intentaré. —Si lo que había oído de Dominic Prescott era verdad, no tenía ni la más mínima posibilidad de convencerlo.

—Intentaré ponerme en contacto contigo otra vez pero con las drogas me resulta difícil concentrarme. —La voz de Claire tembló dentro del sueño.

—¿Drogas? ¿Qué clase de drogas? —Simona conocía todas las tácticas de Ezequiel y convertir a sus presos en adictos a sustancias de su creación era una de las que más le gustaba practicar—. ¿Qué drogas, Claire?

—Viene alguien —susurró ésta—. Espero que... ¡Idos de ahí!

—¡Claire! —Simona se despertó gritando.

—Ya sabía yo que no podría resistir la tentación de volver a intentarlo, señorita London. Creía que recordaba lo que le pasó la última vez que se puso a charlar con una de sus amiguitas sin mi permiso. —Ezequiel chasqueó la lengua—. Me decepcionas, Claire, te hacía más lista. Mucho más lista. —Ezequiel le retenía el mentón entre el pulgar y el índice mientras ella estaba atada a una camilla de uno de los quirófanos que había en Ignaluk.

Claire intentó girar el rostro y él se lo impidió.

—Suéltame —dijo Claire con valentía, a pesar de la situación en que se encontraba.

—Me temo, querida, que eso no va a ser posible. Verás, he estado haciendo pruebas con tus últimas muestras de sangre —le explicó él, con la educación propia de un lord inglés— y creo que sé por qué ha empezado a cambiar.

—No tienes ni idea —le aseguró ella, apretando los dientes.

—Cierto, por ahora tan sólo es una teoría y creo que ha llegado el momento de ponerla a prueba. —Giró el taburete en el que estaba sentado hacia el par de soldados del ejército que estaban a su espalda—. Caballeros, sé que es tarde, pero ¿serían tan amables de ir al hotel que hay en la costa de Siberia a buscar a los invitados de la señorita London?

A Michael le dio un vuelco el corazón al oír el grito horrorizado de Simona. Se sentó a su lado en la cama e intentó tranquilizarla. Ella insistió en que no hacía falta, a pesar de que no podía dejar de temblar, y le exigió que se vistiese lo más rápido posible y fuese a buscar a los demás. Michael obedeció, porque sólo eso pareció calmar un poco a la ilíada, y fue primero a la habitación de Dominic. El guardián ya estaba vestido y salió al instante, juntos fueron a avisar a Veronica y a Kepler.

Cuando estuvieron todos en la recepción, Simona les contó lo sucedido sin apenas respirar y sin omitir ningún detalle. Ahora que ese grupo de gente había decidido darle una oportunidad, no iba a menospreciar la confianza que habían depositado en ella.

—Tenemos que ir a Ignaluk ahora mismo. No sabemos qué pueden estar haciéndole a Claire si saben que ha intentado ponerse en contacto con alguien —dijo Dominic, decidido.

—Si Claire se ha arriesgado tanto para avisarnos de que no vayamos, quizá deberíamos hacerle caso —sugirió Mitch.

—Tú quédate si quieres, yo me voy a esa isla —lo retó Dominic.

—No digas estupideces, Dom, si tú vas, vamos todos. Lo único que estoy

diciendo es que quizá deberíamos pensarlo un poco antes de ir.

—Mitch tiene razón, Dominic, podría ser una trampa. Ezequiel podría estar esperándonos —apuntó Sebastian.

—¿Y a ti qué te importa? Tú en el fondo eres uno de ellos —lo insultó Dominic, enseñándole los colmillos.

—¡Dominic Prescott! —exclamó Veronica horrorizada, tanto por el comentario de Dominic como por cómo éste había afectado a Sebastian—. ¿Qué diablos te pasa? —Se acercó al guardián y le colocó una mano en el hombro, y en cuestión de segundos la apartó como si se hubiese quemado—. ¿Dominic?

Veronica no daba crédito a lo que acababa de sucederle. Había tocado a Dominic convencida de que notaría la paz y la serenidad que sentía siempre que tocaba al guardián, pero lo que sintió fue odio y rabia. E ira. Con una intensidad que no había percibido jamás en otra criatura.

—Claire está encerrada en esa isla y están jugando con ella como si fuese una rata de laboratorio. No voy a esconderme en ninguna parte. ¿Entendido?

Veronica negó con la cabeza y se apartó. Quizá aquella ira tan profunda se debía únicamente a que estaba desesperado por reunirse con su alma gemela y porque sufría por lo que ella debía de estar pasando en aquellos momentos. Pero había algo más. Algo más espeso y mucho más oscuro. Sebastian se percató de la confusión de Veronica y, sin ser consciente de lo que estaba haciendo, se acercó a ella y se colocó a su lado. Ella tenía las manos en lo que había sido la recepción del hotel y con un dedo iba resiguiendo el dibujo de la madera. Él alargó un brazo para coger un mapa y le rozó la mano con la suya. Habría podido coger ese mapa desde cualquier otro lugar. Veronica levantó la cabeza y lo miró a los ojos. Y, aunque él intentó disimular, no lo consiguió del todo. Aquella rebuscada maniobra había sido su intento desesperado de consolarla.

—Si de verdad quieres ir a Igloolik —dijo Sebastian desplegando el mapa. Que le temblasen las manos era pura casualidad y consecuencia del frío que no tenía—, tienes que saber que, tal como ha tratado de advertirte Claire, Ezequiel tiene espías por todas partes.

—Dime lo que sabes —le ordenó Dominic en tono militar.

—Según los informes de Elliot —empezó Sebastian—, Ezequiel tiene hombres tanto en el puerto como en la única pista de aterrizaje de la isla. Podría intentar tomar tierra en otra parte, pero el terreno es complicado y probablemente lo único que conseguiríamos sería unos pocos minutos de ventaja. Y sólo lo lograría si dispusiéramos de un helicóptero.

—Hay dos en el hangar —informó Veronica—. Simon supuso que podrían sernos útiles.

—Ezequiel siempre viaja con un grupo reducido de soldados —explicó Simona

—, no le gusta que haya demasiada gente a su alrededor. Seis es lo más habitual. El centro de Igmaluk se construyó hace más de veinte años y eso juega a nuestro favor. Tiene un sistema de seguridad avanzado, pero no infranqueable.

—¿Cómo sabes que no lo ha modernizado? —le preguntó Veronica.

—Porque intenté convencerlo varias veces de que lo hiciese y siempre se negó. Ezequiel está convencido de que la propia naturaleza de la isla la hace de por sí inexpugnable.

—Y tiene parte de razón —aportó Mitch—. Por lo que he estado leyendo, esa isla es una trampa mortal. —Levantó unos mapas y unos documentos—. Está formada básicamente por acantilados y envuelta en una niebla perenne que dificulta el acceso de barcos y aviones, las temperaturas son heladas durante todo el año y los vientos huracanados soplan a diario. Hay incluso una leyenda que dice que los pocos esquimales que se atrevieron a vivir allí se pusieron clavos en las botas para no precipitarse al mar, que también está helado, por supuesto.

—¿Cuándo nos vamos? —insistió el guardián—, estamos perdiendo el tiempo.

—Me temo, Dominic, que nuestra visita a la isla va a tener que retrasarse —le dijo Sebastian, entrecerrando los ojos—. Tenemos compañía.

El grupo entero se puso en alerta.

—Cuatro soldados del ejército de las sombras —concretó Sebastian—, puedo sentirlos.

Mitch desenfundó la pistola y fue a su habitación a buscar el rifle que lo había acompañado por toda Rusia, así como las dos espadas de Simona. Veronica también fue a por su nueve milímetros; a ella no le gustaban las armas, pero en ocasiones como aquella le daba las gracias a su padre por haberle enseñado a utilizarlas. Y por haber insistido en que se apuntase a todos los cursos de defensa personal habidos y por haber. Dominic respiró hondo, cerró los ojos y bajó completamente las barreras de conciencia, otorgándole plena libertad al guardián. Lo había liberado en contadas ocasiones y siempre porque había sentido que era su responsabilidad hacerlo, pero esa noche lo hacía porque llevaba meses anhelando aquel enfrentamiento.

—Se están acercando —dijo Sebastian.

—Vendrán dos por delante —Simona señaló la entrada principal con una espada— y dos por la ventana lateral. Es lo que yo haría.

—¿No vendrá ninguno por detrás? —quiso saber Veronica.

—No, los soldados que yo he entrenado nunca contemplan la posibilidad de que se les escape un objetivo —explicó, arrepentida.

—No pienses en eso ahora, Simona —le pidió Michael—. Concéntrate, por favor.

Ella asintió y en ese mismo instante, la puerta de aquel bonito hotel salió volando por los aires.

Simona se colocó instintivamente delante de Veronica —la iliada era la menos

instruida en el arte de la guerra sucia— y levantó las dos espadas. Un soldado se acercó decidido hacia ella, Simona incluso creyó verlo sonreír. Iba a disfrutar matando a ese bastardo.

Sebastian le plantó cara a otro, un soldado perverso que hacía años que había perdido cualquier vestigio de humanidad. Durante la pelea, hirió a Sebastian en el pecho y la herida sangró profusamente. Él, que a diferencia de su contrincante llevaba años sin alimentarse del modo natural para los soldados —bebiendo la sangre de sus víctimas—, se mareó y se tambaleó.

—Vamos, traidor —le escupió el otro—, todavía estás a tiempo de remediarlo. Pídeme ayuda y te traeré el cuello de esa mujer. —Señaló a Veronica—. Seguro que si la dejas seca te recuperas.

Sebastian intentó hablar, pero sólo consiguió tener un ataque de tos, así que levantó una mano y, con dos dedos, le pidió al soldado que se acercase. El muy estúpido se agachó con una sonrisa de oreja a oreja; estaba convencido de que Sebastian había decidido rectificar y volver al redil. Éste le clavó un puñal, abriéndolo en canal. El soldado se desangró sobre él, que tuvo que hacer esfuerzos para quitárselo de encima, pero finalmente lo consiguió. Y cuando lo hizo, vio que Veronica lo miraba fijamente. Lo había visto todo.

Por su parte, Dominic estaba jugando con el soldado que había cometido el error de elegirlo a él como adversario. Iba torturándolo con las garras y, cada vez que el otro intentaba asestarle un golpe, él le cortaba un nervio o un tendón, o quizá un músculo. El soldado parecía un títere deformado e iba desangrándose por todo el vestíbulo del hotel mientras el guardián disfrutaba viéndolo morir.

—¡Dominic! —le gritó Mitch, que se estaba ocupando del cuarto, que se negaba a morir después de dos disparos—, ¡mátalo de una vez y ven a ayudarme!

El adversario al que se estaba enfrentando Michael era, sin que el policía lo supiese, superior al resto. Se trataba de un soldado completamente convertido, que viviría eternamente para servir a su señor Ezequiel. Las balas lo debilitaban, pero no para siempre y, con cada disparo que recibía, sólo aumentaban sus ganas de matar a aquel humano.

Simona se percató de lo que estaba sucediendo y decapitó en cuestión de segundos al soldado que tenía delante. Corrió hacia donde estaba Michael y cometió el error más grave que puede cometer un asesino a sueldo: revelar su debilidad.

El soldado que atacaba a Michael vio su reacción y la comprendió al instante. Entonces, se lanzó encima del policía como un poseso.

—¡No! —gritó Simona, horrorizada—. ¡No!

Le clavó una espada en la espalda, pero no antes de que el soldado atravesase el estómago de Michael con una ganzúa muy afilada. El soldado siguió retorciendo la daga a pesar de estar malherido y ella hizo algo que creía que no haría nunca: pedir

ayuda.

—¡Sebastian, Dominic, ayudadme!

Sebastian seguía sangrando, pero acudió al instante.

—¡Dominic! —gritó Veronica—. ¡Mitch se está muriendo!

Esa frase fue la única que sacó a Dominic de su estado; eliminó por fin al soldado al que habría podido matar varios minutos antes y fue a ayudar a su amigo. Levantó el cuello de la bestia que estaba encima de Mitch y lo degolló con sus garras.

—¡Quitádselo de encima! —pidió Simona, soltando sus espadas.

Dominic apartó el cuerpo sin cabeza y lo lanzó al suelo.

—¡Dios, no! —Simona se arrodilló junto a Mitch—. Michael, no te mueras. Por favor —le suplicó llorando.

—Chist, tranquila —susurró él, con las pocas fuerzas que le quedaban, y levantó una mano ensangrentada para acariciarle la mejilla.

—Déjame ver —dijo Veronica, acercándose.

—Ni se te ocurra, Veronica —le advirtió Mitch—. No lo superarías.

Ewan le había contado una vez a Michael en qué consistía el don de la prima de Simon y le había dicho lo peligroso que era intentar salvar a alguien de una muerte segura.

—Michael, tienes que ponerte bien —le rogó Simona, apartándole el pelo de la cara—. No me dejes, por favor.

Veronica intentó de nuevo acercarse, pero en esta ocasión fue Sebastian quien la detuvo, colocándole una mano en el hombro.

—Déjalos —le aconsejó y apretó la mano para intentar decirle sin palabras que no quería que ella corriera ese riesgo.

—Mitch, no puedes morirte —dijo Dominic, furioso consigo mismo por haber perdido el control y no haberse dado cuenta de que su amigo lo necesitaba—. No puedes —repitió—. No voy a permitirlo.

—No te preocupes, Dom, pero prométeme... —Se lamió el labio. Tenía la garganta tan seca que apenas conseguía abrirla lo suficiente para respirar—. Prométeme que cuidarás de Simona.

—No voy a permitir que mueras. Tú cuidarás de ella —repuso entre dientes—. He vivido más de mil años y sólo tengo cuatro amigos. No voy a perder uno así, sin más. No voy a permitirselo.

—¿A quién? —Veronica se dio cuenta del cambio en la frase—. ¿De qué estás hablando, Dominic? —Empezaba a estar preocupada por la salud mental del guardián.

—Antes, Mitch ha dicho que aquí los vientos huracanados eran frecuentes, ¿no?

—Sí —contestó Sebastian, presionándose la herida del torso.

—En seguida vuelvo —anunció Dominic, lacónico.

—¿Adónde vas? ¡Dominic! —Veronica se quedó mirando su espalda.

—No te mueras, Michael, por favor. No te mueras —repetía Simona una y otra vez—. No me hagas esto.

—Tranquila, cariño —la consolaba él.

—No. Si te vas, volveré con Ezequiel —lo amenazó.

—No es verdad —le dijo él con una sonrisa—. Te amo, Simona.

—Y yo... —Se secó las lágrimas, porque le caían a él encima—, yo no sabía que era capaz de amar hasta que te conocí. Te amo, Michael y si te mueres, iré a buscarte al infierno.

Un rayo iluminó el interior del hotel y los cuatro ocupantes del ensangrentado vestíbulo oyeron el grito de Dominic. Recitaba unas palabras en algún idioma muy antiguo, pero aunque no las entendían, a todos les quedó claro que el guardián estaba furioso.

—¡Lleváis siglos sin aparecer! —les reprochó Dominic a los dioses—. ¡Siglos!

Otro relámpago.

—¡Si alguna vez ha existido algún humano digno de convertirse en guardián, ése es Michael Buchanan! ¿Me oís? ¡He vivido más de mil años y nunca he conocido a un hombre tan leal y valiente como él!

Otro relámpago.

—¡Ha venido hasta aquí para ayudarme a salvar a una odisea! ¡Ha conquistado a una iliada que era la mejor asesina de Ezequiel! ¡A mí me sacó de esos laboratorios! Si él no se lo merece, ¿quién, entonces? ¡¿Quién?!

El cielo se puso completamente negro durante largos segundos y luego el viento volvió a soplar con normalidad. Dominic se quedó allí de pie y no reaccionó hasta que notó las gotas de lluvia.

—¡Dominic! —Era la voz de Veronica—. ¡Dominic, ven!

Él echó a correr.

—¿Qué pasa? —preguntó, nada más entrar en el hotel.

Veronica lo miró con los ojos llenos de lágrimas y le señaló a Mitch. Había sido en vano.

El guardián se arrodilló junto a Simona, cuyo rostro estaba surcado por las lágrimas, excepto por los trazos ensangrentados que habían dejado en sus mejillas los dedos de Michael. Le colocó una mano en la espalda y se quedó en silencio. Pasaron varios minutos, Sebastian y Veronica también se acercaron a ellos. Sabían que tenían que irse, pero ninguno parecía ser capaz de despedirse de Michael.

—¿Mitch tenía un tatuaje? —le preguntó Sebastian a Veronica.

—¿Qué has dicho? —Dominic fue el primero en reaccionar.

—Le he preguntado a Veronica si Mitch tenía un tatuaje. No pretendía ser irrespetuoso —añadió, creyendo que el guardián estaba ofendido, pero su reacción le

indicó que era todo lo contrario.

—No, Mitch no tenía ningún tatuaje —contestó Dominic sonriendo—, pero su guardián sí.

Los dioses lo habían escuchado.

Simona dejó de llorar y se atrevió a mirar el cuello de Michael. En él había aparecido el principio de un tatuaje, unas líneas negras que trazaban un símbolo hasta entonces inexistente. La marca de los guardianes. La marca que aparecía en éstos cuando encontraban a su alma gemela. Volvió a llorar, pero por otro motivo, y se agachó para ver si aquello era sólo fruto de sus más profundos deseos o si había sucedido de verdad.

—Michael —le susurró pegada a sus labios antes de darle un beso y, cuando él se lo devolvió, lo abrazó con todas sus fuerzas y lloró desesperada—. Michael.

—Si yo soy Blancanieves —le dijo él con una sonrisa, cuando Simona se apartó—, ¿significa que tú eres el príncipe encantado?

Ella sonrió y le respondió:

—No, significa que estaremos juntos para siempre. —Le dio otro beso y le dijo delante de todos que lo amaba.

A pesar de que, gracias a Dominic, Michael había conseguido engañar a la muerte, el recién estrenado guardián iba a tardar un tiempo en recuperarse de sus heridas. Y en acostumbrarse a su nuevo estado. Lo del tatuaje no le importaba lo más mínimo, al fin y al cabo, él era inglés y a sus compañeros de la comisaría siempre les había extrañado que no tuviese ninguno. Lo de las garras y los colmillos era un poco más complicado, pero seguro que con la ayuda de Ewan y de Dominic pronto se acostumbraría a ellos. Además, Simona estaba contenta y no dejaba de besarlo y de decirle que lo quería, así que supuso que había valido la pena. Qué diablos, volvería a hacerlo sin dudar.

Dominic insistió en que lo mejor para Mitch, y para el resto del grupo, era que, junto con Simona, se subiese al lujoso avión de Industrias Whelan y volviesen a Inglaterra. Allí, Michael podría recuperarse con normalidad y la familia Jura en pleno se desviviría por él. Y Simona podía serles de mucha ayuda. Si lo que había dicho ésta era cierto, y Dominic no dudaba que lo fuese, en la isla sólo quedaban dos soldados y Ezequiel. Y si Simona se quedaba allí, seguro que éste intentaría manipularla o, como mínimo, hacerla sentir culpable. No, lo mejor para todos era que ella y Michael volasen a Londres cuanto antes y, por eso mismo, Dominic hizo las llamadas pertinentes y en menos de tres horas la pareja estuvo lista para despegar.

A Simona la idea de alejarse lo máximo posible de Ezequiel y de estar con Michael a solas le parecía un sueño hecho realidad, pero no quería dejar allí a Veronica. Era la primera amiga que tenía y se sentía responsable de ella. Sin embargo, le bastó con mirar a Sebastian para saber que, si hacía falta, la protegería con su vida. Entonces, y sólo entonces, aceptó irse. Michael estaba tan cansado y malherido que no opuso ninguna resistencia. Toda una novedad para alguien como él.

En cuanto el avión despegó, Veronica se dirigió furiosa a Dominic.

—¿Se puede saber qué diablos te ha pasado en el hotel? Oh, no pongas esa cara, sabes perfectamente de qué te estoy hablando.

—Yo...

—Sí, has salvado a Mitch al exigirles a los dioses que lo convirtieran en guardián, pero antes, cuando te ha pedido ayuda durante la pelea, ni siquiera lo has oído, Dom.

—Lo sé —confesó, abatido—. Lo sé.

Dominic, Veronica y Sebastian habían llevado sus cosas hasta la pequeña cabaña que había junto al hangar. Ninguno quería quedarse en el hotel después de lo sucedido, y así podían descansar un poco y trazar un plan antes de ir a la isla en busca de Claire.

—Yo he sabido que se acercaban los soldados porque podía sentir su presencia —dijo Sebastian, metiéndose en la conversación—. No sé explicarlo, pero aunque ya no soy uno de ellos, es como si el ritmo de mi corazón se acompasase al suyo, como si todos formásemos parte de un organismo mayor que nosotros mismos. Cuando estoy cerca de Dominic me sucede lo mismo.

—Yo no soy un soldado del ejército de las sombras —contestó éste entre dientes—. Nunca lo he sido y nunca lo seré.

—Lo sé —concedió Sebastian—, pero quizá sí tengas algo que ver con Ezequiel. Espera un segundo antes de darme un puñetazo —añadió apresurado—, todavía me sangra la herida del pecho.

—¿Qué quieres decir, Sebastian? —le preguntó Veronica—. ¿Qué clase de relación puede tener Dominic con Ezequiel?

Sebastian suspiró y se sentó en un sofá con un estampado a base de renos. Precioso, muy adecuado a su entorno.

—La profecía —contestó a media voz.

—¿La profecía? —repitió Veronica, confusa.

—¿Acaso a los guardianes no os obligan a ir a clase de historia? —les preguntó Sebastian a los dos.

—La profecía de la llave del infierno —dijo Dominic, serio.

—Exacto.

—¿Tú crees que Dominic es la llave del infierno? —Veronica se esforzó por no reír—. Pero si eso es sólo un cuento para niños.

—Y eso lo dice la mujer que se metió en mi mente e hizo estallar el núcleo de mi dolor —le recordó Sebastian, con tono sarcástico—. Mira, precisamente nosotros sabemos que los cuentos tienen mucho de verdad. Elliot siempre ha creído que esa profecía es tan cierta como el resto de las historias de los libros de los guardianes. Sólo os pido que repaséis los hechos conmigo —insistió Sebastian—. El helicóptero no puede despegar con tanto viento, de alguna manera tenemos que pasar el rato.

—De acuerdo —accedió Dominic.

—Según la profecía, la madre de la llave del infierno será la única hija de la última guerrera, una descendiente directa de Gea y de Tetis. La madre de Dominic era humana y ayudaba a su padre con las hierbas, él mismo te lo dirá —expuso Veronica, desmontando la teoría.

—Soy adoptado.

—¿Qué has dicho? —No lo había oído bien. Imposible.

—Mi padre me lo confesó una noche. Hacía poco que mi madre había muerto víctima de unas fiebres y él se sentía culpable. Y solo. Apenas dormía y se pasaba casi todas las noches sentado frente a la cama, tocando el camisón de mi madre. Yo iba a hacerle compañía, aunque a veces él prefería estar solo. Una noche, de repente,

me dijo que yo era lo mejor que les había sucedido en la vida, que había sido un regalo de las diosas. Yo le dije una frase estúpida acerca de que todos los hijos son un regalo de los dioses, pero mi padre me dijo que yo lo era realmente. Él era guardián y mi madre humana y, poco después de casarse, ella se puso enferma. Mi madre no podía concebir y ambos se resignaron a no tener descendencia y mi padre se dedicó en cuerpo y alma a ayudar a los demás con sus conocimientos. Una noche de invierno, apareció una mujer muy hermosa en su puerta, una diosa, según él, y les entregó un bebé —Dominic se señaló a sí mismo— y les dijo que lo cuidaran, porque era un guardián que había perdido a toda su familia.

—Dios mío —farfulló Veronica—. No lo sabía.

—No lo sabe nadie. Mi padre no volvió a mencionar el tema nunca más y yo siempre me he sentido su hijo, así que nunca se lo había contado a nadie. En realidad, es algo en lo que no pienso nunca, pero ahora, con lo que ha dicho Sebastian..., lo he hecho.

—¿Qué más dice la profecía? —Sebastian quería repasar todos los puntos.

—Veamos —prosiguió Veronica—, la profecía dice que ese guardián poseerá la llave para abrir el infierno y dejar el mal en libertad o encerrarlo allí para siempre.

—Yo no tengo ninguna llave —repuso Dominic.

—El guardián es la llave —lo corrigió Sebastian—. ¿Acaso tampoco os enseñan literatura? El guardián es la llave, él es el único que puede encerrar el mal o quien puede dejarlo en libertad. Y, para hacer eso, esa llave tiene que ser capaz de reconocer tanto el mal como el bien. Tiene que ser una llave maestra. Tiene que tener un lado bueno, sin duda, pero también un lado malo. La cuestión es que al final venza el correcto.

—¿Adónde quieres llegar? —le preguntó Dominic.

—En mi experiencia, la mayoría de guardianes hacen básicamente el bien; sí, no digo que alguno no tenga alguna multa pendiente en alguna parte, pero sólo son tonterías. Tú, en cambio, hoy mismo has disfrutado torturando a ese soldado y ahora te encantaría darme una paliza —añadió, al ver el modo en que lo estaba mirando—. Estoy convencido de que si Veronica no estuviese aquí, ya me habrías dado un puñetazo. —Vio que Dominic abría y cerraba el puño—. ¿Me equivoco?

—No —reconoció el otro entre dientes, antes de que Veronica saltase a defenderlo.

—Dios mío —susurró la ilíada.

—Sigamos —dijo el guardián, manteniendo un férreo control sobre sí mismo.

—La llave vivirá en soledad —recitó Veronica, y al ver que Dominic levantaba las cejas para señalar lo evidente, siguió—: hasta que encuentre a su alma gemela. La luz que lo guiará...

—No quiero señalar lo obvio, pero Claire significa algo parecido a luz en francés.

—Dios mío, y la profecía termina diciendo que sin su luz, la llave está perdida —concluyó Veronica.

—Sin ella —recordó Sebastian—, el infierno tentará al guardián y lo llevará hasta el mal. Según Veronica, últimamente no pareces tú mismo, Dominic. Tus amigos parecen creer que eres una especie de santo, un hombre afable y sabio, pero el hombre que yo he visto estos días es impetuoso, sanguinario y autoritario. Y estoy siendo objetivo, créeme.

—Tenemos que encontrar a Claire —sentenció el guardián, sintiendo una opresión en el pecho.

—En seguida —agregó Veronica.

Si Sebastian estaba en lo cierto, y todo indicaba que así era, Claire era la única que podía ayudar a Dominic a elegir el camino correcto. Y la vida de todos dependía de ello.

—Y creo que ya sé cómo dar con ella —le dijo entonces Sebastian—. Voy a entregarte a Ezequiel.

—Escúchalo, Dominic —le indicó Veronica viendo que éste entrecerraba los ojos, que cada vez eran más negros—. Piensa en Claire —añadió, para asegurarse de que Dominic tenía en cuenta el plan de Sebastian.

—Según ha dicho Simona, en la isla hay, como mínimo, dos soldados más y el propio Ezequiel —recapituló Sebastian—, pero no podemos descartar la posibilidad de que ese bastardo haya decidido traerse a uno de sus nuevos monstruos.

—Cierto —convino Dominic.

—Sé que entre los tres podríamos ocuparnos de ellos, pero no podemos olvidarnos de lo más importante. —Sebastian hizo una pausa y esperó a tener toda la atención de Dominic y de Veronica.

—¿Qué es?

—Claire. Ezequiel sabe que vas a buscarla; de hecho, estoy convencido de que la está utilizando como señuelo. Si entramos allí por las malas, le bastará con coger a Claire y amenazarte con matarla y tú te rendirás... o perderás completamente el control y terminaremos todos muertos —añadió Sebastian, completamente serio.

—¿Y crees que entregarme directamente a él es mejor opción? —le preguntó Dominic, sarcástico.

—En todos mis años de experiencia militar he aprendido dos cosas: la primera es que el elemento sorpresa es fundamental —respondió Sebastian.

—¿Y la segunda? —quiso saber Veronica, fascinada por aquel hombre tan dispuesto a luchar. El Sebastian de hacía unos días los habría dejado tirados en aquel hangar.

—La segunda es que siempre tienes que aprovechar las debilidades de tu enemigo.

—Ezequiel no tiene ninguna debilidad —le recordó Veronica.

—Oh, sí que las tiene —sonrió Sebastian—: su ego y su orgullo. No es que quiera presumir, Dios sabe que no me siento orgulloso de lo que hice durante esa época, pero cuando me convertí en soldado del ejército de las sombras fui de los mejores —confesó, apartando la mirada de Veronica—. Y sé que, cuando me fui, tanto mi superior como el mismo Ezequiel se pusieron furiosos. Éste está convencido de que los gladiadores acabaremos todos muertos o locos al intentar vencer la adicción a la sangre y se toma cada deserción como una ofensa personal. Y se ha encargado de hacernos saber que jamás nos permitirá volver, a no ser que sea suplicando.

—Vas a hacerle creer que quieres volver a ser un soldado —dedujo Veronica con acierto— y le ofrecerás a Dominic para convencerlo de que te dé otra oportunidad.

Se llevó la mano a los labios y notó que se le revolvía el estómago. Podía sentir el miedo y la angustia que Sebastian se había encargado de omitir en su explicación. Él sabía que su plan tenía sentido y que les ofrecía la ventaja que tanto necesitaban del elemento sorpresa, pero al mismo tiempo tenía miedo de caer en la tentación. Era igual que mandar a un ex alcohólico a una licorería.

—Es peligroso —sentenció Dominic y ella tuvo un mal presentimiento.

—Lo sé —dijo Sebastian.

—Puede funcionar. —Las palabras del guardián justificaron el mal presagio de la iliada.

—Tú y yo cogeremos un helicóptero en cuanto amaine el viento y nos dirigiremos a la isla —planeó Sebastian mirando a Dominic, después se volvió hacia Veronica—. Dijiste que sabías pilotar un avión, ¿no? Un helicóptero es mucho más fácil.

—Ella nos seguirá más tarde en el segundo helicóptero —intervino Dominic, adivinando su plan.

—Sí, cuando Veronica llegue a la isla, tú y yo tendremos a Ezequiel y a sus soldados ocupados dándote la bienvenida.

—Y así ella puede buscar a Claire —terminó el guardián.

—Los dos estáis locos —musitó la joven—. Mientras el uno terminaba la frase del otro, yo he perdido la cuenta de la cantidad de cosas que pueden salir mal. Es una locura.

—No, no lo es, Veronica. Ezequiel lleva años detrás de mí —le dijo Dominic.

—Y no podrá resistir la tentación de verme humillado y suplicando —añadió Sebastian.

—¿Y si no se lo traga? ¿Y si no llego a tiempo de evitar una tragedia? ¿Y si...?

—No tenemos elección, Veronica. Claire está en peligro y, en cuanto Ezequiel vea que los soldados que vinieron a buscarnos no vuelven, sabrá que no he venido solo y podría decidir irse de Ignaluk.

—Y entonces volveríamos a perder a Claire —dedujo ella, resignada—. De

acuerdo. Está bien. Os ayudaré con una condición.

—¿Una condición? —repitió Dominic, enarcando las cejas.

—¿Qué condición? —Sebastian tuvo un escalofrío.

—No podemos llevar intercomunicadores. Lo primero que hará Ezequiel cuando lleguéis será cachearos y dejaros sin móvil y sin armas —explicó Veronica.

—Cierto —convino el guardián.

—Pero no me gusta ir a ciegas —prosiguió ella, mirando sólo a Dominic; si miraba a Sebastian no podría terminar—. Necesito poder comunicarme con vosotros, al menos con uno.

—Dime que no estás insinuando lo que me estoy imaginando —le dijo Dominic, comprendiéndola.

—Es el único modo, Dom —contestó, rotunda.

—Pues entonces lo haré yo —ofreció el guardián—. No dejaré que lo hagas tú.

—Tú no puedes hacerlo, Dominic. Piensa en lo que ha dicho antes Sebastian: si de verdad eres la llave del infierno, no podemos correr el riesgo de que Ezequiel lo sepa.

—¿De qué diablos estáis hablando? —les preguntó el soldado, que no había entendido ni una palabra.

Dominic y Veronica mantuvieron un duelo de miradas hasta que el primero entendió que la fiera ilíada no iba a retroceder.

—Díselo tú —le ordenó Dominic, letal—, yo iré a asegurarme de que los helicópteros están listos. Os espero en el hangar.

Veronica asintió y esperó a que cerrase la puerta de la cabaña.

—¿Vas a contarme de qué estabais hablando o voy a tener que imaginármelo? —le preguntó Sebastian al ver que ella movía nerviosa las manos sin decir nada.

—La sangre de los guardianes y de las ilíadas es especial —dijo Veronica. De alguna manera tenía que empezar y aquélla era tan buena como cualquiera.

—Lo sé, una vez vi a un guardián regenerar un brazo entero, pero ¿qué tiene esto que ver con lo de ir a la isla?

—Nuestra sangre no sólo nos permite curarnos con más facilidad, sino que además nos une entre nosotros.

—Yo también he visto *Avatar*. Ve al grano. —Sebastian empezaba a ponerse nervioso. ¿Por qué no lo miraba a los ojos? Veronica siempre lo miraba a los ojos.

—Si bebes mi sangre, tú y yo podremos comunicarnos telepáticamente —soltó sin respirar.

—¡NO! —replicó él de inmediato, a pesar de que se le aceleró el corazón sólo con pensarlo.

—Tienes que hacerlo, Sebastian —insistió ella, acercándose.

—No, no tengo que hacerlo. —Se puso en pie y aumentó de nuevo la distancia

entre los dos—. No es necesario que estemos comunicados —afirmó, aunque sabía que sí lo era—. Podemos utilizar los pinganillos que llevamos en el equipo.

—Ezequiel sabe cómo localizarlos y te los quitará al instante. Y, si los ve, sabrá que es una trampa y no confiará en ti. Tienes que ir sin pinganillo, Sebastian, lo sabes perfectamente.

—No pienso beber tu sangre —repuso en voz alta y firme para convencerse a sí mismo tanto como a ella.

—Tienes que hacerlo —repitió Veronica.

—Beberé la de Dominic —ofreció angustiado.

En su mente, había decidido que cualquier cosa era preferible a beber su sangre, porque el sabor de cualquier otra sangre podría olvidarlo, pero el de ella no.

—No, imposible.

—¿Por qué? —exigió saber, desesperado por encontrar el modo de no confesar sus verdaderos temores.

—Porque Ezequiel puede entrar en la mente de sus esclavos —contestó Veronica triste.

—Crees que puedo volver a recaer —comprendió, decepcionado. Creía que la iliada confiaba en él.

—No —negó ella al instante—. Sé que no recaerás, Sebastian —le dijo, mirándolo por fin a los ojos—. Pero si Dominic es la llave del infierno, no podemos correr ningún riesgo.

—Comprendo —dijo él.

Los dos se quedaron en silencio y se dieron cuenta de que el vendaval había amainado. No tenían tiempo que perder.

—¿Lo harás?

Sebastian suspiró y recordó los largos meses de calvario que había tenido que superar antes de lograr vencer su adicción a la sangre. Recordó la cantidad de veces que se sintió tentado de volarse la cabeza y lo mucho que había tenido que luchar contra sí mismo para no hacerlo. Elliot siempre decía que todo lo que habían logrado cualquiera de ellos podían perderlo en un segundo; lo único que hacía falta eran unas gotas de sangre. Y ahora iba a beber la sangre de la primera y única mujer que había conseguido recordarle que tenía alma.

—Lo haré.

Veronica se acercó a Sebastian, que seguía de pie frente a la desvencijada mesa de la cabaña. Estaba nerviosa, pero intentó ocultarlo para no aumentar la presión que sin duda él sentía. Sabía que ni Dominic ni ella tenían derecho a pedirle que hiciera tal sacrificio, pero también sabía que no podían ir a esa isla separados.

Veronica no se lo había dicho al guardián y no tenía la más mínima intención de decírselo a Sebastian, pero su instinto de iliada le decía que era vital que éste bebiese su sangre; y no sólo para la misión, sino para él y para sí misma. En los pocos días que habían pasado juntos, Veronica había comprendido por fin lo que sintió aquel día en Japón que la impulsó a viajar hasta Canadá. Al principio, había creído que era el ataque de Simon, su primo y ella siempre habían estado muy unidos; después conoció a Sebastian y dedujo erróneamente que había sido el dolor del soldado lo que la había atraído hasta allí. Ahora sabía que había sido ella, su iliada. Ésta siempre había sabido que se enamoraría de Sebastian Kepler, de su valentía, de su estropeado pero recompuesto código de honor, de su corazón, que él creía haber perdido para siempre. Por eso nunca había sentido nada por ningún hombre, ni por ningún guardián, porque estaba destinada a amar a un ser mucho más complejo e imperfecto. El único capaz de amarla como ella necesitaba. Pero no podía decirle nada de eso a Sebastian. Entonces no, y quizá nunca.

Se detuvo frente a él y notó la tensión que desprendía el cuerpo del soldado. Parecía un reo sentenciado al fuego eterno. Levantó una mano y le acarició la mejilla; Sebastian se apartó al instante.

—¿Cómo quieres hacerlo? —le preguntó él, fingiendo que la caricia no había existido—. Seguro que hay un vaso por alguna parte. Podrías cortarte un poco la muñeca...

—Tienes que morderme el cuello, Sebastian. Para que se cree la unión, tienes que beber la sangre directamente de mi cuerpo.

—Dios mío —masculló él.

Veronica volvió a acercársele y le rodeó la cintura con los brazos. Él no se apartó, pero tensó la espalda como un arco listo para disparar y no hizo ningún intento de inclinar la cabeza. Ella levantó el rostro para mirarlo.

—Yo nunca he compartido mi sangre con nadie —le dijo.

—Es muy noble de tu parte que quieras ayudar a...

—No lo hago por eso —lo interrumpió Veronica—. Si no fueras tú, estoy convencida de que se me habría ocurrido alguna otra solución.

—No tenemos por qué hacer nada, puedo decirle a Dominic que te he mordido y

no hacerlo —le ofreció él.

—No me has entendido, Sebastian. —Se puso de puntillas y le susurró al oído—: Quiero hacerlo.

Él se estremeció y ella notó que se le aceleraba la respiración.

—No puedo —confesó entre dientes, con los ojos cerrados—. No puedo, Veronica. No me pidas que lo haga. Por favor.

Ella levantó una mano y le acarició la cara, y Sebastian se lo permitió.

—No tengas miedo, no vas a recaer. Te lo prometo.

—¿Cómo lo sabes? —Giró el rostro a un lado para no mirarla. Veronica lo abrazaba como si sintiera algo por él, pero si la mordía y bebía su sangre, ella se metería en su cabeza y, cuando viera lo horrible que era en realidad, ya no volvería a acercársele. «Es lo que te mereces».

—Confío en ti.

—¿Y si cuando empiece a beber no soy capaz de parar? ¿Y si paro pero luego decido que lo de las bolsas de sangre ya no es para mí y os traiciono a ti y a Dominic? Soy capaz de hacer eso y mucho más. Ni te imaginas lo que llegué a hacer durante mis primeros meses en el ejército de las sombras.

—Escúchame bien, Sebastian, yo confío en ti. Pero en caso de que intentes propasarte, sé defenderme. —Bajó la vista hacia la pistola que llevaba en la cintura del pantalón—. Y si intentas traicionarnos, lo sabré al mismo tiempo que tú y podré reaccionar. Pero no lo harás.

—¿Cómo...?

Veronica lo sujetó por la nuca, tiró de él hacia abajo y lo besó. Para ser un hombre de acción, Sebastian estaba tardando demasiado en decidirse y ella llevaba días muriéndose por aquel beso.

En cuanto los labios de Veronica tocaron los suyos, Sebastian perdió el poco autocontrol que le quedaba y se rindió a los anhelos de su corazón. Su lengua era suave y ardiente al mismo tiempo, inocente y seductora. Sus dedos jugaban con los cabellos de su nuca y Sebastian sintió que le ardía toda la espalda. Ella lo había empezado, pero el deseo corrió a tanta velocidad por las venas de él que no tuvo más remedio que tomar el control del beso. Necesitaba besarla, consumirla, devorarla. Llevaba meses creyendo que había perdido su alma al entrar en el ejército de las sombras, cuando en realidad ahora ella se la estaba robando. Al ejército había sido capaz de traicionarlo, de abandonarlo. De Veronica no desertaría jamás. Antes la muerte. Veronica era el mundo en el que quería perderse, el sueño que quería invadir cada noche, la mujer que quería poseer hasta el fin de los días. Por ella renunciaría a todo y nunca se arrepentiría de ello.

Se apartó un poco. Si los dioses sólo iban a regalarle aquel instante, tenía que saber qué se sentía al besarle los pómulos, los párpados, el cuello... Le recorrió la

mandíbula con la lengua y los colmillos se le extendieron hasta rozar la suave piel.

—Sebastian —susurró Veronica, estremeciéndose.

Él siguió con su lenta exploración y le besó la oreja. Se estaba torturando más a sí mismo que a ella, pero si Ezequiel lo mataba al llegar a la isla, se llevaría el sabor de Veronica en su memoria. No la olvidaría hasta consumirse en el infierno. Le deslizó la lengua por las sienes y dejó que ella notase sus colmillos. Las puntas estaban ahora tan afiladas que seguro que aunque no la mordiese le dejarían una pequeña marca. Pensar eso, imaginársela llevando una señal en su cuerpo que la identificase como suya, lo llevó al límite, pero se obligó a mantenerse quieto. Y entonces notó que ella tiraba de nuevo de la nuca de él. Y se rindió.

La mordió y cuando las primeras gotas de sangre de Veronica inundaron sus papilas gustativas, Sebastian se sintió morir y renacer al instante. Bebió despacio para no hacerle daño y para alargar lo máximo posible lo que para él era la sensación más maravillosa que había sentido en mucho tiempo. No podía haber nada mejor que aquello, pensó. Y medio minuto más tarde supo que estaba equivocado. Ella suspiró de placer y empezó a acariciarle la nuca y la espalda y a susurrarle palabras cariñosas. Y entonces sí que supo que con Veronica a su lado cualquier momento sería el más maravilloso del mundo y que sin ella no podría ni querría existir.

Veronica lo notó temblar y, acto seguido, las manos de Sebastian se aferraron a ella con desesperación. Lo oyó incluso gemir, pero no tanto de placer, aunque sin duda también lo estaba sintiendo, como de miedo. Como un suspiro.

—Sebastian —susurró, acariciándole de nuevo el pelo—, estoy aquí.

Él la abrazó con todas sus fuerzas y dejó de morderla para besarla. Necesitaba besarla, pero tras apartar los colmillos de su cuello se quedó inmóvil. Seguro que tenía sangre en los labios. Seguro que ella ahora vería que era un monstruo. Intentó prepararse para el rechazo. «Al menos la has besado». Veronica lo miró a los ojos y, sin decirle nada, dejó que Sebastian viese todo lo que sentía por él.

—Veronica —suspiró antes de besarla y, cuando ella le devolvió el beso y le recorrió los colmillos con la lengua, entendió por qué había hombres dispuestos a morir por una mujer. Él no sólo estaba dispuesto a morir por aquella, sino también dispuesto a matar—. Veronica.

Ésta siguió besándolo hasta que sintió que si seguían adelante no lo dejaría marcharse en aquel helicóptero sin ella a su lado, y entonces se apartó.

—Tienes que irte —le susurró, sin dejar de abrazarlo—. Prométeme que tendrás cuidado, Sebastian, y que confiarás en ti.

—Te lo prometo —dijo él tras un suspiro—. ¿Te he hecho daño?

—No, de modo que procura seguir así, ¿entendido?

—Entendido. —Le estampó un beso en el pelo y la soltó.

Veronica dio un paso atrás y lo miró. Sonrojado, Sebastian parecía mucho más

joven de la edad que tenía e intentó imaginarse qué clase de hombre sería si los esbirros de Ezequiel no lo hubiesen capturado. «Igual de guapo, pero mucho menos complicado». No, ella se había enamorado de aquel Sebastian y no lo cambiaría por nada del mundo, ni siquiera por él mismo sin la marca del ejército de las sombras en el cuello.

Sebastian cogió su mochila con el equipo de supervivencia y se dirigió hacia la puerta. Si volvía a besarla, jamás saldría de aquella cabaña.

—¿Veronica?

—¿Sí?

—Si me sucede algo en la isla...

—No te sucederá nada.

—Si me sucede algo en la isla no intentes ayudarme. Ni siquiera te acerques a mí. Prométemelo.

—No te sucederá nada —insistió ella—. Yo saldré dentro de media hora y buscaré a Claire mientras vosotros entretenéis a Ezequiel. Tal como hemos planeado.

—Prométemelo, Veronica.

—Te lo prometo.

Sebastian suspiró aliviado y abrió la puerta.

—Contéstame a una cosa antes de irte. ¿Por qué nunca utilizabas mi nombre antes?

—Es una tontería —dijo él, nervioso y avergonzado de que ella se hubiese dado cuenta de ese detalle.

—Cuéntamelo de todos modos.

—De pequeño leí un cuento de un niño que coleccionaba nombres. Yo solía ir a la biblioteca para no estar en casa y la verdad es que leía de todo, pero ese cuento fue siempre uno de mis preferidos. El niño apuntaba los nombres que más le gustaban en un cuaderno y luego los utilizaba para otras cosas, por ejemplo, a su muñeco preferido lo llamaba señor Thomas, porque ése era el nombre de su profesor y cosas por el estilo. En fin... —Se pasó nervioso una mano por la nuca—. Yo pensé que era una gran idea y decidí empezar mi colección de nombres, pero pronto me di cuenta de que no tenía ninguno. Con los años, me olvidé del tema, pero cuando te conocí pensé que Veronica podía ser el primer nombre de mi colección. Y me dio rabia. Allí estaba yo, en aquel pasillo del hospital de Vancouver, ocultándole a mi mejor amigo que me había convertido en un soldado del infierno, y entonces apareciste tú. Creo que fue entonces cuando me arrepentí de verdad de no haber muerto en Irak.

—No digas eso, Sebastian —le pidió ella, fascinada por la historia y porque él se hubiese atrevido a contársela.

—Por eso nunca decía tu nombre. Supuse que así podía seguir ignorando que quería que fuese el primero de mi colección.

—¿Y ahora?

—Ahora no puedo seguir ignorándolo —confesó apesadumbrado—. Será mejor que me vaya. —Levantó el pulgar para señalar hacia afuera.

—Claro —convino ella.

—¿Cómo sabré si ha funcionado? —le preguntó antes de salir haciendo referencia al mordisco y a la sangre que todavía notaba deslizándose por sus venas.

—Lo sabrás —le contestó Veronica con una sonrisa.

Sebastian cerró la puerta y corrió hacia el hangar. Cuando llegó, Dominic ya tenía el helicóptero en marcha y se había ocupado de repasar el motor y el carburante.

—¿Todo bien? —le preguntó el guardián enarcando una ceja.

—Sí, Veronica nos seguirá dentro de media hora —respondió él, que todavía no estaba listo para compartir aquella experiencia tan íntima con nadie—. Será mejor que te ponga las esposas ahora —dijo—. Si Ezequiel nos intercepta antes de que lleguemos, jamás se creará que seas mi prisionero si no vas esposado.

Dominic extendió los brazos y le ofreció las muñecas, aunque con la mirada le dejó claro que no le hacía ninguna gracia volar maniatado.

—Lo siento —musitó Sebastian.

—Será mejor que cojas los mandos del helicóptero antes de que pierda el control del guardián. Tienes razón, cada vez me cuesta más dominar su ira. Ahora mismo, creo que podría arrancarte la cabeza.

—Gracias por la advertencia —contestó Sebastian, poniéndose el casco y sentándose en su puesto.

Dominic, como buen prisionero, se sentó detrás.

«Llevo cinco minutos en el aire y ya echo de menos el sabor de sus labios».

—¿Has dicho algo? —le preguntó Sebastian a Dominic a través del micrófono de los auriculares que ambos llevaban.

—No, nada —contestó el guardián—. Habrá sido Veronica.

—*He dicho que yo también echo de menos el sabor de tus labios* —le dijo Veronica a Sebastian dentro de su cabeza.

Había funcionado.

A Sebastian se le iba acelerando el corazón a medida que iban acercándose a Ignaluk. Podía sentir la presencia de Ezequiel y de la maldad que lo envolvía más y más cerca y tenía miedo de que volviera a engullirlo. Por suerte para él, la ventisca y la poca visibilidad lo mantuvieron ocupado y no tuvo más remedio que concentrarse en pilotar el helicóptero. Tras un par de maniobras bruscas y forzadas por los elementos, vislumbró la pista de aterrizaje y, cuando inició la maniobra de aproximación, también vio el coche que los estaba esperando. Advirtió a Veronica y a Dominic, pero el guardián ya lo había visto y se le estaban extendiendo las garras. Sebastian no era

el único al que le estaba afectando llegar a aquella isla.

Consiguió tocar tierra y apagó el motor con tranquilidad, quitándose el casco con la misma calma. Luego salió de la cabina con la actitud insolente propia de los soldados del infierno y tiró de las esposas de Dominic para sacar al guardián con malos modos. Por el momento todo iba bien.

«Al menos no nos han pegado un tiro», pensó.

—*No tiene gracia* —le contestó Veronica en su mente.

—¡Alto ahí! —le ordenó el soldado que estaba de pie frente al coche negro que había en la pista.

Sebastian obedeció y vio que el otro iba a abrir la puerta trasera. Ezequiel. Su mera presencia infundía terror, aunque al mismo tiempo tenía que reconocer que exudaba sensualidad. Por eso tantos hombres y mujeres caían en sus redes. El mal era mucho más tentador que el bien.

«Para mí ya no».

—Vaya, vaya, Sebastian Kepler. Me habían dicho que ya no contábamos con tus simpatías —le dijo Ezequiel, recorriéndolo con la mirada.

—Me tomé unas vacaciones, estaba harto de pudrirme en el desierto y de matar sabandijas —contestó él sin inmutarse.

—¿Y has decidido volver? —preguntó Ezequiel, incrédulo y mirándose el carísimo reloj que llevaba en la muñeca.

—Sí, pero quiero más.

—¿Más qué? —preguntó Ezequiel, ahora intrigado de verdad.

—No quiero estar a las órdenes de ningún zombi estúpido que sólo piensa en beberse la sangre de su siguiente víctima.

—¿Ah, no?

—No, quiero trabajar directamente para ti. —Sabía que el único modo de convencerlo y de que lo dejase entrar en el centro de Igloolik era provocando su curiosidad y humillándose—. Sé que cometí un error.

—Y muy grande. Yo no doy segundas oportunidades, Kepler. Considérate afortunado de seguir con la cabeza pegada al cuerpo.

—Por eso mismo he venido aquí con un regalo.

—¿Un regalo?

—Dominic Prescott. —Sebastian, que hasta entonces había estado ocultando al guardián con su cuerpo, se apartó.

—Vaya, reconozco que conoces mis gustos. No te importará que Aldric te cachee, ¿no? No quisiera que más tarde hubiese ningún malentendido.

—Por supuesto que no. —Sebastian extendió los brazos en señal de bienvenida y el tal Aldric se aseguró de que no llevaba ningún micro ni ninguna arma.

—¿Cómo le has capturado? El señor Prescott se fugó de uno de mis laboratorios

hace unos meses y desde entonces ha demostrado ser muy escurridizo.

—Yo era amigo de Simon Whelan —confesó Sebastian—. El muy estúpido me contó lo que le había sucedido a Prescott y me dijo dónde estaba escondido. Pensé que era mi gran oportunidad para volver al ejército de las sombras y fingí interesarme por él. Lo encontré en Siberia, me temo que este desgraciado —tiró de las esposas de Dominic hasta hacerlo caer al suelo— y sus amigos han eliminado a los soldados que enviaste.

—Una lástima, aunque puedo reemplazarlos. ¿Dónde están los acompañantes de Prescott?

—Uno ha resultado gravemente herido y se lo han llevado de aquí en avión —le explicó, convencido de que en algún momento Ezequiel se enteraría del vuelo—. Yo me he escondido y he esperado.

—La paciencia suele tener su recompensa.

—Te entregaré a Prescott y a todo el clan Jura si me nombras comandante de una de las facciones de tu ejército —negoció Sebastian. Tenía la espalda completamente empapada de sudor y le temblaban las manos; si no fuera por los ánimos que suavemente le iba susurrando Veronica, probablemente no habría podido seguir adelante.

—¿Cómo sé que de verdad puedes cumplir esa promesa?

Él tiró de Dominic para ponerlo en pie y el guardián lo fulminó con la mirada.

—Ya te lo he dicho: Whelan y yo éramos amigos. Crecí a su lado y mientras él era el niño de oro que vivía en una familia perfecta, a mí me pegaba a diario un borracho. Por una vez en la vida quiero saber lo que se siente estando en el bando de los ganadores. Quiero saber lo que es tener poder y no que te lo arrebaten —respondió con el fervor necesario para que lo creyese y rezando en su mente para que todo aquello no fuese verdad—. Quiero el bufet libre que me ofreciste en Irak y lo quiero ya.

Ezequiel lo miró a los ojos y Sebastian le sostuvo la mirada y dejó que se le extendiesen los colmillos.

—Habla en mi despacho —dijo al fin el otro—, pero antes acomodaremos al señor Prescott. Él y yo tenemos unos asuntos pendientes.

Aldric condujo a Ezequiel y a los dos recién llegados hasta la entrada de una hermética construcción de un color gris tan claro que se confundía con el paisaje helado de la isla. Tras abrirle la puerta a su señor, desapareció en el interior y fue Ezequiel quien guió a Sebastian y a Dominic por el laberinto de puertas de cristal que sólo se abrían tras teclear un código en un panel de seguridad. Un código distinto para cada una. Anduvieron en silencio, los tres pendientes de los movimientos de los demás, hasta que Ezequiel se detuvo delante de una celda que había en un lateral del pasillo. Tecleó el código correspondiente y los barrotes de acero se deslizaron hacia la derecha.

—Adelante, señor Prescott, en seguida estaré con usted —dijo Ezequiel.

Dominic observó la celda con suma atención. Era similar a la que había ocupado en Vivicum Lab cuando lo capturaron en Londres; con una cama colgando de la pared del fondo y una silla también de acero. Lo que más le extrañó fue que desde aquella celda podía verse el monitor de seguridad que había en la zona de los guardas. Estaba apagado, así que probablemente por eso Ezequiel no tenía ningún inconveniente en encerrarlo allí.

—Levanta las manos, Prescott —le ordenó Sebastian para quitarle las esposas—. Aquí ya no son necesarias —le explicó a Ezequiel.

—No, estos barrotes son la niña de mis ojos. —Ezequiel los acarició—. Mucho mejores incluso que el cristal. Si los toca, entenderá por qué lo estoy diciendo, Prescott.

Dominic entró en la celda sin decir ni una palabra y dejó que lo encerrasen. Nada le habría gustado más que lanzarse encima de aquel bastardo, pero no podía hacer nada que pusiese en peligro a Claire y a Veronica y todavía no habían recibido noticias de ésta. En cuanto ellas dos estuviesen a salvo, ajustaría cuentas con él.

Ezequiel lo encerró y segundos más tarde reapareció Aldric.

—Grös está de camino, señor —le informó el soldado.

—Perfecto, sencillamente perfecto —respondió Ezequiel—. Sebastian, ¿qué te parece si tenemos nuestra conversación en un lugar más privado? Estoy convencido de que Dominic sabrá entretenerse.

—Por supuesto —aceptó Sebastian, y siguió a Ezequiel convencido de que todo estaba saliendo a la perfección.

Veronica aterrizó en el lugar que le había indicado Sebastian en el mapa de la isla y

consiguió llegar a la parte trasera del edificio en el que supuestamente se encontraban los quirófanos y las celdas de lord Ezequiel. Entrar le resultó muy fácil. Demasiado fácil.

—*Sebastian, ¿va todo bien?* —le preguntó a través de la mente.

—*Sí* —contestó él, escueto. No quería arriesgarse a que Ezequiel se diese cuenta de que se estaba comunicando con alguien.

A pesar de su afirmación de que todo estaba saliendo según lo previsto, Veronica no consiguió quitarse de encima la sensación de que algo iba mal. «Será por los nervios». Corrió por el pasillo y giró hacia la derecha en dirección a la celda en la que, según Simona, debería estar encerrada Claire. Oyó unos pasos y se escondió detrás de una columna. Esperó unos segundos y luego asomó un poco la cabeza para estudiar la situación. Había un soldado del ejército de las sombras parado frente a lo que parecía un cristal blindado. El hombre se llevó una mano a la oreja, probablemente estaba escuchando las órdenes de Ezequiel. Apartó la mano y, tras teclear un código en un panel numérico, se dirigió hacia una puerta que había en dirección contraria a Veronica y desapareció.

No podía ser que tuviese tanta suerte.

Salió de su escondite y corrió hacia el cristal blindado. Detrás, sentada en la cama y con cara de estar exhausta, había una mujer menuda, pero que desprendía muchísima fuerza.

—¿*Claire?* —la llamó y enfundó el arma para estudiar la puerta. El soldado había apretado cuatro teclas y había diez dígitos, eso daba un total de ¿cuántas combinaciones? Demasiadas. Quizá la odisea la sabía—. *Claire, ¿estás bien? Tienes que ayudarme.*

La otra sacudió la cabeza y salió de su estupor y al ver a Veronica se asustó.

—*Dios mío, no* —musitó—. *Dime que Dominic no está aquí.*

—*Está aquí, hemos venido a buscarte* —le explicó ella sin apartar la vista del teclado.

—*Quizá no sea demasiado tarde, tienes que irte de aquí en seguida* —insistió Claire, frenética.

—*No me iré de aquí sin ti. Por casualidad no sabrás el código, ¿no?*

—*¿Cómo te llamas?* —le preguntó Claire.

—*Veronica Whelan, es un placer* —contestó la ilíada.

—*Veronica, te agradezco mucho lo que estás intentando hacer, pero tienes que irte de aquí cuanto antes.*

Ella se detuvo y se acercó al cristal para mirarla.

—*No voy a irme de aquí sin ti, Claire, y Dominic tampoco. ¿Sabes el código de la puerta o no?*

—*Siete, seis, uno, cero, todas las teclas tienen un sonido distinto y yo siempre he*

tenido mucho oído musical —explicó la odisea viendo cómo, efectivamente, el cristal blindado retrocedía.

—Demasiado fácil —dijo Veronica en voz baja y, en ese preciso instante, bajaron dos placas de metal del techo hasta el suelo dejándolas a las dos encerradas en el pasillo y empezó a salir humo por los conductos del aire—. Demasiado fácil.

Grös llegó a la celda de Dominic, dos pasillos a la izquierda de la de Claire, y puso en marcha el monitor que había justo delante, tal como le había pedido que hiciese su señor. Aldric, el otro soldado de las sombras que había allí, se aseguró de que el prisionero viese el espectáculo y de que la cámara que enfocaba a Prescott estuviese también funcionando.

—Eh, Prescott, échale un vistazo a esto, estoy convencido de que te gustará —le dijo.

Dominic iba a ignorarlo, pero con el rabillo del ojo vio la primera imagen que apareció en la pantalla y se enfureció.

—¿Qué diablos significa eso?! —Se acercó a los barrotes y los zarandéó. La descarga eléctrica lo lanzó contra la pared de la celda y notó además como si el metal le hubiese inyectado algo a través del tacto—. Dejadme salir de aquí.

—¿O qué? —se burló Grös.

—O cuando salga por mis propios medios os haré cosas que ni siquiera sois capaces de imaginar. —Tenía las garras completamente extendidas, unas hojas de acero afilado que aparecían entre sus nudillos cada vez que emergía el guardián. Los ojos se le habían puesto completamente negros y notaba cómo las vértebras se le iban desplazando para dotarlo de mayor fuerza y volumen. Tenía los colmillos del maxilar superior ansiosos por hundirse en los gaznates de aquellos estúpidos y los del maxilar inferior, que en raras ocasiones aparecían, se habían unido a la fiesta.

—Jamás saldrás de aquí —auguró Aldric.

Él se limitó a acercarse a los barrotes y volvió a sujetarlos. La descarga fue tan fuerte como antes, o incluso más, pero aguantó el dolor y no los soltó. Con cada descarga, el material se volvía más maleable y Dominic se enfurecía más y más. Nunca se había sentido tan poderoso, tan invencible. Los músculos de la espalda se le habían hinchado tanto que el jersey negro que llevaba estaba a punto de romperse; la sangre le quemaba las venas y rugió de rabia. En aquella maldita pantalla había visto a Claire y a Veronica cayendo al suelo en una especie de cámara acorazada. «Morirán si no las saco de allí». Rompió tres barrotes de golpe y saltó fuera de la celda a tanta velocidad que ni Aldric ni Grös tuvieron tiempo de huir. Los cogió a los dos por el cuello y les golpeó la cabeza contra la pared para dejarlos inconscientes. Podría haberse ido entonces, pero no lo hizo. Dejó a los soldados en el suelo y él se agachó en medio. Levantó la vista y miró hacia la cámara que lo estaba grabando y le enseñó

las garras. Los degolló con un único movimiento y después los abrió en canal. Satisfecho, se puso en pie y salió corriendo. Claire y Veronica tenían que estar cerca, podía sentir su presencia. Aguzó los sentidos y giró por el pasillo correcto.

—El espectáculo está siendo más entretenido de lo que esperaba —le dijo Ezequiel a Sebastian sin apartar la mirada de los monitores que tenía encendidos en su despacho. En uno habían presenciado la increíble huida de Dominic y en el otro podían ver cómo Claire y Veronica se iban asfixiando poco a poco—. Sí, mucho más interesante —añadió, después de mirar a Sebastian y ver que éste abría y cerraba nervioso una mano.

—Si hubiera sabido que no estabas preparado para un preso como Prescott, no te lo habría traído —dijo él en un intento de ocultar la desesperación que sentía por no poder ayudar a Veronica.

—Oh, estoy preparado —respondió Ezequiel poniéndose en pie y acercándose a un mueble bar—. Y creo que ya puedes dejar de fingir, Kepler. Sé que estás con ellos —señaló ambas pantallas con una copa vacía.

—Entonces, ¿por qué...?

—¿Por qué os he dejado entrar? Fácil, porque lo necesitaba para asegurarme de una cosa. Además, torturar a un gladiador es uno de mis pasatiempos preferidos.

—¡Veronica!, ¿estás bien? ¡Contéstame! —Sebastian intentó ponerse en contacto con ella, pero no lo consiguió. Desvió la mirada hacia el monitor y vio que estaba inconsciente en el suelo. Claire todavía permanecía sentada, pero al cabo de poco también se desmayaría.

—¿Qué quieres? —le preguntó directamente a Ezequiel.

—Antes de seguir con nuestra conversación —le colocó una copa delante—, quiero que te bebas esto.

—¿Qué es?

—Sangre. Mi sangre. Así se romperá cualquier vínculo que puedas tener con cualquiera de ellos. Oh, vamos, ¿de verdad creías que era tan estúpido? —Sebastian ni lo negó ni lo afirmó, pero tampoco cogió la copa—. Además, aun en el caso de que no lo tuvieras, así me aseguro de que me escuchas y de que vuelves al redil. —Empujó la copa un poco más—. Le he añadido unas gotas de mi nuevo descubrimiento y me han dicho que es mucho más adictiva. Esta vez no lograrás escapar.

—No. —Sebastian prefería morir antes que volver a convertirse en un monstruo.

—Comprendo —convino Ezequiel, sentándose de nuevo en su silla—. ¿Sabes qué es esa neblina que se está extendiendo por la celda de Claire? Un gas tóxico de mi creación. Deja que te explique cómo funciona; primero se quedarán inconscientes y luego sus pulmones seguirán inhalando el veneno, que irá impregnando su sangre y

todos sus órganos internos. Cuanto más rato lo respiren, más enfermas se pondrán. Según me dijeron en el laboratorio, lo primero que suele fallarle a la mayoría de las víctimas es el hígado, después, muchas sufren pequeñas embolias y al final a todas se les para el corazón. El proceso dura como mucho veinticinco minutos y no deja ni rastro. Muy práctico si se quiere matar a alguien sin dejar huellas.

«Veronica lleva tres minutos respirando ese veneno. Dominic llegará a tiempo de sacarlas de allí».

—Ah, se me olvidaba, y si Prescott llega allí y teclea el código incorrecto para levantar los paneles de metal —dijo Ezequiel adivinándole el pensamiento—, la carga de veneno se duplicará con cada intento, reduciendo así a la mitad el tiempo que necesita para hacer efecto. La verdad es que nunca lo hemos intentado con una dosis doble —explicó al ver que Sebastian seguía sin coger la copa—. Los del laboratorio decían que el cuerpo podía estallar —añadió en voz baja, como si le estuviese haciendo una confidencia.

Estallar.

Sebastian cogió la copa, pero fue incapaz de beber.

—Yo puedo levantar los paneles desde aquí. —Ezequiel acarició con un dedo el teclado de un ordenador—. Entonces, el aire se disiparía y Claire y tu amiguita se pondrían bien en cuestión de minutos, aunque probablemente estarían mareadas unos cuantos días. —Esperó a que él lo mirase a los ojos y entonces añadió—: Bébete mi sangre, vente conmigo a Roma y los dejaré ir a los tres.

—¿Por qué?

—Porque ya sé lo que quería saber. No te queda mucho tiempo, ya llevan cinco minutos.

—¿Cómo sé que cumplirás tu palabra?

—No lo sabes, pero no tienes elección. Oh, mira, Prescott ya ha llegado y tiene una de sus pezuñas en el teclado.

Sebastian vació la copa de un solo trago sin apartar la mirada de Ezequiel.

Éste tocó unas teclas, los paneles de metal se levantaron y Dominic corrió a ayudar a Claire y a Veronica, que estaban las dos en el suelo.

—Vamos, tengo un helicóptero esperándonos —dijo Ezequiel poniéndose en pie.

Sebastian no podía ni moverse, le ardía el estómago y notaba como si su interior se estuviese partiendo en dos. En su mente no paraba de ver imágenes de Veronica y él en la playa, paseando con un perro y un par de niños pequeños. Esas imágenes que sólo habían existido en su subconsciente se tiñeron de sangre y en ellas aparecieron escenas de sus primeros meses como soldado del ejército de las sombras. Muerte, depravación, crueldad. Se le extendieron los colmillos y luchó por contener aquellos impulsos tan oscuros.

—¡Sebastian! ¡Sebastian! —oyó distante la voz de Veronica.

—*No te acerques a mí. Me lo prometiste.*

—Vamos, Kepler, el helicóptero nos está esperando.

—Vamos.

Sebastian se puso en pie y se fue voluntariamente con Ezequiel.

Dominic se quedó petrificado cuando se encontró con el panel de metal bloqueándole el paso. Podía oír los latidos de Veronica y de Claire apagándose al otro lado y la frustración amenazaba con volverlo loco. Iba a levantar aquel panel como fuese, pero antes de que pudiese hacer nada, el muro se levantó delante de sus narices. Sin cuestionarse su suerte, corrió hacia las dos y cargó con una en cada brazo para alejarlas de allí. A pesar de lo peligrosa que era la situación, su cuerpo reaccionó al tocar por primera vez a Claire y el guardián suspiró aliviado. Abandonó el edificio sin encontrarse con más impedimentos y no se detuvo hasta llegar al helicóptero que había utilizado Veronica para llegar a la isla, el que Ezequiel no sabía dónde estaba.

Las depositó a ambas en el suelo con cuidado y comprobó primero el pulso de Veronica. La ilíada se estaba despertando y había empezado a mover la cabeza.

—Tranquila —le dijo—, estamos a salvo. Te pondrás bien.

—¡Sebastian! —exclamó, abriendo los ojos como platos—. Le ha sucedido algo. ¿Dónde está?

—No lo sé, intenta ponerte en contacto con él —le sugirió Dominic, acercándose preocupado a Claire; ésta todavía no se había movido.

—¡Sebastian! ¡Sebastian! —Veronica lo llamó con la mente.

—*No te acerques a mí. Me lo prometiste* —contestó él.

Y después silencio. Ella intentó llamarlo, le suplicó que le contestase, le dijo que lo amaba y que confiase en sí mismo, pero él no respondió.

—¡Veronica! —gritó Dominic, haciéndola reaccionar—. Ven, te necesito.

—¿Qué sucede? —le preguntó, al verlo de rodillas junto a Claire, sin tocarla.

—No se despierta —respondió él, sombrío—. Tiene pulso y le late el corazón, pero no abre los ojos. ¿Podrías...?

—Por supuesto —afirmó ella, sin que Dominic terminase de pedirle que utilizase su don para averiguar qué le pasaba a Claire.

—Sé que no debería pedírtelo, tú también estabas en esa celda y estás preocupada por Sebastian.

—Quiero hacerlo, Dom —le aseguró—, apártate. —Tocó a Claire con los ojos cerrados para concentrarse. No podía dejar de pensar en Sebastian, pero hizo un esfuerzo y consiguió aparcar sus sentimientos lo suficiente como para meterse dentro de Claire—. No le pasa nada —dijo tras unos minutos—. Al menos no le duele nada.

—Entonces, ¿por qué no se despierta? ¿Qué le pasa?

—Creo que su cuerpo ha decidido tomarse un descanso —sugirió ella.

«No sabes cuánto tiempo ha estado prisionera ni qué diablos le ha hecho ese

bastardo», pensó Dominic, notando que la ira volvía a dominarlo.

—Tengo que llevármela de aquí —dijo, cogiendo a Claire en brazos.

—No podemos irnos sin Sebastian —le recordó Veronica.

—Tenemos que irnos, Veronica. Sebastian sabe cuidarse solo, encontrará el modo de volver.

—No, idos vosotros. Yo iré a por el otro helicóptero y esperaré a Sebastian.

—¡No puedo dejarte aquí!

—¡Pues claro que puedes!

—¡No seas terca, Veronica! —Dominic tumbó a Claire con cuidado en la parte trasera del helicóptero y la aseguró con los cinturones de seguridad—. ¡Métete en el helicóptero!

—No, tú no te irías de aquí sin Claire, así que yo...

El ruido del rotor de otro helicóptero elevándose la interrumpió de golpe. La pared del acantilado que había a sus espaldas se abrió y de aquella boca salió la aeronave pilotada por Sebastian, con Ezequiel sentado a su lado. No estaba amenazándolo con ninguna arma, ni tampoco había otro soldado del ejército de las sombras obligándolo a pilotar. Sebastian llevaba gafas de sol militares y estaba completamente concentrado en sacar aquel helicóptero de allí. Veronica se quedó inmóvil donde estaba, suplicándole de nuevo a Sebastian en su mente. Pero fue en vano. Él no dijo nada y en cuestión de segundos se alejó de la isla y de ella.

Dominic se acercó y le colocó una mano en el hombro; sin decirle nada la empujó suavemente hacia el helicóptero que iba a sacarlos de allí y la ayudó a sentarse. Le pasó el casco y cerró la puerta del lado del copiloto antes de dirigirse a la suya. Esta vez iba a ser él quien llevase la aeronave. Probablemente lo habría hecho de todos modos, pero Veronica no estaba en condiciones de pilotar. El viento empezaba a levantarse de nuevo. El cielo se estaba oscureciendo. Habían rescatado a Claire, pero habían perdido a Sebastian. Dominic pensó que debería lamentarlo, al fin y al cabo, el soldado se había arriesgado mucho para ayudarlos, pero si era sincero consigo mismo tenía que reconocer que no lo lamentaba. Él mismo habría estado dispuesto a traicionar a cualquiera si con ello salvaba a Claire. Y eso lo asustó.

«La llave para abrir el infierno y encerrar el mal para siempre. O dejarlo en libertad».

A Dominic cada vez le resultaba más difícil distinguir el bien del mal, esa barrera se iba difuminando poco a poco en su mente y a su guardián había dejado de importarle la diferencia entre lo uno y lo otro. Desvió la mirada hacia Claire y notó que se le aflojaba el nudo que llevaba meses sintiendo en el pecho. Ella lo ayudaría, si no, él solo no podría contener aquel fuego que le estaba devorando el alma.

—Ni siquiera me ha mirado —observó Veronica en voz muy baja. Y de no ser porque ambos llevaban cascos con micrófonos para comunicarse, no la habría oído.

—No sabemos qué ha pasado. Quizá no ha tenido elección —señaló Dominic que, sin saber muy bien por qué, confiaba en Sebastian.

—Sé que no ha tenido elección —afirmó ella, secándose una lágrima—. No sé qué ha sucedido allí dentro, pero estoy convencida de que el muy estúpido se está sacrificando por nosotros y no pienso permitirselo.

Dominic asintió. No podía decirle que si Sebastian había accedido a irse con Ezequiel, por muy nobles que fuesen los motivos que habían justificado dicha decisión, estaba perdido.

Recorrieron la distancia que quedaba hasta tierra firme en silencio y, cuando aterrizaron, Dominic bajó el primero para asegurarse de que no había nadie esperándolos. Durante el trayecto no habían visto ni rastro del helicóptero de Ezequiel, así que supuso que el señor de las sombras había decidido dirigirse hacia Alaska, mientras que ellos habían optado por Siberia. Tras comprobar que no corrían peligro, cogió a Claire en brazos y esperó a que Veronica también saliese de la aeronave. Estaban alejándose del hangar en dirección al todoterreno cuando vieron llegar un coche negro que los saludó con las luces. ¿Quién diablos podía ser?

—Ponte detrás de mí, Veronica —le dijo Dominic.

El coche se detuvo y de la puerta del conductor salió un hombre de casi dos metros al que muchos habían dado por desaparecido.

—Daniel, ¿eres tú? —preguntó Dominic, atónito al ver al hermano menor de Ewan Jura.

—En persona —lo saludó el otro, subiéndose el cuello del abrigo—. Joder, qué frío.

—¿Daniel? —Veronica estaba segura de que había empezado a tener alucinaciones—. ¡Daniel!

—Hola, Veronica. —Daniel corrió a abrazar a una de sus casi primas preferidas—. Me alegro de que estés bien. ¿Cómo es que te dejaste convencer por mi hermano para acompañar a este bruto? —Señaló a Dominic con el dedo.

—Ya sabes cómo soy. —Le devolvió el abrazo y casi se echó a llorar—. Me encantan las historias de amor. Desvió la mirada de Dominic a Claire.

—Entrad en el coche —les dijo Daniel— y os cuento por qué estoy aquí. Me estoy muriendo de frío.

—No seas exagerado, Dani —repuso Veronica con media sonrisa mientras abría la puerta del acompañante para meterse dentro.

Daniel le abrió una de las puertas traseras a Dominic para que pudiese entrar con Claire en brazos.

—¿Ella es Claire? —le preguntó, a pesar de que sabía la respuesta—. ¿Se pondrá bien?

—Sí. Veronica cree que su cuerpo ha decidido tomarse un descanso después de

las emociones de los últimos días. —«Y deseo con todas mis fuerzas que tenga razón».

Los asientos de cuero desprendían calor y el lujoso interior del coche parecía completamente fuera de lugar comparado con lo que acababa de suceder en Ignaluk.

Daniel esperó a cerrar la puerta de Dominic y luego fue a sentarse tras el volante.

—¿Dónde has estado todo este tiempo? —le preguntó Veronica en seguida.

—Eso ya tendré tiempo de contártelo más tarde. Ewan me ha mandado a buscaros porque por fin ha obtenido los resultados de tus muestras de sangre, Dominic. Al parecer, Julia, mi futura cuñada... Un inciso, ¿no os parece genial que por fin Ewan haya decidido demostrarnos que tiene sangre en las venas? Como iba diciendo, Julia consiguió recuperar no sé qué datos de los laboratorios de Vivicum Lab y entre ellos estaban las «pruebas» que te hicieron esos bastardos. Joder, Dom, ¿qué diablos te hicieron? Ewan no quiso contármelo, pero a juzgar por la cara que puso no debió de ser nada agradable.

—Continúa, Daniel —le ordenó el guardián.

—Sí. Ewan cree que tú... —Se lamió el labio inferior—. Joder, ya le dije que yo no servía para estas cosas.

—No reniegues tanto, Dani, tu abuelo Royce te matará cuando se lo cuente. ¿Estás intentando decirnos que Ewan cree que Dominic es la llave del infierno?

—¿Ya lo sabéis? Me dijo que no quería decírtelo por teléfono y por eso me pidió, me ordenó, que viniese...

—No he hablado con Ewan —lo interrumpió Dominic.

—¿No has hablado con Ewan? —repitió Daniel, palideciendo un poco.

—No.

—¿Entonces...?

—Lo hemos deducido nosotros. —Dominic evitó mencionar el nombre de Sebastian para no alterar a Veronica.

—Y el resto, ¿también lo habéis deducido?

—¿Qué es el resto? —preguntó Dominic, confuso y preocupado.

—Mierda. —Daniel puso en marcha el coche y lo condujo hacia la carretera—. He visto lo que sucedió en el hotel, ya me he encargado de solucionarlo. Dentro de unas horas, vendrá un avión a buscarnos, pero he pensado que antes podríais descansar un poco.

—¿Qué es el resto, Daniel?

—Julia ha podido analizar varias muestras además de la tuya, la de Ewan, la de Simon y también la de una de esas criaturas que atacaron a Simon y a Maria en Canadá. Era un soldado del ejército de las sombras.

—Yo vi esa cosa, Daniel —comentó Dominic—, y no era un soldado. —Seguía acariciándole el pelo a Claire, lo fascinaba sentir aquella textura sedosa entre sus

dedos. Ella todavía no había abierto los ojos, pero con el rostro había buscado los dedos de él.

—Sí lo era. —Daniel maniobró en dirección al hotel—. Al parecer, era un soldado hasta las cejas de la nueva droga de Ezequiel.

Dominic notó que le sudaba la espalda. Él todavía no sabía qué le habían inyectado cuando estuvo prisionero.

—¿Mitch y Simona han llegado bien a Londres? —preguntó Veronica, en busca de una buena noticia. En su mente seguía intentando ponerse en contacto con Sebastian, pero la única respuesta que recibía era silencio.

—Sí, están instalados en el apartamento de Mitch y éste se está recuperando. Ewan y Julia viajarán allí hoy o mañana. —Desvió la vista hacia su muñeca para mirar el reloj—. Yo sigo con los horarios algo confusos. Y allí se reunirán también con un tal Elliot Montgomery.

A Veronica le dio un vuelco el corazón. Quizá Elliot supiese cómo ayudar a Sebastian. «Pero antes tienes que encontrarlo».

—Un momento —dijo Dominic, confuso—, ¿cómo llegasteis a la conclusión de que soy la llave del infierno? ¿Qué tiene eso que ver con mis muestras de sangre?

Daniel detuvo el coche frente al hotel y vio que el servicio de limpieza que había contratado, propiedad por supuesto de Industrias Whelan Jura, había realizado un trabajo excelente.

—Contéstame, Daniel —insistió Dominic al ver que el joven se resistía a hacerlo.

—Según tu muestra de sangre, tus cromosomas son mitad guardián mitad soldado de las sombras —anunció Daniel sin respirar.

—¿Qué?! Tiene que haber un error.

—Julia repitió las pruebas no sé cuántas veces y luego le pidió a Simon que las repitiesen en sus laboratorios de Nueva York. No hay ningún error.

—La muestra de sangre que analizasteis de Dominic provenía de Vivicum Lab, de cuando estuvo allí prisionero, quizá el resultado esté alterado por algo que le hicieron —sugirió Veronica, al notar en su propio cuerpo la tensión que emanaba del guardián.

—Sí, Ewan sugirió lo mismo —contestó Daniel—. Pero entonces, Julia nos explicó que no hay modo de alterar un gen de ese modo. Piénsalo, tú eres médico y seguro que comprendes esto mucho mejor que yo. Si alguna vez te hubiese mordido un soldado o si la sangre de uno de ellos te hubiese infectado, te habrías puesto enfermo y habrías terminado muerto o convirtiéndote en uno de ellos. La única explicación es que nacieras siendo mitad guardián mitad soldado de las sombras; por eso el abuelo y Ewan han llegado a la conclusión de que tenías que ser la llave del infierno.

—Pero si nació mitad soldado y mitad guardián, entonces... —Veronica se llevó, asustada, una mano a los labios.

—Entonces Ezequiel es mi padre —terminó Dominic por ella, notando que se le helaba la sangre. Si era hijo de un monstruo, ¿qué posibilidades tenía de elegir el bien? «Ninguna».

—Eso no lo sabemos con certeza —se apresuró a añadir Daniel—. En casa todos están convencidos de que tiene que haber otra explicación.

—¿Cuál? —preguntó él, sarcástico—. Nunca se ha sabido de ningún soldado que tuviese hijos, en cambio, sí que sabemos que Ezequiel es capaz de procrear. Por todos los dioses —exclamó entre dientes, mientras en su mente intentaba imaginarse lo que haría Ezequiel cuando se enterase.

Bajó la mirada hacia la mujer que tenía recostada contra su torso. Por fin podía sentirla en sus brazos y la perdería antes de que pudiera nacer nada entre los dos. Había vivido más de mil años en soledad, tal como anunciaba la profecía, y ahora moriría también solo. Tuvo ganas de llorar y de gritar al mismo tiempo, de salir de aquel coche negro con Claire en brazos y no mirar atrás. Pero no podía hacerlo, a pesar de que aquella voz oscura y negra le susurraba que sí. Esa voz adquiriría por fin sentido; era la parte malvada de sí mismo que había decidido salir a la luz. ¿Por qué entonces? ¿Por qué precisamente entonces?

—Daniel, ¿has dicho que un avión vendría a buscarnos? —le preguntó Dominic.

—Sí —afirmó el joven—, dentro de seis horas.

—Yo no iré con vosotros.

—¿Por qué? —A Veronica no le gustaba nada lo que estaba sintiendo que irradiaba el guardián. Dominic iba a hacer algo heroico y estúpido. Igual que Sebastian.

—Tienes que venir —lo instó Daniel.

—No. Vosotros dos vais a llevaros a Claire a Londres y cuidaréis de ella por mí.

—¿Y tú qué vas a hacer?

—Yo volveré a Ignaluk e intentaré averiguar dónde se esconde Ezequiel. Y, cuando lo sepa, iré a por él.

—No puedes hacer eso, es una locura, Dominic —le advirtió Daniel.

—Si logro averiguar su paradero, avisaré a Ewan para que mande allí a la caballería.

—¿Y si no? —preguntó Veronica, convencida de que si Dominic no encontraba el modo de acabar con Ezequiel encontraría el modo de acabar consigo mismo.

—No te preocupes por mí, estaré bien —le dijo, consciente de que no la estaba engañando. Empezó a retirar la mano con la que estaba acariciando a Claire. Más le valía no acostumbrarse a tenerla cerca; habían sido unos minutos y ya los consideraba los mejores de su larga vida. Una última caricia, el pómulo, la nariz, el mentón... Unos dedos delicados pero fuertes le atraparon la muñeca.

—Yo me quedo contigo.

Claire tenía los ojos más bonitos que había visto nunca. Y los más decididos.

El humo que había inundado su celda cuando Veronica intentó salvarla la había dejado inconsciente. Normalmente, ella se recuperaba más rápido de los venenos que Ezequiel insistía en administrarle, pero comunicarse con Simona la había debilitado más de lo que creía y llevaba varios días sin dormir, intentando encontrar la manera de salir de aquella maldita cárcel antes de que llegase Dominic.

Dominic.

¿Cuántas veces había soñado con su voz, tanto antes como después de haberla oído en esos laboratorios de Londres? Muchas. ¿Cuántas veces se había imaginado el tacto de su piel? Más. ¿Cuántas veces se había imaginado qué sentiría cuando él la tocase, aunque fuese sólo el pelo? Aunque fuese sólo en sueños. Tenía que ser un sueño, el corazón cuyos latidos oía contra su mejilla no podía ser el de Dominic. Los ojos que sentía fijos en su rostro no pertenecían al guardián que deseaba en secreto. Era imposible, porque, si lo era, entonces Dominic la había encontrado. Y si Dominic la había encontrado, los dos estaban en peligro.

La mano que le acariciaba la cara intentó alejarse y Claire se despertó, desesperada por impedirselo. Había esperado toda una vida para sentir aquellos dedos en su piel; todavía no había tenido bastante.

—Yo me quedo contigo —le dijo y se enfrentó al rostro del hombre que llevaba siglos habitando en su corazón.

—Claire... —balbuceó él—. Hola.

—Hola —respondió ella con una sonrisa y apartándose un poco de su torso. No quería hacerlo, pero al recuperar la conciencia recordó que había oído dos voces más y supuso que no estaban solos.

—¿Te encuentras bien, Claire? —le preguntó la propietaria de una de esas voces, dándole la razón.

—Sí, gracias —le respondió, dándose media vuelta para mirarla—. ¿Veronica, no?

—Sí —afirmó la otra mujer, de cara amable y ojos tristes.

—Estoy cansada y tengo frío —prosiguió Claire—. Y estoy algo mareada. ¿Y tú?

—Yo también —admitió Veronica, percatándose justo entonces de que en efecto lo estaba.

—Yo soy Daniel Jura —se presentó el atractivo joven que estaba sentado al volante— y estoy convencido de que si entramos en el hotel podré solucionar lo del frío.

Veronica fue la primera en salir del coche y entrar en la recepción, vacía ahora de

los restos de los soldados que los habían atacado antes. Se esforzó por no mirar hacia el lugar que había ocupado Sebastian cuando les habló de Ignaluk y de su plan, pero no resistió la tentación.

Daniel salió después y le abrió la puerta a Dominic para que pudiese salir sin soltar a Claire. Aunque ésta se había despertado, el guardián no parecía tener la más mínima intención de dejarla caminar. Los tres entraron entonces en el hotel y vieron a Veronica en medio del vestíbulo, con los ojos enrojecidos por las lágrimas que estaba conteniendo.

—Iré a mi habitación —dijo la iliada—. Avisadme si me necesitáis. —Subió la escalera y giró por el pasillo, deteniéndose delante de la habitación contigua a la suya; la de Sebastian. Entró sin cuestionárselo y se encaminó despacio hacia la cama. Encima había un paquete de tabaco y un mechero. Los cogió y se los guardó en el bolsillo de su abrigo. Después, se acercó a la cómoda y encontró un pequeño bloc de notas con distintos nombres y direcciones. También lo guardó. Por último, entró en el baño y vio que bajo el espejo había algo brillante, una placa de identificación militar. Sebastian probablemente se la había olvidado. Se la colgó del cuello y recordó la última frase que él le había dicho en Ignaluk.

«No te acerques a mí. Me lo prometiste».

Y entonces se dio cuenta de que no había dicho su nombre y decidió interpretarlo como una señal. Si él no la había llamado Veronica, entonces no lo decía en serio.

«Igualmente no iba a hacerle caso».

Daniel les dijo a Dominic y a Claire que fuesen a descansar y le sugirió al guardián que aprovecharse esas horas para pensar bien en lo que les había dicho acerca de quedarse en Siberia para volver a la isla de Ezequiel a investigar por su cuenta. Dominic asintió sin prestar atención a ninguna de las palabras pronunciadas por el menor de los Jura; en realidad, lo sorprendía ser capaz de caminar sin tropezarse con sus propios pies de lo absorto que estaba con Claire.

Ésta no podía dejar de mirarlo; lo había visto de lejos unos meses antes de que la capturasen, pero aquello no podía compararse con tenerla a escasos centímetros. Tenía los ojos negros, pero no fríos, sino ardientes. Claire estaba convencida de que se quemaría si pudiese tocarlos. Las cejas eran adustas y los pómulos hablaban de un hombre que había tenido que luchar por muchas de las cosas que había conseguido en la vida. Los labios..., oh, temblaba sólo con verlos. Y la piel le recordaba a la lava que se pegaba a las rocas de un volcán. Y el tatuaje. Claire era incapaz de dejar de mirar cómo las intrincadas líneas negras aparecían y se extendían en su cuello. Él era su alma gemela y ella la suya y, aunque ellos parecían ser capaces de contenerse, sus cuerpos no.

Dominic cruzó el pasillo y cuando llegó a su habitación abrió la puerta de una

patada —no iba a soltarla para buscar la llave— y la cerró del mismo modo. Más tarde ya la arreglaría si hacía falta. Se acercó a la cama y tumbó a Claire en ella con toda la delicadeza que no había exhibido con el mobiliario. Se quedó de pie mirándola, intentando recuperar el aliento y dominar los erráticos latidos de su corazón. Pero una sola palabra se repetía en su mente: «Claire, Claire, Claire».

—Domi...

No pudo más. El guardián y el hombre perdieron el control y se rindieron a la necesidad de besarla. Se agachó frente a la cama —si se sentaba en ella terminaría haciéndole el amor antes de hablar— y sujetó el rostro de Claire entre las manos para besarla. El corazón se le detuvo un segundo, probablemente una eternidad, y comprendió que hasta aquel preciso instante jamás había estado completo. Quizá él no supiese si era bueno o malo, si era un guardián o el heredero de lo más parecido al diablo, pero sabía sin ninguna duda que no podría seguir viviendo sin ella. Y lo sorprendió haber aguantado tantos años sin Claire. Tenía los labios suaves y temblaban bajo los suyos, su aliento lo quemaba y se le metía por todo el cuerpo igual que si ansiase formar parte de su ser. Los suspiros que ella empezaba él los terminaba y sus lenguas no querían volver a separarse la una de la otra.

Dominic recordó el primer amanecer que vio a bordo de un barco, la primera luna llena en un cielo estrellado, el primer arcoíris, el primer bebé que ayudó a traer al mundo, y nada podía compararse a la sensación de tener a Claire en sus brazos y poder besarla. Y ella le estaba devolviendo el beso con la misma ternura y la misma emoción. Era imposible que esa sensación tan maravillosa pudiese sentirla un ser malvado.

—Dominic —murmuró Claire cuando él se apartó un poco.

—Claire —suspiró Dominic, cerrando los ojos durante unos segundos para recomponerse. No apartó las manos del rostro de ella y le acarició despacio las mejillas—. Claire. Me habías asustado —le dijo, atreviéndose al fin a mirarla—. Creía que había llegado demasiado tarde y que te había perdido antes de encontrarte.

—Estoy bien —le aseguró ella, tocándole también la cara—. No deberías haber venido —añadió con tristeza—. Ahora corres peligro.

—Mi vida siempre ha corrido peligro. No te preocupes por mí.

—Por supuesto que me preocupo por ti, llevo siglos haciéndolo —dijo Claire sin pensar, y durante un segundo creyó que él no se había fijado en lo que acababa de decir.

Pero entonces Dominic, enarcó una ceja y le preguntó:

—¿Siglos?

Claire suspiró, frustrada consigo misma. Toda la vida comportándose con astucia y discreción y bastaba con que él le diese un beso —«El mejor beso de la historia de los

besos»— para que hablase sin pensar.

—¿Siglos? —repitió Dominic—. Nos conocimos en Londres hace unos meses — le dijo, haciendo referencia a cuando los dos habían sido prisioneros de Ezequiel en los sótanos de Vivicum Lab—. Me acordaría si nos hubiésemos conocido antes, créeme. —No añadió que eso era exactamente lo que desearía que hubiese sucedido.

—Tú me conociste hace unos meses —lo corrigió ella mirándolo a los ojos, unos ojos que ahora brillaban con inteligencia y algo de suspicacia—; yo te vi por primera vez cuando tenía seis años. Tú tenías doce.

La frase, de por sí simple, implicaba algo mucho más complejo.

—Tú tenías seis años y yo doce —repitió él, poniéndose en pie y apartándose un poco. No demasiado, pero ambos se echaron de menos al instante.

—Sí, tú volvías de nadar en el río y yo de recoger flores. Nos cruzamos en medio...

—... del camino que conducía al molino. Tú eres la niña de las trenzas. —A Dominic siempre le había extrañado que, a pesar del paso del tiempo, nunca olvidase el rostro de aquella niña que sólo había visto unos segundos mil años atrás. Ahora entendía el porqué.

—Sí.

—Pero entonces tú sabías que yo... —No podía ni decirlo—... Que tú y yo... Por todos los dioses.

«Si Claire me ha engañado y me ha utilizado no podré soportarlo».

—No exactamente. Pocos días después de que nos encontrásemos en el camino, mi madre y yo nos fuimos a vivir a Francia, a un pueblo llamado Caen. Años más tarde, tú fuiste allí en barco.

—Lo sé.

—Mi madre averiguó tu nombre y me llevó a verte a escondidas.

—¿Dónde? —la sorprendió él preguntando.

—En el muelle —respondió Claire.

—Ese día, sentí que alguien me estaba observando. Pensé que me estaba volviendo paranoico —dijo él, encogiéndose de hombros.

—Mi madre era una odisea y su don consistía en poder ver el futuro. Ella solía llamarlo su maldición, porque nunca podía hacer nada para alterar las visiones que tenía. Aquel día en el muelle me dijo que te llamabas Dominic Prescott y que si me acercaba a ti morirías. Yo era muy pequeña, pero sabía que mi madre hablaba en serio y, aunque me dolió en el alma, pues nada me habría gustado más que acercarme a ti y pedirte que vinieses conmigo, me fui de aquel muelle sin dirigirte la palabra.

—¿Sabías que yo era tu alma gemela y que tú eras la mía y te has pasado todos estos siglos lejos de mí? —Dominic quería comprenderla, pero no podía.

—No exactamente —confesó Claire, consciente de que ahora que había

empezado tenía que contarle toda la verdad.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Después del día del muelle, mi madre se aseguró de que nuestros caminos no volviesen a coincidir. Al principio se negó a hablarme del tema, pero con el paso del tiempo la convencí para que me contase qué había visto en su visión sobre los dos y me confesó que había tenido dos; en una, tú morías presa de las llamas y en la otra, la que se quemaba era yo. Poco antes de morir, me explicó también que estaba convencida de que tú y yo éramos almas gemelas, pero que era precisamente eso lo que nos mataría. Si sólo hubiese sido mi vida la que hubiese corrido peligro, habría ido a buscarte —le dijo ella, con lágrimas en los ojos al ver que Dominic se mantenía apartado—, pero tú también podías morir y no estaba dispuesta a correr ese riesgo.

—He estado solo más de mil años, Claire. Siglos durante los cuales he visto morir a muchos amigos. Siglos durante los cuales he llegado a creer que jamás encontraría a nadie con quien ser feliz. Solo, sintiéndome incompleto.

—Yo me he sentido igual —afirmó—, o peor.

—¿Peor? No creo que eso sea posible.

—¿Te acuerdas de aquel día en Vivicum Lab, cuando te pregunté qué lugar del mundo era tu preferido? Me dijiste que era un campo de lavanda en Sénanque. Yo también estuve allí y tuve el mismo presentimiento. Tú te sentías solo y creías que no había nadie para ti. Yo me sentía sola y sabía dónde estabas. Y no ir a buscarte me ha matado un poco cada día. Y llevo años siguiéndote.

—¿Siguiéndome? —Dominic se acercó a la cama en la que ella estaba ahora sentada.

—Sí. Al principio me dije que sólo lo hacía para asegurarme de que nuestros caminos no se cruzaban.

—¿Y después? —A Dominic le dio un vuelco el corazón al ver que ella se había preocupado por él durante todos esos años y se sentó a su lado. Poco a poco, fue deslizándose una mano por encima de la sábana hasta entrelazar los dedos con los suyos.

—Después —Claire tragó saliva al notar que Dominic la tocaba—, después supe que lo hacía porque quería estar cerca de ti, aun cuando tú no pudieses verme.

—Y ahora, ¿qué quieres hacer ahora?

—No quiero que te suceda nada malo, no quiero perderte, Dominic. No podría soportarlo. Y no quiero morir —añadió con una triste sonrisa.

—Ni se te ocurra pensarlo. Tú no morirás, ¿entendido? —le dijo, mirándola a los ojos.

—Pero puedo ser la causa de tu desgracia. —Se secó una lágrima y él se agachó y le dio un beso en la mejilla.

—No lo serás. Te lo prometo. Confía en mí, por favor —le pidió, apoyando la

frente en la de ella.

Claire levantó la mano que tenía libre y le acarició la nuca.

—Siempre me he preguntado cómo sería tocarte el pelo.

Los dos se quedaron en silencio durante unos segundos, acompasando sus respiraciones y sus corazones. Llevaban demasiados siglos separados; él convencido de que ella no existía, ella convencida de que si se acercaba a él, ambos morirían.

—Si yo soy la llave del infierno —le dijo él—, tú eres la única capaz de evitar que me convierta en un monstruo, Claire.

—Tú jamás te convertirás en un monstruo —le aseguró ella.

—Ya lo soy —confesó Dominic y, tras respirar hondo, se lo explicó—: No sé qué me hicieron en aquel laboratorio de Londres, pero desde entonces, la rabia y la ira me resultan mucho más difíciles de contener. A Ignaluk me acompañaron Veronica y Sebastian y cuando vi que él se iba con Ezequiel, ni siquiera me preocupé. Yo no soy así, no quiero ser así.

—Tranquilo —lo calmó ella, dándole un leve beso en los labios—. Según la profecía, la llave del infierno es el guardián más poderoso que ha existido y existirá jamás, es lógico que el mal forme parte de ti, Dominic. Forma parte de todos nosotros.

—¿Y si lo que dice Daniel es cierto? ¿Y si soy hijo de Ezequiel?

—Entonces vas a repudiar a tu padre. —Le colocó una mano encima del corazón y lo miró a los ojos—. Lo que importa de verdad es lo que sientas aquí. Llevo años observándote, has tenido millones de oportunidades de convertirte en un villano y nunca lo has hecho. No empezarás ahora.

—¿Te quedarás conmigo? —le preguntó él. Después de la tensión de los últimos meses y de las dudas sobre sí mismo que llevaban días acechándolo, Dominic necesitaba aferrarse a Claire.

—Me quedaré contigo —prometió ella, abrazándolo—. Y ahora descansa un poco.

Daniel fue el primero en aparecer en la recepción del hotel, probablemente porque él no había tenido que pelearse con seis soldados del ejército de las sombras y porque no lo habían envenenado ni drogado ni le habían dicho que su padre era en realidad un enviado del infierno.

Veronica llegó diez minutos más tarde. Era evidente que no había dormido nada y que había llorado, pero como también era evidente que no quería hablar del tema, Daniel no le preguntó qué le sucedía y se limitó a ayudarla con el equipaje.

Cinco minutos después, bajaron la escalera Dominic y Claire. La odisea tenía mejor cara y caminaba por su propio pie, aunque el guardián la sujetaba del brazo. Era un gesto caballeroso, pero Daniel tuvo la sensación de que si alguien intentaba separarlos, Dominic extendería las garras de acero. No llevaban equipaje ni iban vestidos para el viaje, así que supuso que no tenían intención de volver a Londres con ellos.

—¿Estás seguro de que quieres quedarte, Dominic? —le preguntó directamente—. Podríais venir a Londres y volver dentro de unas semanas, cuando los ánimos estén más calmados. —«Y cuando Ewan tenga más información acerca de la profecía».

—Todos sabemos que Ezequiel destruirá la instalación de Ignaluk tan pronto como le sea posible. De hecho, me sorprende que todavía siga en pie —añadió Dominic—. Volveremos a la isla y si encontramos algo que pueda sernos de ayuda, os lo comunicaremos en seguida.

—Oh, está bien —suspiró Daniel, resignado—. ¿Quieres que nos quedemos todos? Ewan probablemente me matará, pero...

—No —respondió en seguida Dominic—. Veronica tiene que volver a Londres cuanto antes y hablar con Elliot.

Veronica le dio las gracias con la mirada.

—No te preocupes, Daniel —dijo Claire—, yo cuidaré de él.

—Me rindo —reconoció el joven Jura levantando ambas manos. Se acercó a la recepción y depositó una bolsa negra encima—. Aquí hay móviles, dinero y tonterías por el estilo. Ya conoces a mi hermano, insiste en prepararnos siempre el equipaje. En el hangar está el helicóptero preparado y si necesitáis un avión sólo tenéis que llamar.

—Dales las gracias a todos de mi parte —le indicó Dominic—. Os llamaré en cuanto sepa algo.

—Más te vale. —Se acercó a él y le dio un abrazo y luego se despidió de Claire con dos besos en la mejilla.

Daniel y Veronica abandonaron el hotel y dejaron solos a Claire y a Dominic. Después de la intensa conversación de la noche, los dos se habían quedado dormidos en brazos del otro y, cuando se despertaron, ambos sintieron un poco de vergüenza. Y mucho deseo. Se vistieron casi en silencio, desnudándose con la mirada. Cuando bajaron la escalera para ir a despedirse de sus amigos, Dominic quedó hipnotizado con el movimiento de las caderas de ella y con el perfume de su piel. Por todos los dioses, nunca ninguna mujer lo había afectado de ese modo. «Porque ninguna era tu alma gemela», le susurró el guardián. Tenía razón, pero no era sólo eso. En el pasado, cuando había tenido relaciones, Dominic siempre se había considerado un amante atento y cariñoso, incluso tierno. Pero cuando miraba a Claire no quería ser tierno; quería poseerla del modo más primitivo posible. Quería marcarla como suya. Y quería que ella hiciese lo mismo con él. No podía seguir pensando esas cosas. Ahora tenía que concentrarse en ir a Ignaluk y buscar algo, lo que fuese, que pudiese llevarlos hasta Ezequiel. Pero era superior a sus fuerzas y, si cerraba los ojos, no dejaba de ver imágenes de ellos dos en aquella cama en la que habían dormido, aunque haciendo el amor. Él estaba delante de ella y la levantaba en brazos para pegar su cuerpo desnudo al suyo, se deslizaba en su interior y no dejaba de besarla y, cuando ambos estaban a punto de alcanzar el orgasmo, la mordía y podía...

—¿Dominic?

—¿Sí? —contestó él tras carraspear.

—Tú sabes que soy una odisea, ¿no? —le preguntó Claire mirándolo a los ojos.

—Sí, por supuesto —dijo. ¿Estaba sonrojada o eran imaginaciones tuyas?

—¿Sabes en qué consiste mi don? —prosiguió ella.

—No. —«Debería de habérselo preguntado».

Claire le sonrió y se puso de puntillas para poder rodearle el cuello con los brazos. Se pegó a él y notó que los músculos del torso de Dominic temblaban bajo el jersey.

—¿En qué consiste? —le preguntó él tras tragar saliva, para ver si así lograba dominar la erección que empezaba a aparecer tras sus pantalones.

—Puedo oír los pensamientos de los demás. —Esperó a que lo comprendiese y supo que lo había hecho cuando Dominic la miró avergonzado—. Y los tuyos me están volviendo loca. Así que, ¿qué piensas hacer al respecto?

—Yo, lo siento —farfulló él.

—Yo no.

Claire separó los labios y le dio a Dominic el beso que llevaba toda la vida esperando. Lo besó con fuego y pasión y también con la ternura que él había creído no poder asociar con la intensidad. Lo besó y le acarició el pelo de la nuca y cuando suspiró excitada, movió las caderas para acercarlas a la erección que ahora ya era innegable.

—La primera vez que te vi con una mujer le habría arrancado la cabeza —le dijo, pegada a sus labios.

—Ya no me acuerdo de ninguna —le aseguró Dominic, deslizando las manos por debajo de la camiseta de ella, para poder tocarle la piel.

—A la segunda le habría tirado de los pelos —susurró Claire junto a su oreja, después de mordérsela.

Él se estremeció y subió las manos para poder tocarle los pechos. Ella tembló cuando sus dedos alcanzaron su objetivo.

—A la tercera estuve a punto de lanzarle una maldición —le dijo, lamiéndole el cuello, justo por donde se dibujaban las líneas negras del tatuaje.

—No habría habido ninguna si te hubiese encontrado antes —aseguró él, empujándola hacia la chimenea que había en un extremo. Alguien la había encendido y Dominic le dio las gracias mentalmente, porque se veía incapaz de eliminar la distancia que había entre aquel vestíbulo y la habitación—. Ninguna.

Claire notó que su espalda chocaba contra la pared y abrió los ojos, que había cerrado para disfrutar más de los besos y las caricias de Dominic. Vio que él apartaba las manos de debajo la camiseta y tiraba de ella hacia arriba. Dejó que lo hiciera y le sonrió cuando la prenda aterrizó en el suelo.

—Quítate el jersey —le dijo entonces con voz ronca.

Dominic obedeció y volvió a acercársele. Habían dormido vestidos y era la primera vez que sus torsos desnudos se tocaban. Claire habría jurado que sus corazones se acompasaron tras el primer segundo. Él la miró y dejó que la lujuria y el deseo impregnasen su mirada y entonces la besó sin contener nada de lo que estaba sintiendo. Le devoró los labios y, con la lengua, imitó lo que se moría por hacer con otra parte de su cuerpo. Y cuando ninguno de los dos podía contener ya los gemidos de placer, se apartó y empezó a besarle el cuello y el hombro. Despacio, fue descendiendo por el escote y se detuvo para besar ambos pechos por encima del sujetador, que hasta el momento no había sido capaz de quitarle. Claire arqueó la espalda en busca de más caricias y él sonrió al comprobar que ella se sentía igual de desconcertada y excitada que él.

Claire movía las manos, nerviosa; no sabía si quería tocarle los brazos, los hombros, la espalda, que parecía cincelada en acero, los pectorales, el sensual camino de vello que le recorría el torso hasta el ombligo...

Dominic decidió por ella y se las sujetó.

—Déjalas aquí —le dijo, colocando las manos de Claire encima de los hombros de él—. Y no te muevas.

Siguió besándole los pechos. Se los recorrió con la lengua y se le aceleró la respiración al notar cómo se excitaban bajo sus labios. Después, se puso de rodillas y le besó el ombligo mientras le desabrochaba el cinturón y el botón de los vaqueros.

Notó que a ella le temblaban las manos y tiró levemente del pantalón para dejar al descubierto la delicada ropa interior que cubría su sexo. Se estremeció al estar tan cerca de ella y supo que jamás había estado tan excitado.

—Yo... —intentó hablar, pero el deseo estuvo a punto de impedirselo. Respiró hondo y volvió a intentarlo—. Yo quiero matar lentamente a cualquiera que te haya tocado —confesó, acercando el rostro al sexo de Claire. A ella se le puso la piel de gallina y entonces él continuó—: Quiero borrar de tus recuerdos las caricias de cualquier otro. —Con los dientes, capturó la parte superior de la ropa interior y tiró de la misma hacia abajo. Los dedos de Claire se aferraron a sus hombros—. Quiero que tu cuerpo sepa que me pertenece. —Despacio, muy despacio, le dio un beso justo en la entrepierna—. Quiero que todos tus temblores sean sólo míos. —Otro beso y dejó que su lengua la recorriese—. Quiero quedarme todos tus suspiros. —Respiró y su aliento le acarició el sexo hasta hacerla estremecer—. Quiero borrar tu pasado y ser el amo de tu futuro.

—Dominic... —gimió Claire, que jamás se había imaginado reaccionando así ante un hombre. «Él es Dominic».

—Pero lo que más deseo en este mundo... —Colocó las manos en las caderas de ella para evitar que se moviese... lo que quiero con todas mis fuerzas... —Lamió el lugar más íntimo de Claire y se perdió en su sabor... lo único que quiero... —Repitió la caricia hasta notar que el cuerpo femenino empezaba a rendirse... es pertenecerte a ti.

El orgasmo de Claire llevó a Dominic al clímax y se sujetó de la cintura de ella mientras ambos temblaban. Al terminar, él se puso en pie y la cogió en brazos para llevarla frente a la chimenea, donde la sentó en un sofá y la rodeó con los brazos. Volvieron a besarse, besos menos desesperados pero no menos intensos. Y no dejaron de tocarse en ningún instante. Cuando sus respiraciones y sus corazones estuvieron algo más calmados, Dominic la cogió de nuevo en brazos y empezó a subir la escalera que conducía a las habitaciones.

—Puedo caminar —le dijo ella con una sonrisa.

—Me gusta llevarte así —replicó él, satisfecho y feliz probablemente por primera vez.

Entraron en el dormitorio y la tumbó en la cama, como el día anterior, pero en esta ocasión Dominic se tumbó encima de ella y empezó a besarla como si llevase años y no unos meros minutos sin hacerlo. Claire respondió con la misma pasión y le recorrió la espalda con manos ansiosas. Los dos seguían llevando los pantalones, y él odió ambas prendas y se dispuso a deshacerse de ellas. Se puso en pie un instante para quitarse los vaqueros negros y los calzoncillos en un único movimiento y se sonrojó un poco al ver que Claire lo miraba con deseo. Nunca antes lo habían mirado así, o nunca antes le había afectado del mismo modo. Desnudo junto a ella, la ayudó a

desprenderse de los pantalones y luego la tumbó con delicadeza para quitarle el sujetador. Y cuando Claire estuvo por fin desnuda a su lado, Dominic supo que haría cualquier cosa, cualquiera, con tal de poder pasarse el resto de su vida a su lado.

Incapaz de dar voz a todo lo que estaba sintiendo, volvió a besarla y dejó que fuese su cuerpo el que le dijese que la amaba y que no podía imaginarse el futuro sin ella. El pasado no había tenido más remedio que afrontarlo solo, pero el futuro no existiría sin Claire. La besó y se colocó despacio encima de ella para no hacerle daño. Aunque fuese una odisea, él pesaba cincuenta kilos más que ella y cuando el guardián le hiciese el amor por primera vez a su alma gemela, seguro que perdería el control. «Y tú últimamente no tienes en exceso», pensó Dominic. Ambos se deseaban demasiado como para seguir esperando, pero él preferiría morir antes que hacerle daño. Entonces, le pasó un brazo por debajo y la atrajo hacia él y los cambió de postura. Se quedó tumbado en la cama, con ella encima.

Claire lo miró perpleja durante un segundo y luego le sonrió. Dominic vio sus pechos y empezó a plantearse si había sido buena idea aquella postura; aquellos pechos podían volverlo completamente loco. Por no hablar de la piel de ella, que parecía resplandecer bajo la tenue luz que se colaba por la ventana. No, iba a tener que controlarse de otro modo, al menos esa primera vez. Levantó los brazos y pasó las manos por detrás del cabezal de la cama.

Claire comprendió lo que estaba haciendo y se enamoró mil veces más —como si fuese posible estar más enamorada de él de lo que ya lo estaba—. Se agachó y le dio un beso en los labios y los cuerpos de los dos temblaron al mismo tiempo. Besó a Dominic y, con cada gemido que escapaba del guardián, se excitaba más. Descendió por su torso y le besó el tatuaje hasta llegar a un pectoral y le clavó los dientes para dejar una marca propia junto al dibujo.

—Dios, Claire —dijo él entre dientes y la madera del cabezal crujió bajo sus dedos—. Hazme el amor.

Ella descendió y le dio un beso en el ombligo y luego le recorrió la erección con la lengua.

—Dios —repitió Dominic—. Hazme el amor. —El cabezal iba a romperse de un momento a otro—. Por favor.

Claire se colocó encima de él y sujetó la poderosa erección entre sus dedos. La notó temblar y no supo si el temblor provenía de Dominic o de sí misma. Se incorporó un poco y, despacio, fue descendiendo hasta que él quedó completamente arropado dentro del cuerpo de ella. Claire jamás se había sentido tan llena. Jamás se había sentido tan unida a otra persona. Y no sólo por medio de su cuerpo, porque en aquel instante él abrió los ojos y ella supo que sus almas también se estaban uniendo.

—Dom, te amo —le confesó en voz baja y con lágrimas en los ojos de tan intenso como era el momento.

Él arqueó las caderas hacia arriba y la conquistó del todo.

—Yo también te amo, Claire. Te amo. Te amo. —No podía dejar de decirlo ni de sentirlo.

Hicieron el amor sin apartar la mirada el uno del otro, ella no escondió los remordimientos que tenía acerca del tiempo que habían pasado separados y él no ocultó el miedo que tenía de terminar convertido en un monstruo.

Por fin se habían encontrado y juntos podían enfrentarse al mismo infierno.

Dominic y Claire se despertaron unas horas más tarde y volvieron a besarse y a hacer el amor bajo las sábanas rosadas de aquella habitación de hotel. Cuando terminaron, se quedaron abrazados y ella le contó todas las veces que lo había espiado a lo largo de los años y le dijo que le gustaba creer que era su ángel de la guarda. Dominic le contó lo solo que se había sentido hasta que conoció a los Jura y a los Whelan y que con ellos se había sentido parte de una familia. Después se ducharon y se vistieron y bajaron a comer algo y a hacer planes. A Claire no terminaba de gustarle la idea de volver a Ignaluk, pero como no quería que Dominic fuese solo, lo acompañó.

Llegaron a la isla sin demasiados problemas y lo primero que los sorprendió a ambos fue que no había el menor rastro ni de Ezequiel ni de sus hombres. De hecho, lo único que le faltaba a la que había sido la cárcel de Claire era un cartel en el que pusiese «Entrada libre, pasen y vean». No había alarmas por ninguna parte, ni tampoco trampas, ni medidas de seguridad. Ni siquiera había un perro.

—Esto no me gusta nada —dijo Dominic.

—Ni a mí. Quizá sería mejor que nos fuéramos —sugirió, esperanzada.

—No, pero si quieres, puedes esperarme en el helicóptero.

—No. Voy contigo —afirmó, entrelazando sus dedos con los suyos.

A Dominic le dio un vuelco el corazón y juntos fueron avanzando por el pasillo principal del edificio de lord Ezequiel. Todas las puertas estaban abiertas y todos los despachos por los que pasaban estaban vacíos. Todos excepto uno, en el que había un ordenador. Entraron y, cuando él tocó una tecla, el monitor se encendió y apareció Ezequiel en pantalla.

—Veo que por fin habéis encontrado mi pequeño regalo —dijo la grabación—. Espero que no hayáis tardado demasiado. Querido Dominic —sonrió con maldad—, no te imaginas la sorpresa que me llevé cuando, en Londres, los estúpidos de mis científicos me dijeron que tu sangre no funcionaba. Verás, necesitaba la sangre de un guardián y, bueno, me parece que tanto tú como yo sabemos que tú no eres exactamente guardián al cien por cien, ¿no? Al principio no me di cuenta y cuando te escapaste no me preocupé demasiado. En realidad, no me preocupé lo más mínimo. Pero luego, cuando me di cuenta de que había un guardián descuartizando a mis soldados empecé a sospechar. ¿A que es maravilloso arrancarle la vida a alguien, *hijo*? Si un guardián estaba cometiendo actos bárbaros... —Puso cara de escándalo— ... significaba que uno de esos santurrones se había vuelto un poco malo. Y eso,

aunque me alegra, pone en peligro mi propia existencia, ¿no crees? Al fin y al cabo, la llave del infierno, o sea, tú, puede hacerme desaparecer para siempre. Como comprenderás, no podía correr ese riesgo y por eso mismo retuve a la señorita London hasta asegurarme de que tú eras su alma gemela.

Dominic sujetó la mano de Claire y se la estrechó con fuerza.

—Antes de que tú y tus amigos vinieseis a rescatarla tan heroicamente, le administré a la señorita London un veneno de mi propia creación. Si mis cálculos son acertados, y siempre lo son, le quedan seis días de vida a contar desde que os la llevasteis de aquí.

—Dios mío —musitó Claire.

—La buena noticia es que existe un antídoto. —Ezequiel levantó en el vídeo una mano y enseñó un vial—. Si lo quieres, ven a buscarlo. Estaré encantado de dártelo a cambio de tu vida. Te estaré esperando en la casa de Roma, justo al lado del Vaticano; uno siempre tiene que estar cerca de la familia.

Dominic abrazó a Claire y la estrechó contra su pecho.

—No te pasará nada, no lo permitiré —juró entre dientes.

—Mi madre tenía razón, su don era una maldición; nunca podía hacer nada para cambiar el resultado de sus visiones. —Notó que empezaba a llorar y se secó las lágrimas con la mano—. Me he pasado mil años evitándote y ahora, cuando estoy a punto de creer que podemos ser felices juntos, sucede esto.

—No sucederá nada. Seremos felices juntos, Claire.

—No, ¿acaso no lo entiendes? Si vas a Roma, Ezequiel te matará.

—Y si no voy, tú morirás.

—No voy a permitir que vayas —aseveró ella—. Podemos ir a Londres y pedirles a los Jura y a los Whelan que nos ayuden a encontrar el antídoto. Daniel ha dicho que su cuñada era científica y tú eres médico.

—No tenemos tiempo de correr ese riesgo.

—Ir a ver a Ezequiel es un suicidio.

—¡No puedo perderte, Claire!

—¡Y yo a ti tampoco!

Dominic la besó allí mismo con toda la pasión y la rabia que estaba sintiendo. Furioso con él por haberse permitido soñar y con ella por ser su sueño. Incluso entonces, con Claire en sus brazos y devolviéndole el beso, podía notar cómo toda aquella oscuridad que había creído derrotar la noche anterior mientras hacían el amor volvía multiplicada por tres. Desesperado por recuperar la paz que sólo había sentido con ella, aumentó la intensidad del beso y no se apartó hasta que volvió a creer que lograría salvarlos a ambos.

—Te amo, Claire. No voy a permitir que ese monstruo nos arrebatte el futuro. Volveremos a Siberia y tú te irás a Londres para que Julia y todos los médicos de

Inglaterra si hace falta empiecen a buscar el antídoto.

—¿Y tú?

—Yo iré a Roma a encargarme de ese bastardo.

—No.

—Sí.

—Sea lo que sea, Dominic, hagámoslo juntos —le dijo ella, mirándolo a los ojos—. Si sólo nos quedan cuatro días, no quiero que los pasemos separados.

Él comprendió perfectamente lo que Claire le estaba diciendo y aceptó tras aflojar el nudo que se le había hecho en la garganta.

—De acuerdo, iremos los dos a Roma.

Piazza di Siena, Roma

Sebastian iba a morir encadenado en aquella celda e iba a hacerlo sin despedirse de Veronica y sin decirle que la amaba. Pero lo que más le dolía era pensar en el daño que probablemente le había hecho ya a la única persona que había amado en este mundo. «Quizá ella te olvide en seguida. Al fin y al cabo, estuvisteis poco tiempo juntos y sólo la besaste». Sebastian no sabía si ese pensamiento lo aliviaba o lo torturaba más, pero era el único que tenía.

Después de beber la sangre de Ezequiel en su maldito despacho, la mente se le quedó en blanco. Ahora creía que había sido el modo que había tenido su cuerpo de protegerse y de vencer al veneno de Ezequiel, el único problema era que la conexión mental con Veronica se había roto durante el proceso. Sebastian recuperó la conciencia en el avión, rumbo a Italia, y consiguió seguirle el juego a Ezequiel hasta llegar a aquella lujosa mansión que sin duda era la antesala del infierno. Pero cuando el señor de las sombras los mandó a él y a los que iban a ser sus inferiores a una misión, perdió el control. Dicha misión consistía en matar a la familia de un párroco local que había osado rechazar el «generoso» ofrecimiento de Ezequiel: poder y lujo a cambio de su alma.

Sebastian guió a los soldados hasta su objetivo y una vez allí, les dio una paliza y ayudó a huir a aquella pobre familia. Debería haber imaginado que Ezequiel no se fiaba completamente de él, pero cuando vio a aquellos otros dos soldados que salían de entre las sombras no tuvo tiempo de reaccionar. Estaba herido de la pelea anterior y llevaba días fingiendo que no tenía hambre porque no se fiaba de la comida que servían en la mansión. Los dos soldados le dejaron clara la opinión que les merecía un traidor como él y, tras dejarlo inconsciente a base de golpes, lo encerraron en aquel sótano. Sebastian comprendía perfectamente la reacción de esos soldados, igual que comprendía la desconfianza de Ezequiel, lo que no lograba comprender era por qué seguía vivo.

«Probablemente quiere matarme él en persona, eso si la infección de esta herida o la falta de sangre no me matan antes».

Oyó que se abría la puerta del calabozo y se preparó para recibir otra paliza. Desde que le habían encadenado a aquella pared, no había ido a verlo nadie y supuso que ahora algún soldado debía de estar aburrido y había decidido ir allí en busca de entretenimiento.

Efectivamente, apareció un soldado, pero mucho más joven de lo que había supuesto Sebastian y mucho menos sediento de sangre. El chico se quedó de pie, mirándolo sin hacer nada.

—Si quieres darme un puñetazo, hazlo ya, antes de que me quede dormido —lo conminó Sebastian.

—¿Te resultó muy duro superarlo? —le preguntó el joven, apartando la mirada.

—¿El qué? —La pregunta lo sorprendió tanto que no logró contener una propia.

—La adicción a la sangre.

Sebastian miró al joven soldado con interés renovado. ¿Aquel chico se estaba planteando abandonar el ejército de las sombras?

—Mucho —respondió sincero—, pero vale la pena.

—¿Por qué?

«¿Por qué?» Él se lo había preguntado varias veces y siempre llegaba a conclusiones filosóficas, tipo que así había recuperado su alma o que así podía vivir consigo mismo. Y, aunque esas afirmaciones eran ciertas, la verdad era que, en su caso, sólo había un motivo que hacía que hubiese valido la pena.

—Porque me he enamorado. —El soldado lo miró como si se hubiese vuelto loco. Probablemente, aquel chico había ido allí en busca de respuestas más complejas o quizá para reírse de él, pero Sebastian sólo podía ser sincero—. Se llama Veronica. —A ella jamás le diría que la amaba, pero decírselo en voz alta a otra persona lo hacía sentir un poco mejor.

El soldado abrió los ojos, esperanzado.

—Yo conocí a una chica dos días antes de que... —Levantó una mano y se señaló la marca del cuello—. Creía que ya no podía tener esa clase de emociones —añadió con cautela.

—Podrás tener las emociones que quieras —dijo Sebastian—, pero antes tendrás que volver a ser tu dueño. El vínculo con Ezequiel es muy fuerte, pero si de verdad así lo quieres, podrás romperlo.

—Ahora no puedo irme, mi hermano también está aquí y él —suspiró abatido—, él quiere quedarse.

—Es decisión tuya —afirmó Sebastian, consciente de que en realidad así era.

El joven asintió y se dio media vuelta y él supuso que iba a irse para no volver, pero el soldado sencillamente abrió un compartimento oculto en la pared y sacó una

llave.

—Me llamo Claudio —le informó, mientras le quitaba las esposas—. Te ayudaré a salir de aquí, pero cuando llegues a la calle estarás solo, yo no puedo arriesgarme tanto.

—Gracias, Claudio.

Éste lo sujetó por la cintura para que no se cayese al suelo y lo apoyó contra la pared. Después, subieron juntos la escalera y lo acompañó hasta una puerta trasera sin que nadie los viese.

—Buena suerte, Sebastian —le deseó el joven soldado.

—Cuando salgas de aquí —le dijo él, convencido de que algún día Claudio abandonaría el ejército de las sombras—, ven a buscarme.

Se ocultó en un callejón, esperó un tiempo prudencial para asegurarse de que no lo seguía nadie y luego se abrió paso por las laberínticas calles romanas hacia uno de los pisos que en esa ciudad tenían los gladiadores. Cruzó los dedos para que Elliot no hubiese decidido dejarlo durante su ausencia.

Por fortuna, el piso seguía existiendo.

Por desgracia, no había provisiones de sangre.

Sebastian estaba muy malherido y tenía que alimentarse, pero si había sobrevivido a aquella pesadilla sin beber de un ser humano, no iba a rendirse ahora. Se llevó una mano a la frente y notó que estaba ardiendo. En el piso no había nada de comer, pero era imposible que no hubiese un teléfono en ninguna parte. Lo buscó frenético, negándose a rendirse ahora que estaba tan cerca de conseguirlo. Lo encontró; un móvil minúsculo pegado a un cajón. Elliot podía ser un neurótico a veces. Marcó el número de su amigo y mentor y esperó. Si no le contestaba... Contestó.

—¿Sí?

—¿Elliot?

—¿Sebastian? —La voz del otro gladiador desprendía felicidad y confusión al escuchar la suya.

—Sí. —Suspiró aliviado—. Estoy en el piso de Roma.

—¿Estás bien?

—No —farfulló él, notando que le fallaban las fuerzas—. Necesito ayuda.

—Aguanta —le ordenó Elliot con su tono más marcial.

—Dile a Veronica que la quiero...

—¡Sebastian! ¡Sebastian! Maldita sea. —Elliot colgó el teléfono y se volvió hacia las personas que estaban reunidas con él. Una en concreto lo miraba con lágrimas en los ojos.

—¿Era Sebastian? —le preguntó Veronica Whelan con el corazón en un puño.

—Sí, era él.

—¿Está bien? ¿Dónde está? —le preguntó, secándose una lágrima.

—No sé cómo está. Vivo, lo cual ya es un milagro después de lo que me habéis contado. Está en Roma, en uno de los pisos que tenemos allí. Tal como os he explicado, Ezequiel pasa mucho tiempo en esa ciudad. Me temo que tendremos que dejar el resto de la reunión para más adelante, tengo que volver a Roma cuanto antes.

—Te estamos muy agradecidos por tu colaboración, Elliot —admitió Ewan, tendiéndole la mano— y espero que sepas que puedes contar con nosotros para lo que necesites. A partir de ahora, los guardianes y los gladiadores ya no están solos.

—Yo voy contigo —anunció Veronica.

—Contaba con ello —reconoció Elliot con una sonrisa—. Sea lo que sea lo que le haya sucedido a Sebastian, tú eres el motivo por el que sigue vivo y entre nosotros.

—Gracias, Elliot —respondió ella, sincera.

—Volveré dentro de unos días, Ewan. Gracias de nuevo por todo.

Elliot y Veronica cogieron un vuelo en Heathrow y, unas horas más tarde, aterrizaron en el aeropuerto de Leonardo da Vinci. Veronica no podía contener las ganas que tenía de ver a Sebastian, pero a medida que iban acercándose al piso de los gladiadores notaba un dolor más y más intenso en el estómago y en el pecho. La única persona que la había afectado de ese modo era Sebastian y si estando todavía lejos de él ya podía sentir su dolor, entonces Sebastian estaba sufriendo mucho. Y ella tenía que ayudarlo como fuese.

—Elliot, ¿puedo pedirte un favor? —le preguntó al hombre que había salvado a Sebastian del ejército de las sombras.

—Dime —dijo él sin comprometerse.

—Cuando lleguemos al piso, ¿puedo subir yo sola?

Elliot la estudió antes de responder.

—No sé si es seguro —señaló—. Sebastian puede haber... recaído, o estar a punto, y podría estar violento —se obligó a añadir.

—Él nunca me haría daño —afirmó convencida—. Y yo puedo ayudarlo.

—Veronica, no sé si...

—Por favor —le suplicó ella, cogiéndole las manos—. Por favor.

El conductor detuvo el coche y Elliot la miró de nuevo.

—Está bien, pero si dentro de media hora no tengo noticias subiré a buscarte.

—¡Gracias! —Le dio un beso en la mejilla.

—Y si sucede algo, lo que sea, quiero que salgas de allí corriendo. Nosotros estaremos aquí esperándote.

—De acuerdo —le prometió.

—Y llévate esto. —Le entregó una pistola con dardos tranquilizantes—. Por si acaso.

Veronica no quería cogerla, pero supo que si no lo hacía, Elliot no la dejaría subir.

—Está bien, pero seguro que no hará falta.

—Eso espero, Veronica, eso espero. Vamos, es esa puerta blanca de allí. —Se la señaló a través de la ventana del coche—. Buena suerte.

Ella le dio otro beso en la mejilla y salió del vehículo.

A Sebastian le quemaba la piel y no podía dejar de temblar. Maldito fuera, había logrado sobrevivir al ejército de las sombras por segunda vez y ahora iba a morir solo en aquel estúpido apartamento. Después de llamar a Elliot se dio una ducha e intentó limpiarse la herida lo mejor que pudo, pero no tenía buen aspecto y él estaba muy débil. Demasiado.

—¿Sebastian?

Y ahora se estaba volviendo loco, porque le pareció oír la voz de Veronica. «Bueno, si vas a morir, al menos la habrás visto por última vez, aunque sea en tu imaginación».

—¡Sebastian! —exclamó Veronica al verlo tendido en la cama y prácticamente inconsciente—. Dios santo —masculló al verle la herida del hombro y de la pierna. La primera estaba infectada y la segunda iba en camino de estarlo. Estaba ardiendo de fiebre y tenía un par de costillas rotas y el hígado...

—Me estoy muriendo —dijo él, tras humedecerse los labios—. Al menos he podido verte una última vez. —Levantó una mano para acariciarle el rostro, convencido de que desaparecería cuando la tocase. Al sentir su mejilla bajo los dedos, abrió los ojos, desenfocados—. ¿Veronica?

—Estoy aquí —afirmó ella, apretando la palma contra su cara y dándole un leve beso—. Vas a ponerte bien.

—No. —Sebastian tosió sangre—. Se me ha infectado la herida y seguro que tengo alguna hemorragia interna.

—Vas a ponerte bien —repitió ella, intentando concentrarse para eliminar las heridas de él.

—En la isla —empezó Sebastian necesitando contarle la verdad—. En la isla, yo no... Ezequiel te tenía encerrada en aquella cámara con el veneno. Me dijo que si bebía su sangre y me iba con él os dejaría huir a los tres.

—Oh, Sebastian, no deberías...

—Volvería a hacerlo. Te amo, Veronica. Mi amor probablemente no vale nada y es un amor peligroso.

—Tranquilo —le acalló, colocándole una mano en los labios.

Entonces él comprendió lo que ella pretendía hacer y se puso furioso.

—¡No! ¡Puedes morir, Veronica! Dominic me explicó que si intentabas quedarte con el dolor de alguien que estaba a punto de morir, corrías el riesgo de morir tú también.

—Pues voy a correrlo, porque si tú te mueres, me moriré de todos modos —le

dijo, mirándolo a los ojos—. Yo también te amo, Sebastian.

—No pienso permitirte, Veronica. Te amo, déjame morir sabiendo que he hecho algo bien en la vida.

—¡No! Si de verdad me amas...

—¿Si de verdad te amo? Te amo tanto que por ti me bebí la misma sangre que me convirtió en un monstruo. Te amo tanto que haría cualquier cosa que tú me pidieras: por ti renunciaría a mis principios, a mi honor, a mis creencias. A mi vida.

Ella lo sujetó por los hombros y lo zarandeó un poco para que la mirase. Sebastian estaba tan cansado que iba cerrando los ojos y Veronica tenía miedo de que no volviese a abrirlos.

—Vive por mí, Sebastian. Esto es lo único que te pido. Vive y quédate a mi lado. Dame tu vida y yo te daré la mía y juntos quizá algún día creemos una nueva. Por favor.

—No puedo permitir que arriesgues tu vida por mí, no me lo pidas. Si algo saliese mal, perdería mi alma para siempre —le suplicó él, también con lágrimas en los ojos.

—Entonces, tiene que haber algo que podamos hacer. Aunque ya no seas esclavo de la sangre de Ezequiel, sigues teniendo el cuerpo de un soldado y sé por experiencia que son difíciles de matar.

—Eso es porque beben sangre, y yo...

—¿Eso es todo? —Veronica se apartó el pelo del cuello y se tumbó junto a él—. Muérdeme.

—No puedo.

—¡Por supuesto que puedes! Tú me amas, yo te amo, nada de lo que suceda entre los dos puede estar mal.

—Yo...

—Por favor, Sebastian. Hazlo por nosotros. —Veronica se acercó más y le dio un beso en los labios, comprobando, preocupada, que la fiebre era altísima y que él apenas respondía al beso. Asustada, se puso en pie y fue al baño en busca de algún objeto punzante. Encontró unas tijeras que él había utilizado para cortar la venda y volvió a la cama. Sin dudarle ni un segundo, se hizo un corte profundo en la muñeca y la acercó a los labios de él—. Por favor, Sebastian —le susurró al oído—. Por favor.

Él siguió sin reaccionar y ella se abrazó con fuerza a su cuerpo.

—Te quiero, Sebastian —le dijo pegada a él—. Te amo. No me dejes aquí sola, por favor. La leyenda de las ilíadas es verdad, si tú te vas, yo me moriré dentro de poco. Mi corazón jamás te olvidará y un día se cansará de latir sin el tuyo a su lado. No te mueras, ¿me oyes?

Los labios de Sebastian empezaron a moverse y Veronica sintió tal alivio que las lágrimas empezaron a resbalarle por las mejillas. Él bebió primero despacio y con mucho esfuerzo, pero a medida que su cuerpo se iba recuperando ella notó que ya no

estaba tan frío y que iba recuperando la vida. Levantó la mano que no le tenía sujeta y le acarició el pelo mientras le susurraba al oído lo mucho que lo amaba y cuánto lo había echado de menos. Y también le dijo que siempre había sabido que no los había traicionado y que los guardianes ya estaban trazando un plan para ir a buscarlo antes de que él llamase. Y le dijo que, cuando salieran de allí, no volvería a perderlo de vista nunca más y que si hacía falta, cada día le daría su sangre para que nadie pudiese volver a romper jamás la conexión entre ellos. Veronica le fue contando todo eso mientras le besaba las cejas, el cuello —incluida la marca del ejército de las sombras—, los pómulos, la nariz. De repente, los labios de Sebastian dejaron de moverse y le soltó la muñeca. Veronica se asustó y pensó que quizá algo iba mal, pero entonces él la miró a los ojos y susurró:

—Te amo, Veronica.

—Y yo a ti, Sebastian.

Y acto seguido él la besó y le demostró que por ella era capaz de enfrentarse a todo, incluso a sus propios miedos.

Dominic y Claire viajaron a Roma a la mañana siguiente de haber visto la grabación de Ezequiel. Tal como había dicho Claire, si aquéllos iban a ser los últimos días que les quedaban, iban a pasarlos juntos. La tarde antes de partir la pasaron desnudos, haciendo el amor en la misma cama donde se habían confesado sus sentimientos por primera vez y los dos utilizaron los besos y las caricias para decirse que se amaban y que no iban a permitir que el uno se fuese de aquel mundo sin el otro.

Dominic estaba decidido a entrar en el infierno si así lograba salvar a Claire de una muerte segura. Y ella estaba decidida a impedirselo. Sus objetivos finales eran opuestos, pero ambos perseguían lo mismo: salvar al otro y encontrar el modo de estar juntos para siempre.

El único momento en que discutieron antes de iniciar el viaje fue cuando Claire le pidió que informase a Ewan y a los demás acerca de su destino y él se negó. Dominic sabía que si hablaba con alguno de sus amigos, con el que fuera, intentarían convencerlo de que lo que iba a hacer era una locura y querrían ayudarlo. Y no quería correr el riesgo de que algo saliese mal y uno de ellos tuviese que pagar las consecuencias de sus actos. Y, si era sincero consigo mismo, tenía que reconocer que una parte muy importante de él tenía miedo de ceder al mal y de caer en las redes de Ezequiel, y no quería que ninguno de aquellos hombres a los que tanto respetaba lo presenciase.

Claire le dejó claro que creía que esa actitud de héroe de novela del siglo XVIII no los iba a ayudar en nada en la situación en que se encontraban y que le parecía una estupidez no pedir ayuda a unos hombres y mujeres que estaban dispuestos a dársela.

Al final, llegaron a un acuerdo. Viajarían a Roma sin decirle nada a ningún guardián sobre su situación actual —veneno incluido— ni sobre sus planes, pero cuando llegasen allí, los avisarían de que sabían la dirección exacta de la casa de Ezequiel y de que iban a visitarlo.

Cada hora que pasaba, Dominic iba poniéndose más y más furioso y el lado oscuro del guardián asomaba con más frecuencia de la deseada. Intentaba controlarse, porque sabía que Claire se preocupaba si lo veía así y porque él mismo tenía miedo de perder el control si dejaba que la rabia lo dominase. Pero no podía evitarlo. Cada vez que besaba a Claire, pensaba en la cantidad de besos que no podría darle si Ezequiel se salía con la suya. Y cada vez que le hacía el amor, temía que fuese la última. Ella intentaba tranquilizarlo durante sus conversaciones y en la cama le dejaba que expresara toda la ira y el dolor que sentía.

En aquel preciso instante, Dominic estaba dormido. Se había quedado exhausto

después de hacerle el amor a Claire y descansaba abrazado a ella. Él había insistido en reservar uno de los hoteles más lujosos de la ciudad y la había llevado a cenar como si fuesen una pareja de enamorados que estaban allí de fin de semana. Durante la cena, la había cortejado y cuando volvieron al hotel empezó a besarla junto a la puerta y no se detuvo ni un instante. La besó en medio de la alfombra blanca que decoraba el pequeño salón de la habitación y la besó frente a la ventana que daba a la plaza. La cogió en brazos, algo que hacía siempre que ella se despistaba, y la desnudó lentamente encima de la cama. Le dijo que la amaba entre cada beso y le juró que encontraría el modo de que estuvieran juntos para siempre. Y Claire le creyó y respondió que ella también lo amaba. Y en cuanto esas palabras salieron de sus labios, Dominic dejó de contenerse y se convirtió en el amante apasionado que había conquistado su corazón.

Aquella era la última noche que pasaban juntos en ese mundo fantástico que se habían inventado para no enfrentarse a la realidad. Cuando saliese el sol, se despertarían, probablemente volverían a hacer el amor y luego se ducharían y se vestirían para ir a enfrentarse a Ezequiel. El muy bastardo había tenido la desfachatez de dejarles una tarjeta con la dirección de su casa junto al ordenador en el que habían visto la grabación.

Claire cerró los ojos e intentó dormir y rezó para tener una oportunidad, aunque fuese sólo una, de pasarse el resto de la vida entre los brazos de Dominic. Su madre siempre decía que nunca había podido cambiar el resultado de una de sus visiones, pero en su caso había visto dos, la una excluyente de la otra, lo que significaba que sí podía alterarse el futuro. Y si alguien podía conseguirlo ésos eran Dominic, la llave del infierno, y ella, la odisea que lo amaba.

Se despertaron y sus cuerpos volvieron a encontrarse. Dominic le pidió por enésima vez que no lo acompañase y Claire le dijo, también por enésima vez, que iban a estar juntos hasta el final. Si tenían suerte, eso sería mucho tiempo y, si no, apenas unas horas.

La mansión de lord Ezequiel era sin duda ostentosa y opulenta, pero por su aspecto exterior nadie diría que en su interior habitaba el mal en estado puro. Parecía la casa de una estrella de la televisión o de un político y, sin embargo, detrás de aquellas paredes se encontraba una criatura que había robado las almas de incontables hombres y mujeres a lo largo de la historia.

Llamaron al timbre y un mayordomo les abrió la puerta. Los miró y se hizo atrás sin preguntarles quiénes eran.

—El señor los está esperando, señor Prescott, señorita London.

Dominic y Claire se cogieron de la mano y siguieron al sirviente por unos pasillos saturados de impresionantes obras de arte que se desmerecían las unas a las otras por

estar tan cerca. El hombre se detuvo frente a una puerta de nogal que había al fondo y llamó respetuosamente.

—Señor, las visitas que estaba esperando —anunció, asomando la cabeza por la puerta.

—Adelante, hágalos pasar.

El mayordomo se apartó y Dominic y Claire entraron. Ezequiel iba vestido con un traje negro, parecía un adinerado hombre de negocios, y estaba sentado tras un magnífico escritorio.

—Me alegro de que hayáis venido —les dijo al verlos.

—¿Dónde está el antídoto? —le preguntó Dominic sin entrar en aquel falso juego de los buenos modales—. Dámelo ahora mismo.

—¿A qué vienen tantas prisas? —preguntó el otro, sarcástico—. Ah, sí, me olvidaba, a la señorita London se le acaba el tiempo. Una lástima, ¿no crees? Se ha pasado todos estos años sola, esquivándote, y ahora va a morir por haberte encontrado. Siempre me ha gustado esa expresión que dice que hay amores que matan, aunque no estoy seguro de que sea aplicable a vuestro caso.

—El antídoto —exigió Dominic.

—Oh, vamos, no esperarás que te lo dé así, sin más, ¿no? —Ezequiel se puso en pie y dio un paso hacia ellos. Dominic creyó que las molduras y los cuadros del despacho se transformaban con sus pasos—. ¿Sabes qué? Tú eres la persona a la que más veces he intentado torturar y aniquilar sin éxito. Pero ahora que has hallado a tu alma gemela, todo será distinto. De todos modos, por si acaso, al final he decidido cambiar de táctica: dejaré que te mates tú solo, a ver si así funciona.

—El antídoto —repitió Dominic y notó que Claire le apretaba los dedos.

—Intenté matar a tu madre cuando era pequeña, mucho antes de que te concibiera. Un oráculo me dijo quién iba a ser la madre de la llave, así que intenté adelantarme. Evidentemente, fallé, así que opté por casarme yo con ella y violarla. —Vio que a Dominic le crecían los colmillos y las garras y siguió con la macabra historia—. Oh, sí, tu madre, Isadora se llamaba, resultó ser más valiente de lo que creía y se escapó de mi castillo cuando estaba embarazada. Mandé a mis hombres detrás de ella, pero no la encontraron; días más tarde, hubo un incendio en el bosque y luego aparecieron sus restos. A ti te di por muerto, ni siquiera habías nacido cuando Isadora se fue, así que no se me ocurrió pensar que te hubiese dado a luz. Craso error, lo reconozco, pero ahora estoy dispuesto a remediarlo.

—Dame el antídoto o nos vamos de aquí —lo amenazó Dominic.

—Vaya, ya veo que cada vez te cuesta más controlar la rabia. Seguro que ahora mismo me arrancarías la médula con tus propias manos. Quizá todavía haya esperanza contigo, Dominic.

Claire volvió a apretarle los dedos.

—Iba a proponerte un trato, pero creo que voy a darte dos opciones para que veas que ser mi hijo te sirve de algo.

—Tú no eres mi padre.

—Bueno, no en el sentido en que utilizan el término los humanos, pero sí en el de los animales, el que de verdad importa.

A Dominic le hirvió la sangre y se maldijo por haber picado el anzuelo. Ezequiel quería provocarlo y lo estaba consiguiendo.

—¿Qué trato?

El otro abrió un cajón y dejó un vial encima de la mesa.

—Te daré el vial si accedes a quitarte la vida aquí mismo. —Le ofreció una pistola—. Pero también te lo daré si accedes a convertirte en mi heredero.

—Eso jamás —contestó Dominic entre dientes.

—Piénsalo, estarías vivo y podrías seguir acostándote con la señorita London. Reconozco que yo no entiendo qué le ves, pero sobre gustos...

—No.

—Pues entonces, pégate un tiro y listo —dijo Ezequiel sin más.

—No lo hagas, Dominic —le pidió Claire—. Me matará de todos modos.

—No, no lo haré señorita London. ¿Y sabe por qué? Porque así el alma de Dominic se retorcerá en el infierno. Usted estará aquí sola, sin él. Otra vez. Y él estará muerto. Otra vez. Ven conmigo, Dominic, y podrás hacer lo que quieras. Podrás acostarte con Claire o con mil más y podrás sentirte bien por ello. Podrás olvidarte de proteger a los humanos y pensar sólo en ti. Podrás hacer lo que te apetezca. Te has pasado mil años sacrificándote por la humanidad, ¿y acaso has recibido algo a cambio? Nada. Ven conmigo y lo tendrás todo.

—Lo único que quiero de ti es el antídoto.

—¿Qué estás dispuesto a darme a cambio?

—Mi vida.

—¡No, Dominic!

—Pero con dos condiciones —añadió el guardián.

—¿Cuáles?

—La primera; dale el vial del antídoto a Claire delante de mí.

—¿Y la segunda?

—Una vez se lo haya tomado, quiero que el mayordomo que nos ha abierto la puerta se la lleve de aquí. No quiero que vea lo que haré yo después. Y quiero que me jures también que, pase lo que pase, jamás volverás a ir detrás de ella.

—¿Qué harás si no acepto tus condiciones? —quiso saber Ezequiel.

—Me iré de aquí sin más —respondió Dominic.

—Pero Claire morirá sin el antídoto —le recordó.

—Entonces, yo dedicaré los días que me queden a vengarme y, siendo como soy

la llave del infierno, seguro que se me ocurre alguna cosa con la que entretenerme — añadió, mirándolo a los ojos.

Ezequiel se quedó pensándolo unos segundos antes de acceder.

—De acuerdo. —Lanzó el vial del antídoto al vuelo y Dominic lo atrapó en el aire y se lo entregó a Claire, que lo vació de un trago—. Ahora te toca a ti.

—Antes quiero que Claire se vaya.

—¡No, Dominic! —gritó ella.

—Claire, no podré hacer lo que tengo que hacer si tú estás aquí —le dijo, mirándola a los ojos—. Tienes que entenderlo.

—No lo entiendo —admitió ella, con lágrimas en los ojos. Debería haber sabido que no iban a poder escapar de Ezequiel.

—Te amo, Claire —le confesó, al ver que en la puerta aparecía el mayordomo.

—¡No! —gritó Claire cuando el hombre la levantó del suelo para llevársela de allí—. ¡No! No me hagas esto, Dominic. Te amo —gritó, con lágrimas en los ojos.

Él se volvió y esperó a que la puerta se cerrase.

Por fin estaba solo con Ezequiel.

—Quieres matarme, ¿no es así? —le preguntó Ezequiel—. Te estás imaginando el placer que sentirías al ver estallar mi cráneo contra la mesa. Déjame que te lo explique; un placer indescriptible.

Dominic se acercó a él y lo miró a los ojos.

—No te golpearía la cabeza contra la mesa. Demasiado fácil. Haría algo mucho más doloroso.

—¿Cómo qué?

—No lo sé, ¿sacarte los ojos, arrancarte la piel? Tú eres el experto, yo sólo soy un aprendiz.

Ante tal comentario, Ezequiel enarcó una ceja.

—¿Me estás diciendo que estás dispuesto a seguir mis pasos?

—Te estoy diciendo que tengo mucho que aprender. Aunque no sé si de ti; al fin y al cabo, tú y yo llevamos una eternidad enfrentándonos y conozco todos tus trucos y tus debilidades.

—Yo no tengo debilidades —afirmó el otro, petulante.

—Sí las tienes, todos las tenemos: soldados, guardianes, odiseas, ilíadas, gladiadores. Da igual el nombre, todos tenemos alguna debilidad.

—Si eso es así, ¿cuál es la mía?

—La soledad —contestó Dominic sin dudar ni un segundo—. Tienes miedo a estar solo.

—Yo no le tengo miedo a nada.

—Entonces, ¿por qué intentaste matar a una niña que sabías que iba a dar a luz a la llave del infierno? O, lo que es más importante, ¿por qué fallaste? Una parte de ti, muy minúscula, eso lo reconozco, quería ver en qué clase de mujer se convertiría esa niña y querías ver si podía enamorarse de ti. No de los trucos y de la maldad, sino de ti. Y cuando no lo conseguiste, la atemorizaste y la utilizaste para tus planes, igual que haces con todo el mundo.

—No sé de qué me estás hablando —dijo Ezequiel a la defensiva.

—A mí no vas a matarme.

—¿Ah, no?

—No, si de verdad quisieses matarme, ya lo habrías hecho.

—La profecía me impide eliminarte. Si lo intento, seguro que alguno de esos dioses encontrará el modo de hacerte resucitar y de hacerte más poderoso.

—Pues yo tampoco pienso matarme, Ezequiel. Ni voy a sucumbir a las sombras.

—Son muy potentes en tu interior. Puedo sentirlo; seguro que tarde o temprano

sucumbirás a ellas.

—Sí, son potentes y por eso las respeto. Pero jamás sucumbiré a su influjo, porque tengo a Claire. Siempre que sienta la tentación de ceder, la miraré y pensaré en todo lo que puedo perder si me rindo. Y no me rendiré.

—Debería matarte ahora —amenazó Ezequiel, furioso por estar perdiendo la partida.

—Hazlo y, como tú has dicho, la profecía encontrará el modo de volver a hacerse realidad. Ahora entiendo lo de la llave, no es cuestión de fuerza. Una llave muy diminuta puede abrir una enorme puerta de acero. Es cuestión de destreza, de pericia. De inteligencia.

—Y tú eres todas esas cosas, ¿no?

—¿Yo? No, pero Claire sí y todas las personas de mi alrededor también. Juntos te contendremos siempre.

—Me has engañado —dijo, asombrado y algo orgulloso—. Las sombras te conquistarán algún día.

—Si no hubiese conocido a Claire, probablemente sí —reconoció—. Pero ahora, imposible.

—Encontraré el modo de vencerte para siempre —prometió Ezequiel.

—Y yo el modo de derrotarte —replicó Dominic—. Sin embargo, esta partida es mía.

Se dio media vuelta y abandonó el despacho de Ezequiel sintiendo cómo éste le clavaba la mirada en la espalda hasta que desapareció tras la puerta. Salió de la mansión y fuera buscó a Claire con la mirada y, cuando la encontró sentada en un banco de piedra, corrió a su encuentro.

—¡Claire! —la llamó. Ella tenía los ojos llenos de lágrimas y sujetaba nerviosa un móvil entre las manos.

—¡Dominic! —Se puso en pie y corrió hacia él. Se le lanzó a los brazos y lo besó con todas sus fuerzas—. ¿Qué ha pasado? ¿Estás bien?

—¿Y tú?

—Sí, yo sí. Ha llamado Ewan diciendo que está de camino y que si Ezequiel no te mata te matará él. Julia y un par de médicos vienen también para asegurarse de que todo está bien.

—¿De verdad estás bien? —Le acarició el rostro.

—¿Qué ha sucedido allí dentro?

—Iba a coger la pistola —confesó Dominic—, cuando me he acordado de algo que me dijiste.

—¿El qué?

—Que todos tenemos el bien y el mal dentro de nosotros. He pensado que si Ezequiel de verdad hubiese querido hacerme daño, habría podido hacerlo infinidad de

veces. Y no lo ha hecho. Le he dicho que él no iba a matarme y me ha reconocido que no. Al parecer, si intenta romper la profecía eliminándome a mí de la ecuación, las consecuencias pueden ser nefastas para él. Y yo he supuesto que lo mismo se aplicaba en nuestro caso.

—Os necesitáis el uno al otro —susurró Claire atónita.

—Algo así, pero no me malinterpretes: encontraré el modo de poner en práctica la profecía y de encerrar a Ezequiel para siempre. Y para conseguirlo te necesito a ti, a mi luz, mi alma gemela, la mujer de mis sueños y dueña de mi corazón.

—A mí ya me tienes.

—Entonces, juntos seguro que encontraremos el modo de conseguirlo. —La levantó del suelo y la besó en los labios—. ¿Qué te parece si nos vamos de aquí?

—Me parece una idea maravillosa, mucho mejor que la última que has tenido. No me ha gustado que me echaras de ese despacho, Dominic.

—No quería que estuvieses allí si todo salía mal.

—Me he pasado la vida entera sin ti y no ha valido la pena. A partir de ahora, tanto si lo que nos sucede es bueno como malo, vamos a vivirlo juntos. Te amo.

—Yo también te amo.

Dominic y Claire se alejaron de aquella plaza, conscientes de que habían tenido mucha suerte de encontrarse y de sentir un amor tan grande. Un amor que sin haberse visto había sobrevivido siglos enteros. El infierno no había tenido ni la más mínima posibilidad de destruirlo.

Glosario

Los dioses

En el principio de los tiempos, los Cinco Grandes se reunieron para decidir si acababan o no con la especie humana. Escucharon varias opiniones y, al final, tras observar el valor y la nobleza de un soldado moribundo, decidieron darnos otra oportunidad y crearon a los guardianes de Alejandría.

Los Cinco Grandes —Urano, Gea, Tetis, Hiperión y Cronos— han recibido varios nombres a lo largo de la historia y siempre se han divertido viendo cómo las distintas religiones los utilizaban a su antojo. La auténtica verdad sólo ellos la saben pero están dispuestos a compartir con los humanos lo básico; Urano domina el cielo; Gea, la tierra; Tetis, los mares; Hiperión es el señor del fuego; y Cronos, amo del tiempo que, como él dice, de todas las cosas que los humanos podemos perder, es la más irrecuperable.

Los guardianes

Los hay de dos clases, pero todos nacen o han nacido humanos.

Los convertidos: son hombres que por demostrar un gran valor o una nobleza sin igual reciben el poder de los dioses al morir y se convierten entonces en guardianes. Ése fue el caso del primer guardián; Tarek de Alejandría.

Los puros: son descendientes directos de un guardián. Todos son hombres y al nacer son como un niño cualquiera, pero al llegar a la adolescencia el guardián que habita en su interior empieza a despertarse y tienen que ir adaptándose a los cambios. Negarse a la naturaleza del guardián puede tener consecuencias nefastas; desde la muerte hasta la locura.

No son inmortales, pero al llegar a los treinta y cinco, si no han encontrado a su alma gemela, dejan de envejecer hasta dar con ella. Por ello, su cuerpo posee una capacidad de cicatrización y recuperación increíbles.

Cuando el guardián sale a la luz, unas garras metálicas se extienden por entre los nudillos, los ojos se le oscurecen hasta quedar negros y adquiere una visión infalible. Se le desarrollan todos los sentidos y le crecen unos colmillos letales. La espalda adquiere más dimensión y dota al cuerpo del humano de una velocidad y fuerza sin igual.

A algunos les aparece un tatuaje en el hombro izquierdo y que llega a extenderse por todo el brazo y el cuello cuando por fin su alma gemela se convierte en el amor

de su vida.

El despertar del guardián

El guardián que habita dentro de los guardianes puros empieza a despertarse a los seis años, aunque en casos excepcionales sucede antes. El guardián va ganando poco a poco presencia dentro del alma y el cuerpo, y hay que saber dominarlo. Hay dos momentos en los que es casi imposible controlar los instintos del guardián: cuando hay luna llena y cuando éste encuentra a su alma gemela.

El primer guardián se creó una noche de luna llena y por ello el astro despierta a los guardianes.

El alma gemela

Para asegurarse que los descendientes de su creación fueran dignos de tal regalo, los dioses decidieron que para cada guardián sólo existiría una mujer capaz de completarlos. Ella es la única que puede darle hijos, y la única cuya sangre podrá salvar al guardián.

Todos los guardianes tienen una, y negarlo es inútil. Un guardián puede acostarse con todas las mujeres del mundo, pero nunca sentirá placer hasta que lo haga con la única que ha sido elegida para estar con él.

El sistema, sin embargo, no es perfecto. Si bien el guardián se siente irremediabilmente atraído hacia la elegida, ella puede no sentir lo mismo.

El diario de los guardianes

Diario que empezó a escribir el primer guardián y que ha pasado de generación en generación.

En él se encuentran las historias de los más grandes guardianes de todos los tiempos, y algún que otro secreto sobre su raza.

El encargado de escribir es el gran guardián. Actualmente ese honor recae en Liam Jura, y el próximo será su nieto Ewan.

Libro negro de los guardianes

Pareja indivisible del diario. En él se encuentran las historias sobre los guardianes que traicionaron su naturaleza.

La leyenda dice que no todo lo que aparece en él es cierto, pero que posee el poder de hacer tambalear los cimientos de los guardianes.

Los clanes

Los guardianes se organizan alrededor de familias o clanes; los hay que responden a lazos de sangre, pero hay otros muy fuertes basados en la amistad de sus líderes. El clan más importante de nuestro tiempo es el clan de los Jura, y su fiel aliado es el clan de los Whelan. Los clanes que los apoyan son, entre otros, los MacCullen de Escocia, los Ponte de León de España, los Terrafiera de Italia y los Tamarish de Rusia. El único clan que se ha opuesto públicamente al de los Jura ha sido el de los Talbot.

También hay clanes que han sido repudiados por el resto.

El Gran Pacto

Después de la segunda guerra mundial muchos guardianes empezaron a preguntarse si servía de algo proteger a los humanos. Varios clanes, liderados por el clan Talbot, adujeron que estaban hartos de la humanidad y que había llegado el momento de pensar sólo en ellos. Otra facción, liderada por el clan Jura, les recordó que ellos habían sido creados para defender a los hombres.

Para evitar una batalla, que sin duda habría terminado con el mundo, firmaron un pacto en el que ambas facciones prometían no enfrentarse la una a la otra y seguir distintos caminos.

La única condición del pacto era no utilizar ni perjudicar a los humanos. Y ambas facciones lo han respetado... hasta ahora.

Las ilíadas

Son las hijas de los guardianes. En el pasado se creía erróneamente que no poseían poderes y el que nacieran muy pocas fundamentó la idea.

Sus poderes son algo distintos a los de los guardianes y a los de las odiseas.

Su aspecto físico, aunque humano, recuerda al de las Amazonas. Tienen un vínculo muy especial con la naturaleza y los elementos. Según la leyenda, la ira de una ilíada puede despertar un huracán.

No tienen una alma gemela, pero si el hombre al que ellas entregan su corazón no las corresponde, mueren.

La ilíada más importante de nuestro tiempo, aunque ella aún no lo sabe, es

Simona Babrica.

Las odiseas

Tetis y Gea, las dos diosas de los Cinco Grandes, decidieron crear una raza propia, similar a los guardianes, pero formada por mujeres.

Han permanecido ocultas durante muchos siglos, actuando a menudo en las sombras. Pero tras la misteriosa desaparición de su líder, han decidido que ha llegado el momento de salir a la luz.

Igual que los guardianes, son inmortales hasta encontrar su alma gemela.

Tienen una impresionante fuerza mental que les concede poderes telepáticos, aunque no todas las odiseas tienen los mismos o con la misma intensidad.

Prefieren recurrir a la diplomacia que a las armas, y muchas son grandes hechiceras, pero pueden ser letales.

El ejército de las sombras

Cuando los Cinco Grandes se reunieron, Hades, dios del inframundo, se ofendió por no haber sido incluido en el grupo. Y cuando más tarde descubrió que los otros dioses habían creado a los guardianes decidió demostrarles lo absurdos e inútiles que resultarían: la maldad forma parte intrínseca de la naturaleza humana, y los hombres siempre caen en la tentación.

Nadie sabe qué hizo Hades pero el mal empezó a extenderse por el mundo. Un ser muy poderoso y oscuro apareció en la Tierra y su ejército ganó adeptos. Los hombres que entregan sus almas al ejército obtienen a cambio lo que más desean: dinero, poder, sexo; pero lo que nunca saben es que el precio es muy alto.

Aquellos humanos cuyas almas no poseen ninguna fuerza, si entran a formar parte del ejército se convierten en soldados con una insaciable sed de sangre. Al convertirse, les aparece una marca en forma de triángulo con tres puntos en uno de los vértices en el cuello.

Normalmente van acompañados de grandes perros con enormes colmillos, llamados perros del infierno.

Los gladiadores

Siglos atrás, un grupo de soldados del ejército de las sombras, cuatro humanos que habían sido convertidos en contra de su voluntad huyeron del ejército y decidieron

que se vengarían de aquel dios que les había arrebatado la humanidad.

Con el paso del tiempo el reducido grupo ha aumentado de número.

Los guardianes todavía no saben de su existencia, pero los gladiadores han captado la atención de los dioses y les han propuesto un pacto: si un gladiador demuestra valentía y no sucumbe al mal, y se abstiene de beber sangre, será liberado para siempre de la marca.

Reciben el nombre de Spartacus, el primer soldado que se rebeló y consiguió salvarse.

Actualmente están debatiendo si ayudan o no a los guardianes.

Lord Ezequiel

Líder del ejército de las sombras. Ha recibido varios nombres a través de la historia y existen varios retratos suyos, pero ninguno es fiel a la realidad.

Posee la habilidad de leer los más oscuros deseos de los humanos, pero no puede hacer lo mismo con los guardianes.

Su poder se alimenta de la desesperación, la maldad y la ambición. Y gracias a los hombres, cada vez es más poderoso.

El cisma

Tanto en el *Diario* como en el *Libro negro* se habla de él, pero nunca ha sucedido.

Según la leyenda llegará un momento en el que los guardianes deberán enfrentarse a los infiernos para salvar a la humanidad, aunque antes de que llegue ese horrible momento deberán luchar entre ellos.

Muchos lo consideran sólo una leyenda, pero unos pocos saben que es verdad... y que se está acercando.